HARLEQUIN

Bianca™



EL PRECIO DEL PLACER

CAROL MARINELLI



EL PRECIO DEL PLACER

CAROL MARINELLI



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El precio del placer, n.º 122 - noviembre 2016
Título original: The Cost of the Forbidden
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8989-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

ERES inglesa?

Naomi lo miró desde el otro lado de la enorme mesa mientras Sevastyan Derzhavin ojeaba su currículum sin mucho entusiasmo. Supo que él ya había tomado la decisión de que no iba a darle el empleo y que solo quedaba cumplir el trámite. Lo que no sabía era que Sevastyan nunca hacía nada por mero trámite, que las formalidades no iban con él.

–Nací aquí y mi padre vive aquí, en Nueva York. Tengo todo en regla y...

–No me refería a eso –la interrumpió él sacudiendo la cabeza–. La burocracia no me interesa. Lo que me ha producido curiosidad ha sido tu acento. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Él siguió mirando el currículum y frunció el ceño cuando ella contestó.

–Doce días.

–¿Estás viviendo en un hostal?

–Hasta que encuentre un sitio donde vivir, aunque está siendo más complicado de lo que me imaginaba.

Él levantó la mirada y vio que estaba sonrojada. ¿Lo había estado desde que la llamó o era el color de su piel?

–Creía que habías dicho que tu padre vive...

–Su esposa acaba de tener un hijo –le interrumpió Naomi.

–Entonces, no me extraña.

–¿Perdón...?

Él se puso rígido. Era la tercera vez que ella lo decía.

–No me extraña que no quieras vivir en su casa si hay un bebé gritón.

Naomi no dijo nada, pero su parpadeo le indicó que, probablemente, ocurría justo lo contrario, que su padre no quería que ella viviera con él.

Había estado a punto de decirle que los dos estaban perdiendo el tiempo, que tampoco le interesaban los sentimientos, que lo suyo eran los ordenadores y los libros, no las personas. No tenía sentido estar sacando las cosas con sacacorchos y podía decirle que eso no iba a dar resultado, que ella no sería su secretaria. Además, le diría el motivo si

se lo preguntaba. Naomi Johnson tenía una de esas personalidades que le irritaban, parecía como si siempre estuviese disculpándose. Una de las últimas palabras que había aprendido en inglés era «perdón» y no la empleaba casi nunca. Ella la había dicho dos veces antes de sentarse siquiera. Había pedido perdón cuando fue a recepción para llamarla y ella tiró el vaso de agua al levantarse. Luego, mientras se sentaban en su lujoso despacho de la Quinta Avenida, él le había preguntado cortésmente qué tal le había ido el día y ella, que no había entendido bien la pregunta, había dicho «perdón» otra vez.

–Da igual –había replicado él con enojo.

Y acababa de decirlo hacía un segundo.

–Creo que no dará resultado –dijo Sev.

–Señor Derzhavin...

–Sev –la interrumpió él–. No soy el director del colegio.

La miró a los ojos, serios y marrones, ella parpadeó varias veces y él se arrepintió un poco de su brusquedad. Estaba claro que había hecho un enorme esfuerzo para realizar esa entrevista. Ese hostal en el que estaba viviendo era una bajada de categoría, pero llevaba un traje elegante. Aunque un poco estrecho y le marcaba las curvas. Llevaba el pelo castaño impecablemente recogido y parecía... no podía decirlo con precisión. Le recordaba a algo o alguien, pero prefirió no saber a qué o a quién, no hacía falta ser despiadado.

–Mira, Naomi, estás bien preparada, tienes mucha experiencia para tener veinticinco años y has hecho bien la entrevista, pero... –vio que ella tragaba saliva con nerviosismo y quiso ser delicado–. Tienes una larga lista de aficiones; lectura, ballet, teatro, montas caballo... La cuestión es que la única afición que puede tener mi secretaria soy yo.

–Felicity ya me lo ha explicado.

Su primera entrevista, con la secretaria actual, había sido tan minuciosa que Naomi no tenía ninguna duda de que su papel iba a ser muy exigente. Los conocimientos de Sevastyan Derzhavin sobre seguridad cibernética se solicitaban en todo el mundo. Aparte de tener muchísimo trabajo, era un playboy muy rico y su secretaria tenía que hacer encaje de bolillos con un librito negro que tenía él, además de su avión y helicóptero privados. Efectivamente, ya le habían dicho exactamente qué implicaba ese empleo. Era arrogante y desalmado y te exprimía hasta la última gota, pero pagaba un dineral por la dedicación... a él. A juzgar por el tono amargo de la voz de Felicity, ella había adivinado enseguida que podía haber algún motivo personal para que dejara el empleo.

–Aun así.

Sev dejó el currículum en la mesa y ella estuvo segura de que la

entrevista había terminado.

–¿Serviría de algo si dijera que mentí en el currículum?

–Seguramente, no –él, en vez de levantarse, se dejó caer en el respaldo–. Sigue.

–Bueno, me gusta el ballet y el teatro, pero es un poco exagerado decir que son aficiones, y no me he montado en un caballo desde que tenía catorce años...

–¿Y la lectura?

–Leo en la cama.

Sev abrió la boca para decir algo, pero, muy prudentemente, volvió a cerrarla. Podría haber replicado a eso fácil e inapropiadamente. Evidentemente, ella se había arrepentido nada más decirlo porque sus carnosas mejillas, que habían empezado a palidecer, se habían sonrojado otra vez.

–Bueno, no puedo decirte lo que tienes que hacer en el dormitorio...

Él volvió a titubear porque la verdad era que no le importaría hacer exactamente eso. Aunque dio un brusco giro de ciento ochenta grados.

–Te lo aviso. Si te ofreciera el empleo, tendrías que dedicarme casi todas las horas que estés despierta. Pasarías el tiempo pegada a un ordenador portátil o un teléfono organizándome la vida. No tendrías tiempo ni de leer el horóscopo, tendrías que ocuparte del mío primero.

–No creo en los horóscopos.

–Aunque estoy seguro de que todavía los lees.

–¿Tiene alguna importancia?

Era más dura de lo que le había parecido. La miró fijamente, pero no se fijó casi en sus labios y mejillas carnosos, sus profundos ojos marrones captaron toda su atención.

Ella, al advertir esa mirada, se replanteó la necesidad del empleo; no le importaban las doce o dieciocho horas, lo que le preocupaba era con quién tendría que pasarlas.

–Observo que estás prometida.

Sev miró el anillo que llevaba antes de volver a mirarla con seriedad.

–Lo repito, ¿tiene alguna importancia?

–La tiene –contestó Sev tajantemente–. Tendrás que tener el prometido más comprensivo de la historia para que pueda aceptar que me dediques el tiempo que tendrás que dedicarme.

–Bueno, mi prometido no está en Nueva York conmigo, no obstante...

Naomi dudó un instante y decidió que no, que si por un milagro él

le ofrecía el empleo, ella no lo aceptaría. Hacía doce minutos, su mundo había sido complicado, pero ordenado. Bueno, no ordenado del todo, pero hacía doce días que había llegado a Nueva York.

Hacía doce minutos, había escrito un mensaje a su padre para proponerle que quedaran a almorzar después de la entrevista. Acababa de guardar el teléfono en el bolso y de servirse un vaso de agua cuando Sevastyan Derzhavin salió de su despacho y la llamó.

–Naomi.

Era bello. Así de sencillo. Tenía el pelo oscuro, la piel blanca, unas piernas muy largas y, aunque el traje era impecable, estaba tan desaliñado y mal afeitado que parecía como si hubiese salido de un club o un casino a las cinco de la mañana. La corbata estaba suelta, los ojos grises estaban algo cargados y ni siquiera le sonrió, se limitó a hacerle un gesto con la cabeza para que entrara en su despacho. Ella, de repente, se acordó de algo que no tenía nada que ver, se acordó de aquella vez que fue a ver a su encantadora médica para que la examinara y apareció un médico suplente sexy como un diablo. En vez de eso, se había atolondrado y le había pedido que le pusiera una inyección contra la gripe. Había vuelto a atolondrarse cuando Sevastyan salió de su despacho, se había levantado y había tirado el vaso de agua. Cuando él le preguntó, con un marcado acento ruso, qué tal había pasado el día, ella estaba tan absorta que no había oído lo que había dicho y él había tenido que repetírselo dos veces. Además, había sido más sexy con cada pregunta que le había hecho y, sin saber cómo, la lista de aficiones había acabado en la cama. Ella lo único que quería hacer en ese momento era levantarse y salir corriendo de allí. Quería gritar que era una mujer prometida y que cómo se atrevía a hacerle sentir lo que estaba sintiendo. No, no quería el empleo

–¿No hablas otro idioma? –le preguntó Sev.

–No.

–¿Ni lo más mínimo?

–*Non* –contestó Naomi riéndose de su chiste, aunque era muy malo.

Él no se rio y la miró fijamente.

–Los ingleses son perezosos –comentó él al cabo de un rato.

–¿Cómo dice?

–Me refiero a los anglohablantes.

–Ah...

–Siempre confían en que los demás hablen su idioma.

–¿Cuántos idiomas hablas tú?

–Cinco.

Perfecto, se había quedado sin empleo.

–Sin embargo, como casi todo el mundo habla inglés, estoy seguro de que podremos arreglarnos –añadió Sev.

–Quiero aclarar que solo voy a quedarme un año en Nueva York –dijo Naomi con la esperanza de que fuese una excusa para él.

–Estarás quemada mucho antes –él se encogió de hombros–. Creo que nunca he tenido una secretaria que me durara más de seis meses. Tres meses... Sí, creo que tú durarías unos tres meses, aunque esperaría más.

–Mira... –Naomi le sonrió–. No quiero hacerte perder el tiempo. Aunque tu secretaria me dejó muy claro que el horario era exigente, no me di cuenta de que sería tan absorbente. Me gusta disponer de los fines de semana... –ella volvió a sonreír y él siguió serio–. En realidad, he venido aquí para llegar a conocer mejor a mi padre y por eso...

–Tendrás los fines de semana libres –Sev salvó ese obstáculo–. A no ser que estemos en el extranjero.

–Además, no tengo experiencia en tu terreno –añadió Naomi para cerciorarse de que no la contratara.

–¿Experiencia en mi terreno? –él sabía muy bien a qué se refería, pero disfrutaba viendo que se atolondraba–. No soy... agricultor.

–Quería decir que no sé gran cosa sobre seguridad cibernética.

–Si lo supieras, serías mi rival.

Ella se levantó y le tendió la mano.

–Perdón, pero yo...

–Parte del lote es un piso con vistas a Central Park. Cuando Felicity se mude, claro. Es bonito... bueno, a mí me gusta vivir ahí.

–¿Viviríamos en el mismo edificio?

¡La cosa empeoraba cada vez más!

–Es enorme. No te preocupes, no voy a llamar a tu puerta para pedirte azúcar. Es práctico si tenemos una reunión por la mañana temprano o tarde por la noche. Además, ahorra tiempo cuando estamos de viaje, que son muchas veces. Vivir en el mismo edificio ahorra diez minutos si no tengo que ir a recogerte y tiene helipuerto.

Entonces, él pasó a comentarle cuál sería su asignación para vestuario. Ella debería haber dado gritos de alegría, pero...

–No, la verdad...

Naomi quería volver a su vida, quería un mundo en el que nunca hubiese visto a ese hombre, pero él la quería a ella. Era regordeta como una fruta prohibida y, además, a él le encantaba la palabra «no». Le parecía como un cortafuegos enrevesado que tenía que sortear o inutilizar. Era muy estimulante.

–Gracias por tu tiempo –siguió ella con la mano tendida, aunque él no se la estrechaba.

Ella había vuelto a decir «perdón», pero esa vez no le había irritado y se limitó a quedarse sentado y a observarla mientras se marchaba. Tomó el siguiente currículum y le pareció tedioso mientras no dejaba de pensar en la chica de ojos marrones y tristes como los de un cachorrillo que esperara que fuesen a darle una patada, pero que esperaba amor. Sin embargo, no necesitaba perros abandonados.

Salió para llamar a Emmanuel, pero la sala de espera estaba vacía.

–Felicity... –llamó a su secretaria, pero su asiento también estaba vacío y no había rastro de su bolso.

Había un mensaje de despedida en la pantalla del ordenador. *¡LO HE TRUCADO!*

–No, no lo has trucado.

Sev sonrió, pero la sonrisa se esfumó cuando se abrió la puerta del ascensor y Emmanuel, probablemente, entró corriendo en el pasillo.

–Perdón por haber llegado tarde, señor Derzhavin...

Sev frunció el ceño. Lo conocía, lo había entrevistado hacía un par de años y volvía a intentarlo... y llegaba cinco minutos tarde.

–No es una primera impresión muy buena –comentó Sev.

–Lo sé, pero...

–No perdamos el tiempo.

–¡Pero...!

Sev no quería oír sus excusas, volvió a su despacho y captó el olor floral de Naomi Johnson. Tomó una decisión y sacó el teléfono.

Naomi estaba comprobando el suyo cuando sonó y como acababa de mandar un mensaje a su padre, dio por supuesto que era él. Se había quedado impresionado cuando ella le contó que iba a tener una entrevista con Sevastyan y quizá estuviese llamándola para saber cómo le había ido.

–Hola, papá, estaba a punto...

Sev pensó que su voz era efusiva y entusiasmada, al contrario de la que había empleado con él.

–No soy tu padre, soy Sev.

–Ah...

Él captó el tono de decepción, algo que no le había pasado jamás. Las mujeres se volvían locas de alegría cuando recibían una llamada de él.

–Tu jefe.

–Perdón...

–¡Ja! –exclamó Sev–. Tendremos que resolver eso. Enhorabuena, Naomi, el empleo es tuyo.

Naomi se quedó inmóvil en el vestíbulo y supo que debería cortar la llamada y salir corriendo de allí.

–Creía que había dejado claro... –empezó a decir ella.

–¿Qué te parece si mejoro el trato con un viaje trimestral al Reino Unido? –la interrumpió él–. Yo voy a ir en noviembre en un viaje privado. Puedes tomarte un par de semanas libres. Estoy seguro de que a tu prometido le gustará verte.

Naomi tragó saliva, pero frunció el ceño cuando oyó la siguiente pregunta.

–¿Por qué no ha venido él contigo?

–¿Cómo dices?

–A Nueva York. ¿Por qué has venido sola?

–Confiamos el uno en el otro...

Ella lo dijo en un tono un poco elevado porque, en ese momento, no confiaba en sí misma.

–No estaba hablando de confianza, solo tengo curiosidad por saber por qué no te ha acompañado.

Era como una lluvia de agujas que se le clavara en la piel. Ella misma se había hecho esa pregunta muchas veces.

–Tiene un trabajo importante.

–Yo también –replicó Sev.

Entonces, decidió que le daba igual. Le daba igual un prometido, uno ausente para más señas, y lo borró del archivo mental con el nombre de Naomi Johnson.

–Ven a trabajar conmigo, Naomi.

Naomi cerró los ojos y volvió a abrirlos, pero seguía mareada y sin respiración por el sonido de esa voz profunda.

–¿Tenemos un trato? –preguntó Sev.

Ella sabía que estaba jugando con fuego, pero era uno interno y dudaba que un hombre tan cordial como Sevastyan estuviese ardiendo por dentro al pensar en ella. Solo se trataba de mantener ocultos sus sentimientos y eso era algo que ella hacía muy bien, que había hecho durante la mayor parte de sus veinticinco años. Además, pensó que, si le contaba a su padre que había conseguido un empleo tan prestigioso, quizá viera por fin un mínimo destello de aprobación en sus ojos, quizá empezasen otra vez de cero, que era lo que necesitaban.

–Naomi, ¿tenemos un trato o no? –insistió Sev.

–Sí –contestó Naomi con la voz quebrada–. ¿Cuándo empiezo?

Ella esperó que dijera dentro de un mes o de dos semanas... o el lunes. Quería disponer de un poco de tiempo para aclararse las ideas antes de que volviera a verlo...

–Date la vuelta y móntate otra vez en el ascensor –contestó él–. Empiezas en este momento.

Capítulo 1

NAOMI se despertó en una cama muy cálida y cómoda. Miró la oscuridad y esperó a que amaneciera con cierta opresión en el pecho. La noche anterior había llamado a Andrew y le había dicho que habían terminado. Él no se lo había tomado nada bien, claro. En realidad, no se había tomado nada bien que se hubiese ido a Nueva York para estar con su padre y habían roto la noche anterior a que ella tomara el vuelo, pero por la mañana él se había presentado en el aeropuerto con un anillo de compromiso y le había dicho que la esperaría.

En ese momento, no miraba hacia atrás con cariño porque sabía que la habían coaccionado. Durante esos meses de separación se había dado cuenta de que había aceptado bajo presión y de que no necesitaba que él, generosamente, le concediese un permiso de un año.

Ya estaba hecho y debería sentir alivio, y lo sentía. Ya no pensaba en Andrew y la opresión aumentó por el miedo a otra conversación que tendría que tener a lo largo de ese día, con Sev.

Naturalmente, Andrew le había preguntado si había alguien más y ella había titubeado demasiado antes de contestarle. Le había dicho que no había nadie más y era verdad, más o menos. Ya llevaba tres meses trabajando con Sev y él lo había intentado un par de veces.

Una vez, cuando llevaban horas atrapados en su avión en la pista de un aeródromo de Mali, él había dejado el libro que leía siempre cuando iban a despegar y le había preguntado si no le apetecía tumbarse un rato… con él encima, o con ella encima, que podía ser así de generoso.

Otra vez había sido en Helsinki, cuando él había ido a su suite del hotel para ponerle al tanto de una reunión de trabajo y para decirle que había cambiado su código de seguridad. Ella estaba tomando notas cuando Sev declaró que se había curado para siempre de su avidez por las rubias, y le propuso que se acostaran. Naturalmente, ella le dijo que, aunque se sentía halagada por su oferta, no solo estaba prometida, sino que jamás tendría una aventura con su jefe.

Él era la persona menos romántica que había conocido y ella lo deseaba físicamente. Aunque le habían dicho que era gélido, no lo

parecía cuando estaba con ella.

Si bien había dejado a Andrew, miró el anillo que llevaba en el dedo y se alegró de que la noche anterior hubiese decidido seguir llevándolo. Teóricamente, ya no había nadie más, pero emplearía todos los recursos que tuviera para no sucumbir a los encantos de Sev. Desde luego, le encantaría acostarse con Sev solo por haberse acostado con él, pero no quería las secuelas, o la absoluta falta de secuelas por parte de Sev.

Sonó el despertador del teléfono, lo apagó, se levantó y fue a la cocina para prepararse un café. Era un piso precioso con techos altos, puertas de caoba y chimeneas fantásticas. Aunque ella prefería la calefacción central para no incendiar todo el edificio.

Sev vivía en el ático y, efectivamente, sus caminos no se encontraban si no quedaban previamente en el vestíbulo. El problema era el trabajo, los días interminables que pasaban juntos, y que eran más interminables todavía cuando estaban de viaje. Mejor dicho, el problema era lo que sentía por él.

Volvió a la cama con el café y se preguntó si estaba a punto de cometer el mayor error de su vida al dejar ese trabajo. Entonces, como si quisiera contestarlo, sonó el teléfono. Eran las seis de la mañana de un lunes, pero eso no significaba nada para Sev. Ella estaba disponible las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. No tenía tiempo para recuperar el aliento después de bajarse de la montaña rusa ni para apaciguar su acelerado corazón y recapacitar.

–Hola, Sev.

–¿Qué hora es?

Ella se mordió la lengua. Podría haberle contestado que no era su reloj parlante, pero se reconoció que le pagaba lo bastante como para serlo si él quería que lo fuese.

–Las seis –contestó ella–. Las seis de la mañana –añadió por si acaso.

–Muy bien, ¿puedes cancelar todo lo que tengo que hacer esta mañana? Mejor dicho, cancela todo lo que tengo que hacer durante todo el día. Me reincorporaré mañana.

¡No! En ese momento entendía por qué le había preguntado la hora. No estaba en el mismo huso horario.

–Sev, ¿dónde estás?

–Volviendo.

–¿De dónde? A las once deberías reunirte con el jeque Allem y esta noche vamos a cenar con él y su esposa. La cita se concertó hace siglos y tardamos semanas en concertarla.

–Ya lo sé.

–Entonces, tienes que estar allí.

–¿Cuánto tiempo se tarda desde Roma a Nueva York? –preguntó Sev.

No solo no estaba en el mismo huso horario, ni siquiera estaba en el mismo continente.

–Unas ocho horas.

–Como verás, es imposible.

Ella casi pudo ver que se encogía de hombros.

–Sev, Allem llamó anoche para decir lo mucho que su esposa y él ansiaban esta visita. Ha sido muy paciente.

Efectivamente, el jeque Allem había sido muy paciente. Le había pedido a Sev que fuese a Dubái para que supervisara el sistema se seguridad de su hotel, pero Sev había estado posponiendo la visita y, en cambio, el jeque y su esposa habían viajado hasta allí para visitarlo. Eran amigos, más que socios empresariales, pero Sev no necesitaba amigos, quería que Allem y su esposa lo dejasen tranquilo. Ellos se negaban a captar el mensaje.

–De acuerdo, de acuerdo –concedió Sev–. Estoy camino del aeropuerto. Cuando esté en el avión, le pediré al piloto que pise el acelerador, pero no creo que llegue antes de las tres.

–¿Qué les digo?

–Te pago para que resuelvas esas cosas. Despliega todo tu encanto, Naomi.

–Está agotado.

–Ya me he dado cuenta –replicó Sev–. Has estado muy...

–¿Picajosa?

–No sé qué significa esa palabra.

–Malhumorada, irascible.

–Sí, has estado muy picajosa últimamente.

–Porque mi jefe no para de desaparecer. ¿Puede saberse qué haces en Roma?

Ella le llevaba su agenda, le reservaba los vuelos, le organizaba las citas y sabía muy bien que no debería estar en Roma.

–¿Quieres saberlo con pelos y señales?

Ella cerró los ojos. Sabía que, naturalmente, sería por una mujer... y por eso había estado tan picajosa. No soportaba el enfrentamiento, o, más bien, ser la que llevaba las cosas al punto crítico. En realidad, quería que fuese Sev quien la despidiera, lo prefería a tener que dimitir a lo largo del día.

–Quiero saber por qué estas en Roma. Estoy intentando pensar en qué decirle al jeque Allem.

–Bueno, supongo que me pareció una buena idea en su momento.

–Y yo supongo que eso fue el sábado por la noche.

–Me conoces muy bien. Era una fiesta y...

–He cambiado de opinión –le interrumpió Naomi–. No quiero saberlo. Ya se me ocurrirá algo para decírselo a Allem.

–Umm... Te has puesto muy inglesa. Resuélvelo. ¡Ah! ¿Podrías mandar unas flores de mi parte?

Naomi volvió a cerrar los ojos.

–Si puedes mandar dos docenas de rosas blancas....

No hacía falta que él se lo dijera, siempre pasaba lo mismo. El lunes mandaba flores a quien hubiese visto el fin de semana. Alrededor del miércoles podía pedirle que reservara un hotel y al lunes siguiente quizá mandara más flores, pero, normalmente, ya había perdido el interés para entonces.

–¿A nombre de quién? –le preguntó Naomi tomando un bolígrafo–. ¿Qué mensaje quieres...?

–Déjalo –la interrumpió Sev–. No te preocupes por las flores. Aparte de Allem, ¿voy a perderme algo más?

–Una reunión conmigo para programar el mes.

En la que había pensado decirle que iba a dimitir. Él se quedó en silencio.

–Es noviembre –añadió ella.

–Ya lo sé.

–Solo estaba comprobándolo.

–¿Algo más?

–No, se había pospuesto todo por Allem.

–Llegaré lo antes que pueda. Dile a Allem... –él lo pensó un instante–. Dile lo que tengas que decirle y, si se revuelve, recuérdale que él es quien quiere verme.

Él no se despidió, se limitó a cortar la llamada. No, no echaría de menos esa parte de su trabajo, el tener que reorganizar su agenda en el último segundo y defraudar a la gente. Al menos, eso le parecía a ella. A sus clientes parecía no importarles lo más mínimo. Que fuese inalcanzable hacía que fuese más deseable. Cuanto más esquivo era, más lo solicitaban.

–Maldito Sev –farfulló ella mientras se tumbaba para disfrutar de un descanso tan inusitado.

No tenía que apresurarse, podía trabajar un par de horas desde allí. Se quedó en la cama mientras esperaba a que el sol saliera y pensaba en lo que estaba a punto de hacer. La mayoría de la gente diría que estaba loca por dejar un trabajo tan increíble y todos los incentivos que lo acompañaban. Ella misma había estado repitiéndoselo durante los tres últimos meses. Sin embargo, estaba aprendiendo muy deprisa

que un piso no equivalía a la felicidad, que un guardarropa exclusivo, unas uñas de manicura y un peinado fabuloso no encauzaba el mundo por arte de magia.

Se había enamorado de Sev nada más verlo y sabía que, como muchas de sus predecesoras, sería inútil esperar algo que no fuese una aventura muy efímera. Había decidido que tenía que salir de allí antes de que sucumbiera. Ya tenía bastantes conflictos, estaba intentando consolidar algún tipo de relación con su padre y zanjar las cosas con Andrew. No necesitaba una aventura pasajera con Sev porque, aunque fuese pasajera para él, ella sabía que sería como un tatuaje indeleble para su corazón.

Sev no era gélido en absoluto. En realidad, algunas veces le parecía que estaba en el mundo solo para hacerle sonreír a ella, y lo hacía, y mucho. Efectivamente, era incorrecto, pero no más incorrecto que los pensamientos de ella. Su voz hacía que se estremeciera.

En cuanto a que era carente de emociones… Quizá él las tuviera o no, pero sacaba todas las de ella sin ningún esfuerzo.

Estaba amaneciendo y el día parecía despejado y frío desde la calidez de la cama. Era como si alguien hubiese pintado Central Park durante la noche en todos los tonos de rojo y naranja. Se preguntó lo que se sentiría al quedarse en la cama en invierno con la chimenea encendida y mirando los árboles cubiertos de nieve. No iba a estar allí para saberlo y se lo diría a él ese mismo día.

Capítulo 2

LA vista era igual de impresionante en la parte del mundo donde estaba Sev, aunque no veía gran cosa. Llevaba gafas de sol y los cristales tintados del Mercedes del hotel no dejaban entrar los rayos del sol de mediodía mientras lo llevaban a su avión y llamaba a Naomi. Miró brevemente las vistas de las bulliciosas calles de Roma. Seguramente, llegaría antes si se montaba en un ciclomotor, pero, aunque estaba enfadado consigo mismo por haberse quedado dormido y por no llegar a su cita con Allem, no iba a llegar tan lejos.

En cambio, sacó el teléfono y decidió que Naomi tendría que arreglar las cosas. A ella no le hizo gracia, pero él no necesitaba una secretaria malhumorada y cortó la llamada con cierto alivio cuando el coche se detuvo al lado del avión que lo esperaba. ¿Qué le había pasado para que el sábado por la noche llamara a su tripulación para que lo llevara hasta allí cuando ya ni siquiera se acordaba del nombre de ella? No había llegado a ese extremo por el sexo, ya había satisfecho su apetito sexual mucho antes de que embarcaran. Tampoco había sido por la conversación, no hablaba italiano especialmente bien. No se sentía nada bien por esa noche tan irreflexiva y lo que menos le apetecía era que la reverenda Naomi le afeara la conducta.

Shannon, su azafata, lo saludó y, como lo conocía bien, esperó a preguntarle cómo quería el café antes de hacerlo. Nunca lo quería igual.

–Solo y largo –contestó Sev quitándose la chaqueta–. Con un azucarillo.

Se sentó y en ese instante cambió de opinión y volvió a llamar a Shannon.

–Con leche, cargado y dos azucarillos.

Era posible que la leche le sentara bien al estómago, pero sabía que, gracias a Naomi, estaba sufriendo un inusitado ataque de remordimientos. Allem y su esposa le caían bien y estaban en Nueva York para verlo porque, gracias a las excusas de compromisos de trabajo, había declinado sus dos últimas invitaciones para que los visitara en Dubái.

Allem le había dado la primera oportunidad. Su pasado debería haberlo llevado a vivir en la calle, pero la había evitado siempre. Sus

notas en el colegio habían sido sobresalientes y había recibido una beca para una universidad muy buena y luego para hacer unas prácticas. Entonces estaba metido en la telefonía móvil y había ideado el diseño que Allem había sacado adelante. Efectivamente, le recordó su parte cínica, ese diseño había significado que Allem hiciese una auténtica fortuna a partir de su idea. Allem, sin embargo, lo había financiado y había permitido que él entrara de lleno en el mundo de la cibernética. En ese momento, su genio estaba un paso por detrás o dos pasos por delante de los malos y eso significaba que los gobiernos, los agentes de la ley, las líneas aéreas, la realeza y el mundo del espectáculo demandaban cada vez más sus servicios. Él luchaba con talento y respeto contra sus enemigos virtuales. Era una partida interminable e implacable que ganaba más veces de las que la perdía.

Su éxito no se limitaba a Allem, no le debía nada, se dijo a sí mismo mientras se bebía el café y Jason, el capitán del avión, le comunicaba que esperaba encontrar un viento de cola que les permitiría llegar antes de las tres.

Shannon fue a retirar la taza y enseguida estarían de camino.

–¿Quiere que le prepare la comida cuando despeguemos?

–No quiero comer nada –contestó él–. Voy a acostarme. No me despiertes a no ser que el avión esté cayendo en picado. Mejor dicho, no me despiertes aunque esté cayendo en picado.

Abrió el libro que leía siempre mientras despegaban, pero ni siquiera eso pudo distraerlo en ese momento. Él eludía la amistad, evitaba apegarse a la gente, pero, aun así, Allem insistía en permanecer cerca.

Fue al dormitorio en cuanto pudo. Se desvistió, se dio una ducha y se metió en la cama, pero no pudo dormirse. Seguía sintiendo la punzada de remordimiento y llamó a Naomi.

–No puedo dormir –reconoció Sev.

–¿Dónde estás?

–A una hora de Roma. ¿Has hablado con Allem?

–Todavía no. Le he mandado un correo electrónico para decirle que te han retrasado –contestó Naomi–. Lo llamaré más cerca de las nueve, cuando se me haya ocurrido un motivo.

Él captó un tono ligeramente cortante.

–Busca en mi escritorio –le indicó Sev, que había comprado un regalo para Jamal y Allem–. Debería haber una caja de madera brillante. Podrías envolverla y dársela para suavizar un poco las cosas hasta que llegue.

–De acuerdo.

–¿La has encontrado? –le preguntó Sev, que no sabía si se la habría

dejado en su piso.

–La buscaré cuando llegue a la oficina.

–¿No has llegado todavía?

–No, me has pillado.

–¿Haciendo qué?

–Me he quedado en la cama –contestó Naomi–, pero ya me he levantado.

–Mentirosa.

–He tenido un buen maestro.

Los dos estaban en la cama y los dos lo sabían.

–Pasa por mi piso antes de que vayas a la oficina. Es posible que esté en la mesa. Si no, está en el escritorio del despacho. Tiene una estatuilla dentro.

–De acuerdo. ¿Qué mentira quieres que le diga a Allem?

Sin embargo, él estaba pensando en otras cosas. Sí, se había sentido mal por Allem, pero saber que Naomi estaba en la cama y, con un poco de suerte, tan desnuda como él, era... excitante. Le volvía loco. No podía interpretarla. Era como si una previsión del tiempo decía que hacía un calor húmedo y al salir a la calle hacía un frío seco y glacial.

–¿Puedo preguntarte una cosa?

–No –contestó Naomi–. En cuanto a Allem, ¿qué le digo?

–Dile que he tenido una emergencia familiar. Da mucha importancia a la familia. Dile que mi madre se ha puesto enferma y que estoy volviendo de Rusia.

–Sev, ¿tu madre está viva?

–Sí...

–¿Está enferma?

–Podría estarlo.

Él oyó que ella tomaba aire y lo contenía.

–No te gusta la idea.

–No soy quién para juzgar...

–Pero lo haces, cariño –la interrumpió Sev–. Lo haces una y otra vez. ¿Sabes qué? No lo necesito. Te lo advierto...

–¿Oficialmente?

Estaría encantada de que la despidiera en ese instante, hasta el tono sombrío de su voz la excitaba.

–Extraoficialmente –contestó Sev.

Sin embargo, le gustaba hasta discutir con ella. Él no discutía, sencillamente, no podían molestarle para que discutiera.

Los dos se quedaron enfadados y en un silencio tenso, pero ninguno cortó la llamada y Sev repitió la pregunta, pero ya no estaba

enfadado.

–¿Puedo preguntarte una cosa?

No, no estaba enfadado. Su voz tenía ese tono grave que hacía que ella levantara las rodillas.

–Adelante –concedió Naomi con un suspiro.

–Es personal.

Ella ya se había imaginado que podría serlo.

–Tengo una curiosidad.

No se sintió ofendida. Ella también sentía curiosidad. Estaba desnuda en la cama e intentaba imaginarse cómo sonaría esa voz grave mientras hacían el amor, y estaba tentada, muy tentada, de averiguarlo.

–Pregunta.

–Bueno, doy por supuesto que, si estás prometida, querrás a tu prometido.

Ella no dijo nada.

–Y que te gustará.

Ella tampoco dijo nada.

–Entonces, ¿cómo...?

–¿Cómo... qué, Sev?

–Llevas tres meses en Nueva York y, que yo recuerde, él no ha ido a visitarte.

–No, no ha venido.

–Entonces, ¿cómo te apañas?

«¡Apañas!» Para Sev era tan elemental como eso. Un picor que había que rascar, una tarea que había que tachar periódicamente de la lista.

–Sev –replicó Naomi en tono tajante cuando habría preferido taparse con la sábana y alargar la llamada–. Yo sí te lo advierto oficialmente.

Ella cortó la llamada y él tiró el teléfono con impotencia. Maldita Naomi. Notaba la erección y lo había dejado tirado. Entonces, se acordó de por qué había ido a Roma. Ella había sido morena. Tan sencillo y enrevesado como eso.

Se habían acabado Naomi y sus humores. No necesitaba una secretaria santurrona sentada en un trono moral. Estaba allí para organizarle la vida, no para que él le rindiera cuentas de ella. ¿A quién le importaba lo que ella pensara? A él no le importaba nadie, aunque eso no era verdad del todo.

Ya detestaba ese mes. Detestaba noviembre. Siempre lo había detestado y siempre lo detestaría. En Rusia, el Día de la Madre era a finales de noviembre. En el colegio, los «niños con hogar», como sus

amigos y él llamaban a los alumnos con familia, hacían tarjetas para sus madres mientras los niños «*detsky dom*» pegaban arroz en una cartulina para… para nadie en concreto. Eran cuatro en su mesa y habían estado juntos desde la guardería. Él siempre había sido el empollón, a Nikolai le gustaban los barcos y los dos gemelos, Roman y Daniil, iban a ser unos boxeadores famosos algún día. Algún día. Nunca.

–Si no tenéis una madre, haced una tarjeta para alguien a quien queráis –les había propuesto la profesora todos los años.

Los niños «*detsky dom*» nunca hicieron una tarjeta. Hacía unos años, había averiguado que tenía una madre, pero ya sabía que, en cualquier caso, no habría agradecido una tarjeta con arroz pegado. Le mandaría unas flores, naturalmente, pero intentaría escribirle él la nota en vez de dejar que lo hiciera Naomi. Cada año le costaba más encontrar algo que decirle. «¿Gracias por estar ahí?». Ella no había estado allí. «¿Con amor en este día especial?». No era un día especial para ella y tampoco había amor.

En noviembre también era el cumpleaños de su sobrina. ¡Cumplía dieciocho años! Se acordó de repente. Pasaría por Tiffany de camino a la oficina, pero cambió de opinión inmediatamente. Le mandara lo que le mandase acabaría en una casa de empeños o en una subasta.

Efectivamente, detestaba noviembre por muchos motivos.

Cerró los ojos, pero siguió sin poder dormirse. Podía recordar como si fuese ayer, no hacía media vida, cuando oía a su amigo que lloraba por la noche. Habían sido unos niños que habían dejado de llorar en la cuna y él no sabía si a su amigo le gustaría que él supiese que estaba llorando.

–¿Qué pasa? –le había preguntado él–. Nikolai, ¿qué ha pasado?

–Nada.

–A mí me parece algo.

–Déjalo.

Él lo dejó y se arrepentía con toda su alma. Esa mañana, Nikolai había desaparecido. Una semana más tarde, encontraron su cuerpo y Sergio volvió con su bolsa. Dentro estaba el barco que Nikolai había estado construyendo con cerillas.

Se quedó pensando en su amigo y su triste final, y en los otros amigos que seguía echando de menos. El doce de noviembre, el día que Nikolai se fugó, iría a Londres en otro intento inútil de encontrarse con su pasado. Podría ser inútil, pero era tan supersticioso como ruso. Si no iba, podría ser el año en el que Daniil se presentara.

Capítulo 3

EL jeque Allem fue extraordinariamente comprensivo con el cambio de planes. Cuando Naomi lo llamó a las nueve, no pareció lo más mínimo sorprendido. Le dijo que iría a la oficina a las cuatro, pero que si, entretanto, le importaría acompañar a Jamal de compras.

–Naturalmente.

Se había puesto un vestido corto azul marino y unas bailarinas y había subido al piso de Sev para comprobar si el regalo estaba allí. El piso ocupaba toda la planta. Iba muchas veces por allí para hacerle el equipaje o para acompañar a una decoradora porque había decidido cambiar el color de una pared, una iluminación o cualquier otra cosa. En general, se ocupaba de muchos detalles para que él no tuviera que ocuparse.

Su doncella estaba allí cambiando las flores y cerciorándose de que todo estuviera en orden cuando él volviera. Naomi la saludó y fue al despacho. No encontró ninguna caja de madera en los cajones y miró encima de la mesa. Allí tampoco vio ninguna caja, pero sí vio un barquito bastante desastrado. Le pareció raro y lo tomó con la mano para mirarlo de cerca. Era viejo y estaba mal hecho, al contrario que todo lo que había en el piso. Volvió a dejarlo y fue al dormitorio para aprovechar el viaje y llevarle dos camisas limpias a la oficina.

El dormitorio era su habitación favorita. No por él... bueno, quizá sí. Sin embargo, le fascinaba.

La puerta de caoba no era igual por dentro. Él, aburrido por los acabados, había hecho algunos cambios en el edificio protegido y la puerta era de ébano por dentro, como el resto de los acabados. Había otra doncella que estaba cambiando la ropa de la enorme cama de madera negra. Era preciosa.

La vista era impresionante y las cortinas eran de color negro y marfil con un toque de verde pistacho, el único toque de color de toda la habitación, aparte de la vista.

Como era principios de mes, sacó la tableta e hizo un inventario. Sev tenía una mujer que le compraba la ropa, con la que ella mantenía una buena relación. Tenía otra mujer que se ocupaba de la comida y la bebida y su secretaria se ocupaba de sus asuntos personales. Fue a su tocador y vio la colonia que había pedido el mes anterior a París. El

frasco estaba medio lleno, pero tomó nota y, para su placer, fue a la mesilla y tomó nota de otras cosas que había que reponer. No se perdería esa parte de su trabajo por nada del mundo. En realidad, se enojó consigo misma porque se había olvidado de pasar por el cuarto de baño antes de tomar las camisas y dirigirse al trabajo.

Naturalmente, en el escritorio de su despacho había una caja de madera resplandeciente. La abrió y frunció el ceño. Recordaba que la había comprado en Mali y que ella se había preguntado por qué. Era una estatuilla de la fertilidad. Pensó en llamar a Sev y decirle que quizá no fuese el mejor regalo para el jeque, pero allá él si metía la pata. Seguía enfadada con él y no estaba de humor para tener otra conversación con Sev desnudo.

Envolvió el regalo y decidió que Sev podría entregárselo y apechugar con las consecuencias. Volvió a dejarlo en el escritorio y fue a reunirse con Jamal. Pasaron unas horas de compras y charlando antes de que la acompañara de vuelta a su hotel. Entonces, recibió una llamada del chófer de Sev para comunicarle que el avión ya había aterrizado, pero volvió a la oficina y Sev no estaba allí.

Maldito fuera. Allem llegaría enseguida y le espantaba tener que mentir por Sev. Ni siquiera había sabido que su madre seguía viva. Lo sabía todo de él y no sabía nada. Nunca hablaba de su familia. Nunca le pedía que mandara flores o regalos a alguien que no fuesen sus... amigas. Sacó la cuenta de la floristería y buscó en mayo. No, a juzgar por los mensajes de ese mes, no había mandado un ramo de flores por el Día de la Madre. Sin embargo, no era asunto suyo. Solo quería saber algo más.

Le avisaron de que Allem había llegado y fue a saludarlo. Llevaba una túnica y una *kufiya* y era tan refinado y educado que se preguntó si sería de la realeza.

–Su avión acaba de aterrizar –le explicó ella.

Mandó un mensaje a Sev y esperó... y esperó. A Allem, sin embargo, parecía no importarle lo más mínimo.

–¿Cuánto tiempo lleva trabajando con Sevastyan? –le preguntó Allem mientras ella servía el té.

–Tres meses.

Y no pasaría de los tres meses y dos semanas porque estaba dispuesta a dejar el trabajo.

Sev apareció por fin y estaba tan desaliñado como si hubiese viajado en clase turista y no en su lujoso avión privado. Aunque guapo, pensó ella esbozando una sonrisa que no se reflejó en sus ojos. Tenía el cuello hecho un desastre por el fin de semana de pasión y entendió por qué había tardado tanto desde el aeropuerto; a juzgar

por la bolsa que llevaba, había parado en Tiffany. Ni por un segundo supuso que había parado para comprarle algo a ella.

–Siento muchísimo lo que le ha pasado a tu madre. ¿Qué tal está? –le preguntó Allem.

–Visto y no visto –contestó Sev sacudiendo una mano y sin disculparse por haber llegado siete horas tarde, claro–. Vamos a mi despacho.

Acompañó a Allem y sonrió a Naomi para darle las gracias mientras cerraba la puerta. Creía que había colado y que Allem pensaba que su madre estaba enferma. ¿Acaso no se daba cuenta de que Allem era demasiado educado como para decir algo de los chupetones que tenía en el cuello?

Estaba harta de ese trabajo. No, no estaba harta, era mucho más que eso. Había mentido sobre su propia madre. Era un malnacido y Felicity se lo había advertido en la primera entrevista. Hasta Sev se lo había advertido el primer día de trabajo.

–Prefiero los ordenadores –le había dicho él con un bostezo el primer día mientras le ordenaba que se ocupase de una mujer llorosa que no había dejado de llamarlo al teléfono de la oficina–. Nada de lágrimas ni de dramas –él había visto que ella se sonrojaba–. No estoy hablando de porno.

–No he dicho que estuvieses haciéndolo.

–Solo digo que prefiero los ordenadores a las personas.

Pensó en el primer día y en el tiempo que había pasado desde entonces y, aunque sabía muchos detalles de su vida, no lo conocía mejor. Ni siquiera sabía cómo tomaba el café. El café, como Sev, cambiaba a capricho.

Sev cerró la puerta ante el gesto de censura de Naomi y abrió el escritorio mientras Allem se sentaba. Le había envuelto el regalo.

–Compré esto para Jamal cuando estuve en Mali –Sev le entregó el regalo y observó a Allem mientras lo abría–. Me acuerdo de que dijiste que le gustan las estatuas y... –no terminó la frase cuando Allem empezó a reírse–. ¿Qué te parece tan gracioso?

–Sevastyan, es el regalo más inapropiado que puedes hacerle a mi esposa –contestó Allem con una sonrisa–. Es una estatuilla de la fertilidad.

–¿De verdad? Entonces, quiero que desaparezca de mi despacho.

–La verdad es que Jamal se reirá cuando le diga que la compraste pensando en ella. Además, llegas un poco tarde. Estoy encantado de decirte que esperamos un hijo para marzo.

Sev dijo todo lo que tenía que decir. Al menos, lo intentó. Allem había sido desenfrenado y quizá por eso se habían llevado tan bien. Habían pateado todos los clubs del mundo, estuvieran donde estuviesen. Sin embargo, durante los dos últimos años, solo había tenido cenas muy largas con Allem, Jamal y la acompañante que él hubiese llevado.

En ese momento, Allem le hablaba de las náuseas por las mañanas, de que Jamal había adelgazado y de que estaba un poco llorosa. Él tuvo que hacer un esfuerzo para no bizquear.

–Aunque Jamal se lo ha pasado muy bien de compras con Naomi y está deseando salir a cenar esta noche –comentó Allem.

Sev tuvo que contener un bostezo.

–¿Nos acompañará Naomi? –preguntó Allem.

–Claro –contestó Sev.

Él sabía muy bien que Jamal no saldría a cenar sin una compañía femenina.

–Entonces, ¿Naomi y tú estáis saliendo? –Allem llevó la conversación al terreno personal cuando él preferiría que hablasen de trabajo–. He visto que lleva un anillo de compromiso.

–Bueno, no es mío –replicó Sev en tono tajante–. ¿Puede saberse qué te ha hecho pensarlo?

–Es que no sueles llevar a tu secretaria a nuestras cenas.

Eso era verdad. Normalmente, buscaba una acompañante y le prometía que, si soportaba una cena tranquila, él la compensaría más tarde. Sin embargo, últimamente, había sido más fácil llevar a Naomi. Se comportaba excepcionalmente bien con los clientes. A pesar de sus defectos, a pesar de sus leves críticas a su forma de vida, Naomi sabía aplacar los ánimos que él solía alterar con su forma de ser.

Por fin hablaron de trabajo y él estuvo de acuerdo en que tendría que ir a Dubái.

–Aunque la verdad es que estoy ocupado, Allem –le explicó él–. Necesito cuatro días como mínimo y no los tengo hasta marzo.

–Cuando nacerá el bebé. Sev, sé que estás ocupado, pero llevo pidiéndotelo desde hace tiempo.

Sev asintió con la cabeza y buscó su agenda en el ordenador. Esa semana tenía que ir a Washington DC y no podía cancelarlo. A la semana siguiente se iba a Londres y, aunque había llegado a pensar en no ir, era innegociable para él. Sin embargo, quizá estuviese empezando a tener un poco de conciencia; Allem llevaba meses pidiéndole que fuese a Dubái como invitado suyo y para hacerle un pequeño trabajo... y él lo había pospuesto injustificadamente.

–Le diré a Naomi que me reorganice algunos clientes –concedió

Sev–. Podemos estar allí el sábado.

–Excelente.

Naomi levantó la mirada cuando los dos hombres salieron del despacho. Allem era todo sonrisas. Se acercó a ella y le dio las gracias por el té y por haberse ocupado de Jamal.

–Estamos deseosos de salir a cenar –comentó Allem.

–Yo también –replicó ella con una sonrisa.

Estaba claro que Sev, en vez de acompañarlo hasta el ascensor, lo más lejos que solía llegar para despedir a un cliente, iba a acompañar a Allem hasta su coche. ¿Eran amigos?, se preguntó ella. Parecían una pareja muy improbable.

–Volveré enseguida –le dijo Sev cuando pasó a su lado.

Luego, por detrás de la espalda de Allem, le hizo un gesto con la mano que en su idioma significaba que le sirviera un coñac. Ella fue a su despacho y le sirvió la copa, pero no pudo contenerse y abrió el cajón y sacó la bolsa de Tiffany. Miró el precioso estuche azul con un lazo blanco y empezó a torturarse con la imagen de unos anillos de compromiso. ¿Por eso había viajado a Roma? Las rosas blancas le habían dolido, pero no podía soportar la idea de que Sev se tomase en serio a alguien. Desde que ella estaba allí, nunca le había comprado joyas a nadie, no había pasado de las rosas blancas.

–¿Fisgando? –preguntó Sev mientras entraba en el despacho.

Ella no lo había oído, pero estaba demasiado cansada como para dar un respingo o ruborizarse siquiera.

–No sabía si querrías que lo envolviera.

–¿Crees que podrías hacerlo mejor que en Tiffany? –le preguntó Sev con sorna.

Ella fue a meter el estuche en la bolsa otra vez, pero Sev extendió una mano y ella se lo entregó.

–Creo que he cambiado de opinión.

Sev quitó el lazo, abrió el estuche, lo miró un rato y se lo entregó a Naomi para que le dijera lo que pensaba. Ella hubiera preferido no decírselo. Miró los pendientes en silencio, eran dos pendientes con forma de corazón y diamantes rosas engarzados. Eran impresionantes.

–Son preciosos –comentó ella.

Sev, sin embargo, no estaba seguro, recuperó el estuche y volvió a mirarlos.

–Creo que son demasiado rosas, pero ella es joven y el dependiente que me atendió me dijo que es lo que más les gusta en este momento.

Naomi pensó que esa romana no recibiría rosas blancas…

–No pareces muy convencida –siguió Sev al captar la falta de entusiasmo de Naomi.

–Sev, son impresionantes –aseguró ella con la esperanza de parecer convincente–. A cualquier mujer le apasionaría tenerlos.

Sobre todo, si se los regalaba él. Lo miró y vio que tenía el ceño levemente fruncido mientras seguía examinando los pendientes. Ese hombre, a quien le importaban muy poco los sentimientos de los demás, parecía preocupado por ese regalo y cómo iba a ser recibido. Efectivamente, había llegado el momento de marcharse.

–Muy bien, vamos a repasar mi agenda –Sev cerró el estuche y lo dejó para que ella volviera a ponerle el lazo–. La he cambiado. El sábado nos vamos a Dubái y desde allí nos iremos directamente a Londres. El día doce tengo que estar allí.

–¿Por la mañana? –preguntó ella.

–No. Quiero llegar el once para evitar retrasos y esas cosas.

Naomi arqueó las cejas. Normalmente, el retraso lo originaba él.

–Ya sé que tendrás que reorganizar algunas cosas, pero no puedo dejar de ir a Washington y tampoco puedo seguir dejando de lado a Allem.

–Lo entiendo. ¿Le gustó la estatuilla?

–Le encantó –contestó él para mayor perplejidad de ella.

–Sev, ¿puedo hablar un momento contigo?

–¿No puede esperar? Tenemos que reunirnos con Allem dentro de una hora.

–No –Naomi sacudió la cabeza–. No puede esperar.

Si no lo hacía en ese momento, todo se complicaría más y como iban a irse a Dubái, si existía la esperanza de que encontrara a alguien que la sustituyera, tenía que empezar enseguida.

–Entonces, tendrás que verme mientras me cambio –comentó Sev mientras tomaba la copa y daba un sorbo antes de empezar a deshacerse el nudo de la corbata.

–No sería la primera vez.

No se sentó, estaba demasiado nerviosa y se apoyó en la mesa. Él, después de haberse quitado la corbata, abrió la puerta de un vestidor y eligió una camisa sin preguntarse cómo habría llegado hasta allí. No era asunto suyo. Sev se miró en el espejo.

–Será mejor que me afeite.

Naomi no dijo nada cuando se quitó la camisa, la tiró al suelo y se dirigió hacia ella para que le rellenara la copa. Se acercó sin importarle el efecto que tenía en ella verlo medio desnudo. Eso tampoco era asunto suyo.

Tenía la piel muy blanca, podría haber sido demasiado blanca en

cualquiera, pero en Sev resaltaba su cuerpo flexible y musculoso y le ensombrecía el pecho a la perfección. Los brazos eran tan largos como las piernas y los pezones tenían el mismo color vino de los labios y eran igual de tentadores. Los pantalones le colgaban un poco de las caderas y esos eran los detalles que ella intentaba por todos los medios no ver mientras él tomaba una copa y se la entregaba a ella.

–Tómate una –le dijo Sev–. Va a ser una noche muy larga y muy seca.

Ya habían bebido juntos algunas veces, sobre todo, si iban a salir a cenar, pero ella declinó con un leve gesto de la cabeza. Aunque una copa podría irle bien para calmar los nervios, prefería conservar las inhibiciones antes que perderlas cuando estaba con él. Eso iba a ser más doloroso de lo que se había imaginado. Le encantaba su empleo, su carrera profesional. No era solo trabajo. Aunque había un motivo para que no pudiera sobrellevar ciertas partes de su empleo. Si hubiese sido Edward o cualquiera de sus jefes anteriores a Sev, eso no habría pasado de ser una parte más de una jornada larga, un breve descanso antes de salir a cenar con sus clientes. Sin embargo, en ese momento, estaba intentando decidir dónde posar los ojos cuando quería posarlos en él.

–Si se trata de lo de esta mañana –siguió Sev–, no te preocupes, no tienes que disculparte.

Ella fue a esbozar una sonrisa de incredulidad, pero la disimuló.

–Estamos intentando que no uses tanto la palabra «perdón», ¿te acuerdas?

Algunas veces, era el colmo. Podría decirle que esa mañana había sido él quien se había excedido, pero estaba mirándole la espalda y haciendo un esfuerzo para no abalanzarse sobre él. Estaba cansada de dominar sus sentimientos. Unos sentimientos que podían acabar maltrechos. Además, esos sentimientos tampoco le dejaban hacer bien su trabajo. Sabía que esa mañana se había enfadado por su retraso cuando era su secretaria y no tenía derecho a enfadarse por eso.

–No quería hablar de eso, Sev –Naomi se aclaró la garganta y vio que Sev tomaba una cuchilla de afeitar–. Voy a darte mi... carta de dimisión.

Vio que la cuchilla titubeaba sobre su mejilla, pero empezó a afeitarla mientras ella seguía con el discurso que había preparado.

–Tú mismo dijiste que te sorprendería que durase más de tres meses –le recordó Naomi.

–Es verdad.

–Me ha encantado el trabajo, me ha encantado de verdad, pero es que...

Él se dio la vuelta.

–Naomi, no tienes que darme un motivo para marcharte.

Algunas veces, podía ser muy considerado, lidiaba muy bien con cosas tan incómodas como una dimisión.

–¿Te quedarás hasta que encuentres a alguien que te sustituya? –le preguntó Sev mientras seguía afeitándose.

–Haré lo que pueda esta semana, pero podría ser precipitado si vamos a ir a Dubái, a no ser que no me necesites y...

–No, no –la interrumpió Sev–. Necesito que vayas. Pasado mañana me voy a Washington... –él hizo una pausa para pensar un momento–. Volveré el jueves por la noche. Si pudieras tener a dos candidatos para entonces, estaría muy bien.

–Claro.

No tendría ningún problema. Todos los días le llegaban solicitudes para trabajar con Sevastyan Derzhavin.

–Iré a Londres desde Dubái y allí podremos separarnos –añadió ella.

–Sin embargo, ¿volverás a Nueva York? –le preguntó Sev.

–Sí –Naomi asintió con la cabeza–. Quiero pasar la Navidad con mi familia.

–¿Qué tal va todo eso? –le preguntó Sev afeitándose otra vez.

–¡Bien! Mañana voy allí.

–¿A cenar?

–A cuidar a sus hijas. Ellos van al teatro.

Sev no dijo nada. Le desquiciaba que ella acudiera corriendo ante el más mínimo deseo de su padre. Podían estar en medio de una reunión y, si su padre la llamaba o le mandaba un mensaje, él notaba que se ponía tensa aunque intentara no contestar. Sin embargo, decidió no decir nada.

–Te gusta el teatro –comentó él.

–La verdad es que no.

–Tu currículum dice que sí.

–Ya te dije que había mentido sobre eso.

–¿No vas a pedirme referencias?

Ella asintió con la cabeza.

–Las escribiré mañana a primera hora.

Él se aclaró la cara, se la secó, se echó colonia, dio un sorbo de coñac y se puso una camisa limpia. Como si nada. Ella había dimitido y él no había parpadeado casi.

Capítulo 4

VAS a cambiarte? –le preguntó Sevastyan.

Naomi asintió con la cabeza. Esa falta de absoluta reacción le confirmaba que hacía bien en marcharse. Para Sev, lo que se conseguía con facilidad, se perdía con facilidad, y eso dolía mucho. Fue a salir del despacho para cambiarse, pero se detuvo al llegar a la puerta.

–No tengo el vestido aquí. Debería haberlo recogido de la lavandería durante la hora del almuerzo, pero he ido de compras con Jamal y se me ha olvidado.

–No importa –replicó Sev. Le había impresionado lo mismo que la noticia de que había dimitido–. ¿Tienes algo en tu casa? Podemos pasar por allí de camino al restaurante.

Claro que tenía algo en casa, gracias a su generosa asignación para vestuario, y bajaron a su piso. Ella habría preferido que no se hubiese afeitado y que no oliera tan bien cuando tomaron el ascensor.

–¿Dónde vamos a cenar? –le preguntó Sev mientras se montaban.

Naomi le dijo el nombre de un restaurante de Oriente Medio que estaba muy de moda.

–No es muy original –Sev puso un gesto de fastidio–. ¿No estarán hartos de comida de Oriente Medio?

–Creo que nadie se harta de la cocina de su propio país –replicó Naomi mientras abría la puerta de su piso–. Es más, había hecho una reserva en un restaurante francés, pero Jamal se siente un poco...

Prefirió no contarle a Sev la noticia que Jamal le había dado mientras estaban de compras. Él era insensible en el mejor de los casos y carente de cortesía social en el peor.

–Ella quería un menú que conociera –añadió Naomi.

–Me parece bien.

–Sírvete lo que quieras. Iré a cambiarme.

Sevastyan se habría servido algo de beber si hubiese encontrado algo aceptable. Abrió la nevera y ni siquiera encontró una botella de vino. Volvió a la sala y vio la foto de un hombre, su prometido probablemente, en la mesa, junto al teléfono. Qué tierno, pensó con cierto resquemor, lo miraría mientras hablaba con él por teléfono. Entonces, se acordó del pequeño percance que Naomi y él habían

tenido esa mañana y aunque la pregunta de él había sido inapropiada, había sido franca. No solo la del sexo. Él sabía que nunca se encariñaría lo bastante con nadie como para prometerse, pero el majadero de la foto lo estaba.

El cumpleaños de Naomi había sido en octubre. Él no lo había sabido, solo había sabido que pasaba algo, pero, cuando la presionó un poco, ella le contó que estaba disgustada porque sus padres no la habían llamado para felicitarla.

–Estoy seguro de que pasará algo agradable –le había dicho él.

Había estado seguro de que su prometido estaba montado en un avión para llevársela una noche, y no lo pensaba como un esnob con avión privado. Ella le había contado que su prometido, Andrew, tenía un trabajo importante y, supuestamente, le pagarían lo bastante como para poder tomar un vuelo y pasar el cumpleaños con su futura esposa. Al parecer, no. Él la había llevado al teatro, algo que le espantó, y a cenar, algo que le encantó. Luego, a medianoche, volvieron al mismo edificio y a plantas distintas. Algo que lo desconcertó.

Naomi y él... Era algo que había que abordar. Estaba a punto de clavar el dedo índice en la imagen de Andrew, pero fingió que se rascaba la oreja cuando oyó que Naomi salía de su dormitorio. Llevaba un vestido gris ceñido muy elegante, pero necesitaba que la ayudara con la cremallera y llevaba los zapatos y un collar en la mano para arreglarse en dos minutos.

–¿Tenemos tiempo para que me arregle el pelo? –preguntó ella mientras se ponía los zapatos.

–No –contestó él mientras miraba cómo se peleaba con la cremallera–. Ven.

Ella prefería no ir, pero decidió no complicar las cosas, fue y se levantó el pelo. Sev agarró la cremallera, pero en vez de subirla, terminó de bajarla.

–Vaya...

–¡Sev!

Naomi suspiró, no tenían tiempo para esos jueguecitos. Sin embargo, Sev estaba mirando su delicado cuello y ya no tenía prisa. A Naomi le temblaba la mano con la que le sujetaba el pelo y él decidió que no había interpretado mal la sensualidad que había captado en su despacho. Naomi Johnson estaba tan excitada como él, y era mucho.

Tenía la espalda desnuda, menos por la cinta del sujetador, y también estaba muy tentado de soltársela. Tenía una espalda preciosa, aunque, normalmente, no se fijaba en las espaldas. Preferiría darle la vuelta, pero le pasó un dedo por la espina dorsal.

Ella cerró los ojos de felicidad.

–Por cierto, Naomi –él lo dijo en un tono más grave de lo normal y, evidentemente, había tensión en el aire–, ¿te das cuenta de que ahora que has dimitido podemos pasarnos las próximas dos semanas felices y contentos en la cama?

–Se me escapó eso cuando leí el contrato –replicó ella–. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

–Bueno, cuando estábamos en Helsinki me dijiste que nunca te acostarías con tu jefe.

–En realidad –le corrigió ella–, esa conversación fue en Mali y lo que te dije en Helsinki fue que nunca tendría una aventura contigo.

–¿Porque estás prometida?

Naomi se dio cuenta de que nunca le entraría en la cabeza que era posible que una mujer no lo deseara... y seguramente tenía razón, porque ella estaba haciendo un esfuerzo para no darse la vuelta. Había sido muy prudente al no quitarse el anillo de compromiso. Aunque eso no lo disuadía ni lo más mínimo, no tenía escrúpulos. Él ya tenía la mano en la parte más baja de su espalda y estaba jugando otra vez con la cremallera, pero se cansó de fingir que iba a subírsela.

La había deseado desde hacía mucho tiempo y en ese momento, cuando ella le había dicho que iba a marcharse, la deseaba más todavía.

Estaba más que acostumbrado a que sus secretarias dimitieran y nunca le había importado nada, pero en ese momento sí le importaba. Sin embargo, se había consolado a sí mismo pensando que, si ella se marchaba, podían dejar algo del trabajo al margen y concentrarse en el placer, pero Naomi acababa de cerrarle la puerta. Él la quería abierta.

–En Helsinki te dije que ya me había curado de las rubias...

Él subió un dedo hasta su nuca y jugó con un rizo oscuro. Ella se quedó inmóvil mientras él le soplaba en el cuello, ¿o era su aliento?

–Creía que tendríamos que estar en el restaurante –comentó Naomi–. Has dicho que no tenía tiempo ni para arreglarme el pelo...

–En este momento, no estoy pensando en tu pelo.

Ni ella tampoco, estaba harta de luchar con él. Quizá tuviera que encargar sus propias rosas cuando hubiese terminado... y terminaría. Estar loca por Sevastyan, era una enfermedad terminal que no tenía cura. Aunque podría aliviar el dolor provisionalmente...

Él se acercó más por detrás, pero despacio. No quería que se sobresaltara por su erección y cambiara de opinión, aunque podía

notar el cambio en ella.

–Has adelgazado –comentó él acariciándole la cintura y subiendo un poco las manos.

–Lo sé –reconoció ella preguntándose cómo podía excitarse tanto solo por la calidez de su mano.

Le había puesto la mano en el abdomen, por encima de la cintura, pero por debajo de donde ella quería que estuviera. Los pechos anhelaban que los tocara.

–Creí que estaría engordando...

Ella no siguió. No iba a decirle a Sev que con todas las cenas y almuerzos a los que iba con él lo normal sería que estuviera reventando la ropa, no que se le cayera.

Fue Sev quien acabó con ese momento tan íntimo. Detuvo la mano y frunció el ceño, aunque ella no lo vio. ¿Por qué creía Naomi que debería estar engordando? Entonces, se acordó de la conversación que había tenido con Allem. Naomi había estado de humor variable últimamente... Él, supersticioso por naturaleza, pensó en la estatuilla de la fertilidad que había tenido en su despacho durante meses. ¿Estaba embarazada? ¿Por eso se marchaba? Miró la foto de Andrew sobre la mesa y subió la cremallera hasta arriba. ¡No necesitaba una secretaria embarazada y no quería una amante embarazada!

–Vámonos –gruñó él–. Llegamos tarde.

Debería haber sido una cena muy agradable, pero no lo era. Era una de esas noches en las que le gustaría haberse quedado en casa. Sev estaba callado y malhumorado y Naomi era la que llevaba la conversación.

–Entonces era la telefonía móvil –comentó Allem mirando a Sev, quien estaba pidiendo más agua al camarero.

Naomi estaba segura de que la de Sev estaba mezclada con vodka. Estaba de un humor de perros y ella no sabía qué había pasado. Había estado a punto de ceder a tres meses de deseo creciente y entonces, sin venir a cuento, él había cambiado de opinión. Nunca entendería a Sev. Gracias a Dios, muy pronto podría dejar de intentarlo.

–¿Te acuerdas, Sev? –le preguntó Allem.

–Me acuerdo de que di con el diseño... –Sev se encogió de hombros.

–Se habría quedado en un diseño si no lo respaldo con mi dinero –señaló Allem.

–Es verdad –reconoció Sev.

–Entonces, ¿cómo empezaste? –le preguntó Naomi cuando habría

preferido darle una patada por debajo de la mesa por ser tan distante y grosero.

–Te dieron una beca, ¿verdad? –le preguntó Jamal.

Sev asintió con la cabeza. Lo que menos soportaba del mundo era hablar de su pasado. Ese era el problema, la gente siempre quería hablar y él habría preferido quedarse en casa descifrando códigos.

–Había un ordenador viejo en el despacho donde vivía –explicó Sev a regañadientes–. Iban a tirarlo cuando yo tenía trece años…

–¿Despacho? –le interrumpió Naomi frunciendo el ceño–. ¿Donde vivías?

–En el despacho del colegio, quiero decir –le explicó Sev dirigiendo una mirada de advertencia a Allem.

Allem sabía algo, pero él prefirió no adentrarse en su pasado porque era demasiado oscuro, demasiado enmarañado, y ya se había alejado mucho de todo eso.

–Lo desmonté y…

Sev se encogió de hombros para quitarle importancia a todas las horas que había dedicado a reconstruirlo buscando piezas por todos lados. Entonces, cuando ese funcionó, pasó al siguiente y al siguiente.

–La beca ayudó, pero la verdad…

Habían sido las horas interminables que había pasado sin apartar la vista de máquinas y libros. Al principio, de cualquier libro, fueran cuentos, historias de amor, biografías o policíacas. Se había leído una y otra vez cualquier cosa que llevaran los cuidadores o encontrara él. Hasta que un día se topó con un libro de programación de ordenadores que se había convertido en su primera biblia. La fascinación le duraba todavía. Sin embargo, no contó nada de eso aunque a todos les habría encantado oírlo.

–Me acuerdo de que te gustaba aquella princesa… –Allem sonrió y se dirigió a Naomi–. Sevastyan pirateó la página web del palacio, les dijo las lagunas que tenía el sistema y que él podía arreglarlas.

–Solía hacerlo en aquellos tiempos, cuando escaseaban los clientes –reconoció Sev.

–¿Llegaste a algo con la princesa? –le preguntó Naomi y Sev esbozó una sonrisa jactanciosa–. Una pregunta ridícula.

Los dos se miraron y los dos estaban dolidos, aunque ninguno iba a reconocerlo.

–Cuando vayáis a Dubái…

Allem también los miró y volvió a captar la tensión. Había visto que Sev miraba a Naomi cuando ella fue al cuarto de baño y también podía captar las pullas que se lanzaban el uno al otro… Era la primera vez que la veía con Sev. Sev siempre había llevado una acompañante

si estaba Jamal. Él, como Sev, nunca conseguía acordarse de sus nombres. Naomi le caía bien y quería ver feliz a Sev por una vez en su vida.

–Queremos salir al mar con vosotros, con los dos –siguió Allem.

–No voy a ir de vacaciones –replicó Sev–. Podéis llevaros a Naomi.

–Porque yo no hago nada en todo el día –replicó Naomi poniendo los ojos en blanco.

–Puedes tomarte un día y tomar el sol –insistió Sev.

Pensó en su espalda tersa y blanca, le miró las mejillas pálidas y se acordó del día que se conocieron, de cómo se sonrojaron, como estaban empezando a sonrojarse en ese momento. Quería que Allem y Jamal desaparecieran, quería volver al punto donde Naomi y él lo habían dejado. En ese momento, quería introducir la mano por debajo de la mesa y separarle los muslos, y lo más extraño era que creía que ella se lo permitiría.

Aunque no lo haría. ¿A las mujeres embarazadas les gustaba el sexo? No tenía ni idea.

–Nos gustaría ver algún espectáculo mientras estamos aquí –comentó Jamal.

–Pues estáis en el sitio indicado –Sev seguía mirando a Naomi–. Os encanta el teatro. Mañana podríamos ir todos...

–Ya tengo planes –le interrumpió Naomi inmediatamente.

–¿Qué planes?

–Ya te lo he dicho. Tengo que cuidar a las hijas de mi padre.

Sev no dijo nada, era más seguro callarse. Quería decirle que había dado un vuelco a su vida, que se había ido a vivir allí para estar con su padre y que, aparte de cuidar a sus hijas cuando su esposa y él salían, no lo veía nunca. Sí, era más seguro pedir la cuenta.

El chófer de Sev llevó a Allem y Jamal a su hotel y volvieron a casa en silencio. Mientras subían los escalones del vestíbulo, Sev decidió que estaba harto de hacer lo que era más seguro.

–¿No puedes llamar a tu padre y decirle que no puedes ir mañana por la noche?

–¿Por qué iba a hacerlo?

–¿Por qué no ibas a hacerlo? –preguntó Sev–. Pagaré a una enfermera o lo que sea para que cuide a sus hijas.

–¿Una enfermera? –Naomi parpadeó–. ¿En qué mundo vives, Sev?

–En uno sin bebés ni hijos. A una niñera entonces.

–Quiero ayudar.

–¿Ayudar? –preguntó Sev mientras se acercaban a los ascensores–.

Querrás decir que te sojuzguen.

–Son mis hermanas.

–Por parte de padre –la corrigió él mientras entraban en un espacio muy pequeño y cargado de tensión–. Además, el pastel de afecto no se divide en partes iguales cuando es la segunda o tercera vez...

–No sigas por ahí –Naomi ya había oído bastante–. No intentes decirme cómo tengo que lidiar con mi familia cuando has mentido sobre la salud de tu madre.

Ella fue a bajarse del ascensor en el décimo piso, pero él la detuvo.

–Naomi, necesito de verdad que alguien me acompañe.

–Entonces, encuentra a alguien. Sev, son casi las doce y esta mañana me has llamado a las seis. Llevo dieciocho horas trabajando y no voy a tener el fin de semana libre. ¿No puedo pasar una noche con mi familia?

Le pidió con la mirada que la despidiera en ese momento. ¿No podían acabar con eso?

–Puedes librar mañana por la noche –concedió él.

Sev se quedó un momento en el ascensor parado mientras ella se bajaba.

Muy bien, encontraría a alguien. No tenía que buscar muy lejos. Sacó el teléfono y ya estaba llamándola cuando llegaba al último piso.

–Hola, Felicity, ¿te acuerdas de Jamal y Allem?

Su exsecretaria los conocía bien y, además, era rubia, impresionante y ¡no estaba esperando un hijo de otro!

Capítulo 5

QUÉ tal van las cosas con Derzhavin? –le preguntó Anderson, su padre.

Había sido una jornada larga y complicada en la oficina. Sev había estado serio y callado y ella se sentía muy aliviada de que tuviese que marcharse a Washington al día siguiente temprano y de que no fuese a verlo hasta el viernes. No tenía ganas de hablar de él, pero la verdad era que Sev era el motivo de conversación principal entre su padre y ella.

Se sentó mientras Anderson daba un beso y un abrazo a Amelia, su hermanita de cuatro meses, antes de entregársela a Judy para que la acostara. A su hermana por parte de padre, como diría Sev. No quería ser tan escéptica como Sev, pero tampoco era la marioneta que él creía que era. Sabía por qué estaba en Nueva York. Quería dar una sincera oportunidad a su relación con su padre y le dolía mirar mientras Judy se llevaba al bebé de los brazos de su padre y que se le llenaran otra vez al instante cuando Madison, de tres años, se subía a sus rodillas para que le diera un beso de buenas noches.

Ella era más pequeña que Amelia cuando su madre volvió al Reino Unido y se la llevó allí. Solo había visto una vez a su padre desde entonces. A los dieciocho años, había ido a pasar un mes, pero el segundo matrimonio había estado a punto de fracasar. El tiempo que había arañado y el dinero que había ahorrado los había empleado en un hostal contemplando las vistas y solo había visto a su padre durante una comida. Sin embargo, el matrimonio le había parecido muy feliz.

–Derzhavin... –insistió su padre.

Ella sacudió un poco la cabeza para volver a la conversación.

–Está tan complicado como siempre –contestó Naomi.

–¿Le diste mi tarjeta? –le preguntó Anderson.

–Papá, tiene sus propios abogados. Además, no voy a seguir trabajando mucho más tiempo allí; ayer presenté la dimisión.

–¿Qué? –Anderson frunció el ceño–. ¿Por qué has hecho algo así?

–El horario es insoportable. Algunos días empiezo a las seis y acabo a medianoche, y eso si estamos aquí. Es peor todavía cuando estamos en el extranjero. El sábado nos vamos a Dubái y de ahí a

Londres –Naomi sacudió la cabeza–. Allí es donde yo me quedo. Esta semana buscaré a alguien para que me sustituya.

–Pero vas a dejar escapar una ocasión increíble.

–No he venido para hacer carrera, papá.

–¿Vas a volver a vivir en Londres? –le preguntó Anderson mientras ella intentaba no hacer caso a la mirada que se cruzaron Judy y él.

–No –Naomi sacudió la cabeza–. Ya te he dicho que... que voy a quedarme un año. Voy a buscar otro empleo, con un poco de suerte, uno que tenga un horario más ordenado. Es posible que tarde un poco, pero he ahorrado bastante durante estos tres meses. A lo mejor me tomo unas semanas...

–¿Y qué pasará con el piso? –preguntó Judy.

–Ya estoy buscando algo –contestó Naomi–. Aunque tengo que reconocer que está costándome más de lo que me había imaginado.

Ellos no dijeron nada. Mejor dicho, de repente se dieron cuenta de la hora que era, le dijeron que tenían que marcharse, que comiera lo que quisiera y que no volverían tarde.

–¿Qué vais a ver? –les preguntó Naomi.

Su padre puso los ojos en blanco y le dijo el nombre del musical que iban a ver: *Judy los ama*.

Ella podría haber estado allí esa noche con Sev, Jamal y Allem. Se sintió como una cuidadora contratada o, mejor dicho, como una cuidadora gratis. Era esa familiar añadida que hacía que todo el mundo pusiera un gesto de fastidio cuando surgía su nombre o se hacían las invitaciones. Sin embargo, pensó en sus tres hermanitas tan rubias y guapas y que se alegraban tanto de verla. Sobre todo, Kennedy, la mayor. Era muy dulce y se alegraba mucho de que su hermana mayor estuviese allí.

–Me gusta que vengas y nos cuides –le dijo Kennedy mientras la arropaba en la cama.

Hasta eso le dolía. Ella quería estar allí, con ellas, intentando conocerlas, no leyendo una nota que le pedía que no se olvidara de poner el lavaplatos. A lo mejor también esperaban que fregara las encimeras o doblara la colada.

Sin embargo, fue a sentarse en el sofá y miró las plantas y el mar por el ventanal. Long Island era precioso y tenían una casa enorme. Ella podía entender que no quisieran que viviera allí cuando llegó Amelia, pero en ese momento... Efectivamente, estaba demasiado lejos para ir a trabajar todos los días, pero ella se habría conformado con que le hubiesen dicho que no hacía falta que se precipitara para buscar un sitio donde vivir y que podía quedarse allí un par de semanas.

Pensó en Sev y en la discusión de la noche anterior. En realidad, no estaba enfadada con él por lo que había dicho, aunque a él se lo hubiese parecido. Estaba enfadada con su padre. Sev tenía razón y seguramente creía que era penosa, pero no lo era.

Estaba allí para... averiguarlo por sí misma. Siempre se había sentido como si hubiese sido el mayor error que había cometido su madre. Estaba casi segura de que su madre se había quedado embarazada con la esperanza de salvar su matrimonio y de que le reprochaba a ella que no hubiese dado resultado. Tenía la sensación de que había pasado la infancia esperando una carta o una llamada telefónica que no había llegado.

Él había pagado la manutención de su hija y a su madre le había fastidiado hasta eso. Anderson había cumplido con sus obligaciones legales hacia su hija y nada más.

De adolescente, una vez descolgó el teléfono y le cantó las cuarenta a su padre por sus carencias. Él escuchó y luego le enumeró los motivos por los que no se había puesto en contacto a lo largo de los años. Dijo que no había querido causar roces entre su madre y ella. También había alegado trabajo. Luego, hubo presiones de la que entonces era su esposa, quien no quería saber nada de la hija que tenía en Inglaterra. Ese matrimonio se había roto hacía mucho tiempo y en ese momento estaba con Judy. Las excusas se acababan, pero ella quería averiguarlo por sí misma, no quería quedarse con la opinión amarga y deformada que tenía su madre de su padre. Estaba allí para averiguar por sí misma si él quería que ella formase parte de su vida.

Encendió la tableta para leer el horóscopo y se rio al acordarse de las mentiras que le había contado a Sev durante la entrevista... sobre muchas cosas.

El astrólogo le advertía de que esa noche las tensiones iban a llegar a su punto álgido según las estrellas. También leyó que un acontecimiento cósmico iba a provocar fricciones y discusiones, que, según el astrólogo, si no tenía planes en firme, lo mejor podría ser que se quedara en casa. Ella puso los ojos en blanco y comprobó la fecha. El astrólogo se refería a la noche anterior. ¡Qué equivocado estaba!

Judy y su padre llegaron a medianoche y si bien no la empujaron a la puerta, sí le dejaron entrever que preferirían que se marchara enseguida. Judy empezó a bostezar y a decir lo cansada que estaba y nadie le propuso que se bebiera uno de los coñacs que estaba sirviendo Anderson y que se quedara a pasar la noche. ¡Quizá estuviese demasiado acostumbrada a Sev!

–Intentaré pasarme por aquí antes de que me vaya a Dubái –comentó ella mientras se ponía el abrigo.

–¡Estarás muy ocupada! –exclamó Judy–. No te preocupes, seguiremos aquí cuando vuelvas.

–Pero el viernes cumples cincuenta años, papá.

Naomi miró a su padre y a Judy y vio que sus sonrisas falsas se congelaban.

–¿Cómo lo has sabido? –le preguntó su padre.

–Porque siempre me acuerdo de tu cumpleaños –contestó Naomi intentando disimular el tono de reproche de su voz porque él no se había acordado de ninguno de los de ella–. ¿Qué vas a hacer para celebrarlo?

–¡Nada! –exclamó su padre en tono tajante.

Judy la llevó al recibidor para hablar un momento con ella.

–No quiere mucho jaleo con su cumpleaños –le explicó Judy en voz baja–. Creo que es la crisis de los cincuenta y esas cosas, como soy mucho más joven... Quiere que pase desapercibido. Naomi, por favor, no hagas nada, déjalo como está. Nos veremos cuando vuelvas.

El coche estaba helado y tardó un montón en calentarse. Además, se quedó atascada en el puente. Encendió la radio e intentó cantar una canción, pero ¿a quién quería engañar? Estaba llorando a mares. Lo único que había querido toda su vida había sido una familia. Unos padres que la quisieran y dijeran que su hija Naomi sabía hacer algo, o que pasaran junto a un escaparate y pensaran que a su hija Naomi podría gustarle algo. Quizá por eso hubiese tardado tanto en zanjar las cosas con Andrew. Había estado esperando que él diese un paso y que ella pudiese formar una familia propia. No había ocurrido y por eso lloraba y siguió llorando durante todo el camino hasta su piso.

Entonces, cuando la noche ya no podía empeorar mucho más, mientras cruzaba el vestíbulo, lo vio frente a los ascensores. Era Sev y estaba muy... cariñoso con Felicity, su predecesora. Los dos estaban impresionantes. Sev iba vestido con traje y llevaba un abrigo gris. Felicity era rubia y estaba resplandeciente. Ella llevaba vaqueros y unas botas planas y se sintió increíblemente anodina. Estuvo tentada de darse la vuelta y esperar hasta que se hubiesen marchado, pero habría quedado en ridículo si la sorprendían. Estaba riéndose por algo, pero la sonrisa se esfumó de la cara de Sev cuando se dio la vuelta y la vio acercándose a ellos. Soltó a Felicity de ese abrazo tan generoso que daba a toda mujer que estuviese dispuesta a recibirlo.

–Hola –la saludó él con cierta tensión, hasta que vio que ella tenía los ojos rojos–. ¿Estás bien?

–Nunca he estado mejor.

Fue el viaje en ascensor más insoportable de su vida. Felicity se restregaba contra Sev como si fuese una gata que quería que le dieran

de comer y, cuando las puertas del ascensor se abrieron por fin, ella estuvo a punto de salir disparada. Entró en su piso y se dio cuenta de que ya no tenía ganas de llorar, de que estaba furiosa. ¡Felicity! Sabía que se había acostado con ella antes y sabía que él la había sustituido esa noche y ni siquiera había buscado una nueva. Era un malnacido y un vago.

Efectivamente, estaba enfadada. Se desvistió, se puso una bata y sacó una botella de vino tinto de debajo del fregadero en vez de pensar en lo que esos dos estarían haciendo unos pisos más arriba. Probablemente, Nueva York era el sitio más solitario de todo el mundo. Ya lo había sido cuando estuvo allí a los dieciocho años. Era la ciudad más bulliciosa y bonita del mundo, pero, algunas veces, tenía la sensación de que podía tragársela y de que nadie se daría cuenta de que había desaparecido.

Solo quería un hogar.

Entonces, llamaron a la puerta. No contestó. Quizá se hubiesen equivocado y querían llamar a la puerta de al lado...

Volvieron a llamar y oyó la voz de Sev.

–Naomi, soy yo.

Era lo que le faltaba. Si se había olvidado las llaves, podía decírselo al conserje.

–Es muy tarde –dijo Naomi mientras abría la puerta, pero, entonces, vio la marca de una bofetada en la mejilla de él–. ¿Qué ha pasado?

–A Felicity no le gustó que le dijera que tenía que entender que, cuando un hombre decía no, quería decir no.

Maldito fuese, pensó Naomi, todavía podía hacerle reír.

–Se ha marchado –añadió él.

–Sev, ¿qué haces aquí?

–Me he quedado sin azúcar.

–No, lo digo en serio.

–Has estado llorando.

–¿Necesito una autorización para llorar?

Ella, sin embargo, se apartó para que él pudiera entrar en vez de cerrar la puerta.

–¿Qué tal está tu queridísimo papá?

–Sev, no necesito otro sermón tuyo.

–Es posible que sí lo necesites.

Él le miró los párpados inflamados y la nariz congestionada y luego miró la copa de vino que tenía en la mano.

–¿Te parece prudente?

Eso lo decía un hombre que la noche anterior había bebido vodka

disimuladamente en una cena sin alcohol.

–Creo que, dado el día que he tenido, tengo derecho a beber una copa de vino. Me la he ganado, Sev, te lo aseguro.

Ella fue a dar un sorbo, pero él le agarró la mano.

–¿Crees que puedes beber cuando estás embarazada?

Ella se quedó tan atónita que no pudo contestar.

–Reconozco que me ha costado asimilarlo y ya sé que no había tenido una secretaria embarazada –siguió Sev–, pero estoy seguro de que podemos encontrar una solución...

–Sev –le interrumpió ella cuando pudo hablar–, ¿por qué crees que estoy embarazada? ¿De dónde te has sacado eso?

–¿No te marchas por eso?

–Creía que no necesitaba un motivo para marcharme.

–No lo necesitas. Solo intentaba entender por qué te marchabas.

Sev frunció el ceño porque nunca intentaba entender eso. La gente se marchaba. La gente entraba y salía de su vida y había aprendido desde hacía mucho tiempo a aceptarlo como algo que, sencillamente, pasaba. Sin embargo, no estaba resultándole tan fácil con Naomi.

–¿Por qué has llegado a creer que estoy embarazada?

Él prefirió no decir nada sobre la estatuilla de la fertilidad que tuvo en su despacho.

–Bueno, cambiabas de humor... –él la miró a los ojos– estabas llorosa e irritable, y ha durado demasiado como para que fuera el síndrome premenstrual...

–¿Quieres que te deje roja la otra mejilla?

–Tú misma dijiste que habías adelgazado cuando deberías haber engordado.

–Me refería a todo lo que como –Naomi empezó a reírse–. Es el estrés.

–¿Te estreso?

–No todo gira alrededor tuyo, Sev –contestó ella para eludir la pregunta.

Al menos, no casi todo...

–Uf... –Sev suspiró–. Entonces, ¿no lo estás?

–No.

–Entonces, ¡creo que deberíamos celebrarlo!

–¿Celebrarlo? ¿Qué vamos a celebrar? ¿Que no estoy embarazada?

–No se me ocurre un motivo mejor.

Evidentemente, Sev estaba más acostumbrado que ella a las celebraciones, porque, después de dar un sorbo de su vino y de hacer una mueca, llamó a uno de los restaurantes de la planta baja. A pesar de la hora, unos minutos después tenían una botella de champán en

un cubo con hielo y una bandeja con aperitivos infinitamente mejores que los restos que su padre y Judy le habían dejado en la nevera. Incluso, encendió una de las chimeneas que ella no se había atrevido a encender por si el piso se llenaba de humo.

–Creía que solo eran decorativas –reconoció Naomi.

–No creo en las cosas que solo son decorativas –replicó Sev–. Brindo porque Naomi no está embarazada.

–Por eso –brindó ella.

–¿Qué tal se lo tomaría él? –preguntó Sev sentándose al lado del fuego.

Naomi, sin pensárselo dos veces, se sentó a su lado.

–¿Quién? –preguntó ella.

Estaba pensando en otra cosa. Él tan sereno, tan natural, al lado de la chimenea… que, si ella no tenía cuidado, podrían acabar desnudos.

–Tu prometido.

–Sev...

–Solo era una pregunta.

–No voy a hablar de un hipotético embarazo que te has inventado.

Además, se alegraba muchísimo de no tener que averiguar cómo se habría tomado Andrew la noticia. Sin embargo, era muy agradable estar charlando delante de la chimenea. Sev le demostró que podía dejar una copa de champán encima de su abdomen, pero como el suyo no era tan firme y solo llevaba una bata, ella decidió no intentarlo cuando él se lo propuso.

Sin embargo, estaba tumbada en el suelo al lado de él. Era agradable, era absurdo, y entonces se acordó de con quién había estado él esa noche.

–¿Qué tal en el teatro?

–Espantoso –reconoció Sev–. Me espanta el teatro.

–Me dijiste que te encantaba cuando me llevaste.

–Bueno, era tu cumpleaños. Si hubiese dicho que me espantaba, no habrías ido.

Ella rememoró ese momento. Ni por un minuto había pensado que lo hacía por ella. Sev le había dicho que tenía las entradas desde hacía siglos. Sencillamente, era lo mejor que había hecho alguien por ella el día de su cumpleaños.

–En cualquier caso, esta obra era especialmente mala –siguió Sev–. Solo había canciones.

–Es un musical...

–No los soporto. ¿Por qué no pueden hablar? Imagínate que te lo dijera todo cantando.

Ella no podía imaginárselo, hasta que se lo imaginó.

–Ya sabes lo agradable y dulce que es Jamal –sus cerebros debían de tener algún cable cruzado esa noche porque, de repente, él cantó la misma frase con una profunda voz de barítono–. Ya sabes lo agradable y dulce que es Jamal...

Empezaron a reírse hasta que Sev, aburrido de cantar, le contó lo que había pasado.

–Cuando se dio cuenta de que no te había llevado, la dulce Jamal se convirtió en una arpía. No hizo el más mínimo caso a Felicity y estuvo francamente grosera conmigo. Se portó peor que nosotros anoche, y no es moco de pavo.

Naomi se rio y, entonces, le preguntó algo que quería saber.

–¿Allem y tú sois amigos?

–Algo así –contestó él encogiéndose de hombros.

–¿Cómo os conocisteis?

–En un foro de Internet –ella se puso roja–. No todo gira alrededor del sexo, Naomi. Yo tenía una idea para un teléfono móvil y, naturalmente, no podía sacarla adelante. No se la conté con todo detalle, pero él tenía la curiosidad y el dinero suficientes como para querer saber más cosas. Me llevó a Dubái y la comentamos. Fue raro. Cuando hablas *online*, solo hablas de negocios. No caí en la cuenta de que él era un jeque muy rico hasta que llegué allí. Él, en cambio, comprobó que yo era... –Sev se encogió de hombros–. Digamos que no me había montado en un avión hasta entonces, por no decir nada de volar en primera clase. Un par de meses más tarde volvió a mandarme aquí para que trabajara en un prototipo. No he vuelto.

–¿Nunca?

–Bueno, un par de veces –contestó Sev, quien estaba más interesado en hablar de ella–. Entonces, ¿qué es lo que te ha fastidiado esta noche?

–Mi padre y Judy estaban en el teatro.

–¿Te habría gustado que te hubiese llevado?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Tu madre y él estuvieron mucho tiempo juntos?

–Se casaron cuando mi madre supo que estaba esperándome, pero se separaron cuando yo tenía unos meses –Naomi miró las sombras del techo–. Creo que se quedó embarazada con la esperanza de que pudiera conseguir algo entre ellos, y se pasó los veinticinco años siguientes arrepintiéndose.

–Entonces, ¿no estás unida a ella?

–No –Naomi sacudió la cabeza–. Ella estaba muy centrada en su profesión. Yo pasaba las vacaciones escolares con mis tíos o mis abuelos. Lo único que he querido toda mi vida ha sido una familia,

¿puedes entenderlo?

Él también había querido una familia y había sido su sueño secreto durante mucho tiempo. Se había convertido en realidad hacía unos años, pero la mujer regordeta y sonriente que se había imaginado como su madre era una alcohólica esquelética que no quería saber nada de él. ¡Por no decir nada de su hermana! Él tenía la edad de Naomi, más o menos, cuando el sueño se desvaneció y se dio cuenta de que solo había sido un sueño infantil.

–Es un anhelo infantil, Naomi.

Podría haber parecido miserable dicho por cualquiera, pero no lo era dicho por Sev.

–Quieres el sueño –añadió él.

–Sí.

–Tienes una familia –le recordó él.

Miró a Naomi. Era como uno de esos chicos de la casa de acogida que pegaban arroz en una cartulina para sus madres. Él siempre había dado por supuesto que esos chicos lo tenían todo. En ese momento, ya no se lo creía.

–Acepta la fórmula como es en vez de intentar cambiarla –añadió él.

–No son matemáticas, Sev.

–No –concedió él–, pero es posible que lo veas de una forma más lógica...

–¡Aaaggh! –ella dio unas patadas en el suelo.

–No permitas que la gente te saque de quicio, no le des tantas vueltas a las cosas.

–Solo quiero que mi padre y yo tengamos una oportunidad. Si lo piensas lógicamente, él no me conoce. Estoy dándonos esa oportunidad. El viernes cumple cincuenta años –Naomi suspiró–. Se quedaron espantados cuando me acordé y empezaron a decirme que no le diese importancia.

–Ellos no se la dan.

–No puedo pasar por alto su cumpleaños.

–Claro que puedes. Yo hago cosas así todo el rato.

–Pero tú no eres normal –replicó ella con una sonrisa.

–¿Cómo se llama?

–Anderson.

–¿Anderson Johnson? –preguntó él mientras le daba vueltas a la cabeza como si fuese un buscador para intentar saber si lo había conocido.

–No –contestó ella–. Mi madre me dio su apellido.

–Entonces, ¿cuál es el suyo?

–Anderson –contestó ella mientras veía que él esbozaba una sonrisa.

–¿Se llama Anderson Anderson? –ella asintió con la cabeza–. Pues menos mal que solo ha tenido hijas... –Sev puso una voz impostada–. Allem, te presento a Anderson Anderson y a Anderson Anderson hijo...

–Basta –le interrumpió Naomi, aunque estaba sonriendo.

Su desastrosa noche se había salvado al estar tumbada junto al fuego con Sev y se sentía feliz por una vez.

–¿Cómo se llama tu padre?

–Paso –contestó Sevastyan–. No, no es su apellido. Quiero decir que cambiemos de conversación.

Ella podía cambiar, pero solo un poco.

–¿Cómo se llama tu madre? ¿Puedo preguntarte eso?

–Breta –contestó Sev–. Siguiente pregunta.

Ella comprendió que no quería hablar de ellos, pero como se lo había pedido, le hizo otra pregunta que la tenía intrigada.

–¿Por qué rosas blancas?

–Demuestras que tengo razón sin que tenga que demostrarlo –Sev suspiró–. Las mujeres le dais demasiadas vueltas a las cosas. Si las mando rojas, creerán que es pasión, y si las mando rosas, creerán que es amor. Podría mandarlas amarillas, pero estoy seguro de que encontrarían algo... El blanco solo es blanco.

–Una boda...

–No, no conmigo.

–¿Virginidad? –preguntó Naomi con una sonrisa.

–No cuando he mandado las flores –él la miró y también sonrió–. ¿Por qué las mujeres no pueden aceptar que no voy a estar mucho tiempo con ellas? No quiero estar mucho tiempo con nadie.

Ella se limitó a quedarse tumbada mientras él enunciaba lo que ella ya sabía.

–Siguiente pregunta –repitió Sev.

Ella tenía muchísimas preguntas, pero se conformó con una inocente.

–¿Cuál es tu color favorito?

Él estuvo a punto de contestar que no tenía ninguno, pero decidió que quizá sí lo tuviese y que, si no lo tenía, su respuesta podría venirle bien.

–El marrón –contestó mirándola fijamente a los ojos.

–Por favor... –ella ya estaba de vuelta de esas frases para ligar.

–Es verdad.

–Rosas secas y descoloridas... –Naomi suspiró.

–Metidas entre páginas –añadió Sev.

Ella lo miró a los ojos y pensó un momento en lo que había dicho. Efectivamente, estarían entre páginas. Si él le mandaba alguna vez un ramo de rosas, así era como acabarían.

–¿Cuál es tu color favorito? –le preguntó él.

–No tengo ninguno –contestó ella–. Una vez, cuando tenía dieciséis años, se me ocurrió decir que el verde y desde entonces mi madre me regala una sombra de ojos verde por Navidad.

–Tienes que contestar.

–El negro, supongo.

–El negro no es un color. En realidad, es la ausencia de color.

Lo era, pensó Naomi. Era la maravillosa ausencia de color que vería en cualquier momento porque sus bocas estaban muy cerca y cuando se encontraran solo vería negro. Sería como caer bajo el efecto de un anestésico, pero él le arrancaría el corazón y lo utilizaría de pelota antiestrés durante unas horas, días o, quizá, semanas.

En ese momento, le daba igual.

Fue el más leve de los besos, sus rostros se acercaron y se quedaron de espaldas con los ojos abiertos. La boca de Sev era muy suave y el beso fue delicado durante seis segundos, hasta que él se puso de costado y tomó la iniciativa del beso por si ella cambiaba de opinión. Ella no cambió de opinión y vio su color favorito en cuanto cerró los ojos. Deseaba que el beso la defraudara porque facilitaría mucho las cosas.

Sin embargo, profundizó el beso e introdujo la lengua con sabor a champán con la misma destreza que introducía la mano por debajo de la bata y le acariciaba el pecho que había estado anhelando que lo acariciaran desde la noche anterior, cuando, súbitamente, él le subió la cremallera.

Ella se debatió, pero solo por dentro. Por fuera, la cabeza y el cuerpo lo deseaban con todas sus fuerzas. Podía notar su erección en el muslo y, a juzgar por la intensidad del beso, supo que su predicción iba a cumplirse, estarían desnudos en el suelo en cuestión de minutos.

–Naomi... –susurró Sev como si hubiese encontrado oro.

Se sentía como si lo hubiese encontrado. Se había imaginado el beso, pero se había imaginado un beso torpe, un beso que intentaba ser persuasivo. Ese, sin embargo, era muy sensual y su boca estaba hecha a su medida. Se puso encima de ella, con los codos apoyados en el suelo a los lados de su cabeza, frotándole el cuerpo con la erección, y la miró. Ella estaba a punto de alcanzar el clímax y él podía notarlo. Se llevó la mano al cinturón. Tendría que dejar los prolegómenos para otra ocasión porque tenía que estar dentro de ella.

Se oyó un rumor de ropas muy sexy. Ella intentaba quitarse las

bragas mientras él se bajaba los pantalones y ninguno pensó ni un segundo en la protección. Cuando ella arqueó las caderas, Sev se preguntó si no llegaría al clímax incluso antes de entrar.

Ella se acordó de que, si no hubiese llegado a casa cuando llegó, él estaría con Felicity unos pisos más arriba. Sev tenía razón, le daría demasiadas vueltas a las cosas si hacían el amor. ¡Si hacían el amor! Demostraría que ella tenía razón sin tener que demostrarlo... y no estaba dispuesta. Era como estar atrapados en la pista del aeródromo de Mali, con Sev aburrido, con horas por delante y sin ningún sitio a donde ir.

–Para.

Sabía que las chicas que hacían eso tenían un nombre, pero le daba igual ser una calientabraguetas. Se aferraría a su corazón y, sin respiración y todavía anhelante, paró aquello.

Él la miró a los ojos, se apartó y ella se sentó. Sev no dijo ni una palabra, se puso de pie, se abrochó el cinturón y ella se quedó sentada sin poder mirarlo.

–Buenas noches, Naomi –se despidió él en tono sombrío.

Fue a marcharse, pero cambió de opinión, se dio la vuelta y se acercó unos pasos.

–¿Es por él?

Sev le tomó la mano y miró con detenimiento el anillo que le servía de escudo; qué necia había sido al creer que un poco de oro la protegería de Sev.

–Yo no malgastaría mucho remordimiento con él. Es falso.

Ella creyó que se refería a que el compromiso ya era una falsedad y tardó unos segundos en caer en la cuenta de que Sev se refería a que la piedra del anillo era falsa. En ese momento, tenía muchos motivos para llorar, pero se conformaría con ese. Sev, sin embargo, no vio las lágrimas que le caían por las mejillas porque estaba demasiado ocupado examinando el anillo, y aunque no solía preocuparse por los sentimientos, lo habían provocado hasta el límite y podía ser tan rastrero como ella.

–¿Lo compró en uno de esos catálogos que tanto os gustan a los ingleses? –le preguntó Sev con una sonrisa maliciosa–. ¿Va a pagar cincuenta peniques al mes durante los próximos veinticuatro meses?

–¡Malnacido!

Él se quedó pasmado cuando vio las lágrimas.

–¿Disfrutas abochornándome, Sev? –añadió ella.

–Él debería estar abochornado.

–¿Te importaría largarte?

–Es posible que sea un malnacido, Naomi, pero, al menos, no soy

uno barato.

Naomi, mientras se quitaba el anillo y lo tiraba al fuego, pensó que, efectivamente, Sev era un malnacido muy caro. Podía costarle el corazón.

Capítulo 6

AFORTUNADAMENTE, no tenía que verlo al día siguiente. Fuera lo que fuese lo que iba a hacer en Washington, era secreto y no le había pedido que lo acompañara.

Hacía un día despejado cuando se despertó y se quedó en la cama abochornada y enfadada consigo misma por lo que había pasado la noche anterior. Sev tenía motivos de sobra para estar enfadado. Ella había estado deseosa, ávida... y todavía lo estaba. ¿Cómo podía explicarle que lo que le preocupaba no era el sexo, sino lo que pasaría después?

Había ido a Nueva York a sabiendas de que su padre podría romperle el corazón. No quería sumar a eso el dolor de Sevastyan Derzhavin y eso, como le había dicho él la noche anterior, estaba garantizado.

Sin embargo, sabía los desconcertantes mensajes que había mandado ella y que, como mínimo, le debía una disculpa. Tomó el teléfono, pero cambió de opinión. Todavía no.

Se puso a trabajar y a seguir con la tarea de intentar encontrar a alguien que la sustituyera, y a intentar hacer un archivo con las preferencias y hábitos de Sev, como había hecho con sus empleadores anteriores.

Sin embargo, él era predeciblemente impredecible. Hasta las tazas de café eran distintas unas de otras. Rebuscó en la agenda de él para intentar encontrar una pauta. Viajaba por todo el mundo, pero eran viajes dispersos. Lo único periódico era que viajaba a Inglaterra una vez al año en noviembre.

Él la llamó varias veces a lo largo del día, pero solo para hablar de trabajo. No se habló del desastre de la noche anterior y aunque ella tenía algunas dudas, eran logísticas.

–Creo que no puedes pasar cuatro días enteros en Dubái si quieres estar el día once en Londres.

–Resuélvelo.

La respuesta le dejó muy claro que prefería concentrarse en el trabajo que hablar con ella.

Ella hizo lo que pudo para resolverlo y siguió con la primera ronda de entrevistas para encontrar a quien la sustituyera. Imaginarse a

alguien allí, con él, y ella fuera le costaba más de lo que había llegado a imaginarse.

–¿Ya se ha entrevistado dos veces para el puesto? –preguntó Naomi mientras repasaba el excelente currículum de Emmanuel el jueves a última hora de la tarde.

El día siguiente sería el último que pasaría en la oficina y, a pesar de todos sus intentos, solo había encontrado una candidata apta. Con un poco de suerte, Emmanuel sería el segundo.

–Sí –Emmanuel asintió con la cabeza–. La primera entrevista salió bien, pero al señor Derzhavin le preocupaba que no hablase mandarín. Ya lo hablo. He ido a clases nocturnas durante dos años y también he pasado un mes en China para mejorar el idioma.

Ella se dio cuenta de que quería ese empleo de verdad, pero también pensó que ella no sabía casi idiomas y que Sev le había dicho que podrían resolver eso. Tenía que haber algún motivo para que Sev no hubiese contratado a Emmanuel e intentaría averiguarlo antes de darle el visto bueno.

–¿Qué pasó en la segunda entrevista?

–Nunca llegó a hacerse. Llegué tarde –contestó Emmanuel–. Sé que es inexcusable, pero mi perro sufrió un ataque justo cuando estaba saliendo por la puerta.

–¿Se lo dijo a Sev?

–No tuve ocasión.

–¿Qué tal está el perro?

La punta de la nariz de Emmanuel se puso roja y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Hubo que hacerle la eutanasia.

El jueves, a última hora, Sev la llamó para decirle que ya estaba en casa y para pedirle que saliera a comprarle pastillas contra el dolor de cabeza.

–¿Por qué no tengo ninguna? –le preguntó en tono tajante.

Pagaba a otros para que se ocuparan de esas cosas y él solo quería acostarse.

–Se me olvidó comprobarlo –reconoció Naomi.

Se acordó de que había hecho el inventario mensual, pero que lo había dejado después de mirar su mesilla.

No, no echaría de menos esa parte de su trabajo, pensó mientras llamaba a la puerta antes de entrar en el ático. Tenía un aspecto espantoso. Estaba más pálido que de costumbre y ella podía notar su agotamiento. Se preguntó por qué estaría con el ordenador cuando

necesitaba descansar.

–¿Qué tal en Washington?

–Frío –contestó él encogiéndose de hombros.

–Toma, las pastillas –ella las dejó en la mesa–. ¿Necesitas algo más?

–No.

–En cuanto a mi sustituto... Lo he reducido a dos candidatos. La primera entrevista es a mediodía. Creo que los dos...

–Yo creo que eso puede esperar hasta mañana –la interrumpió él–. No quiero pensar en el trabajo.

Naomi se marchó y él sacó tres pastillas. Obligarla a subir a su casa no había sido una treta. Estaba cansado, le dolía la cabeza y todavía era noviembre. Además, estaba comprobando los correos electrónicos. Uno decía que habían subido el grado de atención médica de su madre a dependencia absoluta. Otro le informaba de que habían entregado los dos regalos que le había mandado a su sobrina. Había mandado un pequeño regalo a casa de Mariya, pero el otro, el principal, lo había mandado a su colegio. No se fiaba lo más mínimo de su hermana por parte de madre.

El año anterior había mandado un collar antiguo a Mariya. Era una pieza impresionante, pero unos meses después, mientras ojeaba el catálogo de una subasta, lo encontró allí.

Los pendientes no los había comprado pensando solo en su sobrina, eran algo más genérico. Si los vendía, él no se enteraría, no necesitaba que le recordaran cómo lo habían utilizado.

Las pastillas no sirvieron de nada y a la mañana siguiente, cuando se despertó, dudó si ir a trabajar o no.

Naturalmente, tenía que ir.

Fue andando y, algo muy inusitado en él, se paró para comprar un café antes de subir a su oficina. Naomi ya estaba allí. Llevaba el mismo traje que llevó el día de la entrevista y ya no le quedaba demasiado ajustado. La saludó lacónicamente, entró en su despacho y cerró la puerta. Se sentó, miró fijamente la puerta y se la imaginó al otro lado. La había echado de menos y eso no le gustaba nada. En realidad, estaba pensando en decirle que prefería que dejara el trabajo ese mismo día a que fuese a Dubái con él.

–¿Quién es el primer candidato? –preguntó Sev cuando Naomi entró para preguntarle cómo quería el café.

–Se llama Dianne –contestó ella–. Luego, a las dos, está Emmanuel. Los dos son muy buenos.

–Eso ya lo decidiré yo, gracias.

–¿Quieres café?

–Ya lo tengo –contestó él señalando con la cabeza un vaso de cartón.

Podía parecer un desaire, pero no lo era. Él solo quería acabar con todo eso. Si uno de los candidatos era idóneo y podía empezar inmediatamente, él propondría que hiciese precisamente eso.

Dianne llegó puntualmente a mediodía y saludó a Naomi con una sonrisa de oreja a oreja.

–No tardará mucho –comentó Naomi–. ¿Quiere beber algo?

–No, gracias.

Dianne no dejó de sonreír mientras se sentaba y ella llamaba a Sev por el interfono para comunicarle que había llegado el primer candidato. Hizo todo lo posible para no levantar la mirada cuando Sev salió de su despacho, pero, cuando Dianne ya estaba dentro, él volvió a salir y se acercó a su mesa.

–Puedes ir a almorzar.

–Claro.

No era tan tonta como para creer que Sev fuese a llevarla a tomar algo de despedida. Aunque sí había esperado que quizá lo hiciera. Le encantaría poder borrar la noche anterior. Bueno, no todo, solo el final. En realidad, en ese momento, le gustaría haber dormido con él solo para haber sabido lo que habría pasado.

Sin embargo, sobre todo, quería recuperar la confianza, las bromas y la conversación relajada. En ese momento, todo era tenso e incómodo. El tono de él era cortante y casi no podía mirarlo mientras le daba instrucciones para el resto del día.

–¿Puedes cerciorarte de que tenga el equipaje hecho antes de que termines? Esta noche tengo compañía y no quiero que aparezcas después de las cinco.

–Claro –contestó ella–. Me ocuparé ahora mismo.

–Antes de que vaya adentro… –él hizo un gesto en dirección a su despacho– ¿cuándo puede empezar?

–Inmediatamente.

Naomi supo que no iría a Dubái.

Volvió al piso de Sev con la certeza de que sería la última vez. No había doncellas, aunque estaba claro que habían pasado por allí. Se fijó en que la cama estaba hecha mientras sacaba la maleta. Sacó la tableta y buscó la lista que tenía con el equipaje de Sev. En Dubái haría calor y humedad y en Londres lo más probable era que hiciese frío y lluvia. Decidió hacer una maleta para cada sitio. Guardó las camisas, los trajes y algunas prendas más deportivas y empezó a ocuparse del neceser. Era extraño que pudiera entrar tanto en la vida de alguien y, sin embargo, conocerlo tan poco.

Llevó las maletas al recibidor e hizo un último recorrido. Le daba miedo volver a la oficina para que le agradecieran los servicios prestados. Sin embargo, era lo mejor. Debería haberle hecho caso a su intuición hacía tres meses y no haber aceptado el empleo. Su corazón ya sabía cuánto le costaría.

No paró para almorzar y fue a la pastelería para recoger la tarta que había encargado a principios de semana. Tenía un aspecto increíble. Era una tarta con capas de champán y frambuesa y, naturalmente, compró una botella de champán para acompañarla.

–¿Vamos a celebrar tu fiesta de despedida? –le preguntó Sev cuando llegó con el champán y la caja con la tarta.

–No deberías haberte tomado tantas molestias –contestó Naomi con sarcasmo.

Sev se levantó y la siguió a la pequeña cocina donde ella solía preparar las bebidas o lo que fuese para los clientes. Ella dejó la caja y él levantó la tapa y vio: *Feliz 50 cumpleaños, papá*.

–Naomi, te dijo muy claramente que no quería que hicieses nada –le advirtió él.

–La gente siempre dice esas cosas –replicó ella mientras guardaba la botella de champán en la nevera.

–Los hombres suelen decir lo que quieren decir. Bueno, los malnacidos lo hacen. Cuando dicen que no lo remuevas, quieren decir que no lo remuevas. Créeme y no le des más importancia.

–Solo es una tarta.

Él sabía que era mucho más que una tarta. Su corazón y sus esperanzas estaban untados entre las capas de frambuesa e iban a hacerle daño. Él lo sabía perfectamente. Aunque no podía decírselo sin hablarle de él mismo y no quería hacerlo. Decidió que no era asunto suyo.

–Todo está preparado para mañana, para el viaje a Dubái. El coche llegará a las seis de la mañana, el vuelo sale a las siete y llegarás a Dubái a las seis de la mañana del domingo.

–¿Y cuándo tengo el vuelo de vuelta? –preguntó Sev.

Había captado que ella se había retirado del programa y ya solo tenía que decírselo oficialmente, pero no estaba preparado todavía.

–Sales de Dubái el jueves doce a las cinco de la mañana y, con la diferencia horaria, llegarás a Londres a las ocho de la mañana del mismo día.

–Pero había dicho concretamente que quería estar allí el once –le recordó Sev.

–Y luego dijiste que tenías que dedicar cuatro días enteros a Allem y que me cerciorara de que llegarías temprano a Londres.

–No es suficiente, Naomi –el día que más detestaba del año se había alargado cuatro horas–. Si digo que quiero estar el once, me llevas allí en esa fecha.

–No puedo alterar los husos horarios –replicó Naomi–. Lo he intentado, te lo aseguro –no quería que todo acabara con una discusión–. Volveré a repasarlo. Si sales de Dubái...

–Déjalo como está –la cortó Sev.

También detestaba el once. Si pudiera cambiar una fecha, sería esa. Habría hecho más preguntas, habría insistido para que su amigo hablara o se habría quedado despierto para cerciorarse de que estaba bien. No era una casualidad que hubiese esperado encontrarse con Daniil el doce. La mañana de ese día se despertó en el orfanato y comprobó que la cama que tenía al lado estaba vacía. No sabía la fecha exacta de la muerte de Nikolai, pero él había esperado contarle a Daniil lo que ocurrió aquel día de hacía muchos años, cuando él consideraba que era el aniversario.

–¿Qué tal la entrevista con Dianne?

–No es apta.

–Era perfecta.

–No para mí –replicó Sev–. Tenía una de esas sonrisas que me ponen nervioso.

Naomi resopló, pero tuvo que contener una sonrisa porque se acordó de que, efectivamente, la tenía.

–Sev, ¿no te acuerdas de que te parecía que yo decía «perdón» demasiadas veces? Puedes darle una oportunidad.

–No.

–Bueno, con un poco de suerte, la segunda entrevista saldrá bien.

–Lo dudo, es la tercera vez que se presenta. ¿Por qué hay personas que no entienden que «no» quiere decir «no»? –entonces, la miró a los ojos–. Yo sí lo entiendo.

–Sev –ella nunca había sido más valiente en su vida y él vio que tenía las mejillas rojas y lágrimas en los ojos–, quiero disculparme por la otra noche. Me eché atrás...

–Tienes todo el derecho a hacerlo.

Además, él tampoco quería que todo acabase con una discusión y le tomó las mejillas sonrojadas entre las manos.

–No pasa nada –siguió él mirando sus lágrimas–. No llores por mí. Yo también he estado pensando.

–¿Sobre qué?

–Sobre el comentario del catálogo.

Él rebuscó en su impresionante vocabulario multilingüe y encontró esa palabra que no empleaba casi nunca.

–Perdón.
Naomi asintió con la cabeza.
–No quería abochornarte. Solo estaba...
–Lo entiendo.
–¿Lo has mandado al infierno? –le preguntó Sev, quien se había fijado en que ya no llevaba el anillo.
–No tengo nada que decir.
Él miró esos profundos ojos marrones y quiso saber más cosas, quería que Naomi le dijera que lo había dejado, pero ¿por qué quería saberlo?
–Muy bien –él volvió a hablar del trabajo–. En serio, no tengo ninguna esperanza sobre el próximo candidato. Llegó tarde la última vez.
–Porque su perro tuvo un ataque.
–¡Pues no presagia nada bueno! Si contrato a Emmanuel, ¿voy a tener que organizar mi agenda alrededor del perro epiléptico de mi secretario?
–Le hicieron la eutanasia –Naomi suspiró–. Sev, Emmanuel se ha pasado dos años aprendiendo mandarín porque tú se lo insinuaste. Dale una oportunidad imparcial.
Él no quería darle una oportunidad imparcial y, a pesar de todo lo que había pensado esa mañana, no quería que ella se marchara. No soportaba que ella se marchara.
Un rato después, sonó el interfono y Naomi le comunicó que Emmanuel había llegado. Ella se acordó de la primera entrevista que tuvo con él, cuando se levantó y tiró un vaso al verlo. Seguía teniendo el mismo efecto en ella, Sev la derretía por dentro.
–Emmanuel...
La voz grave y profunda de Sev la cautivaba y seguía siendo bello, así de sencillo.
Sev hizo un gesto con la cabeza y Emmanuel se levantó, tomó aliento y lo siguió.
–Muy bien, volvemos a encontrarnos –comentó Sev–. ¿Por qué sigues intentando trabajar conmigo?
–Quiero trabajar con el mejor.
–¿Sabes el horario?
–Naomi fue muy clara y me dijo que puede haber jornadas de dieciocho horas.
–Algunas veces, varias seguidas.
–Tengo insomnio –replicó Emmanuel.
Tenía una respuesta para todo.
–¿Cuándo podrías empezar? –preguntó Sev.

–Ahora.

–¿Te parece bien hacerle eso a tu empleador?

–En realidad, no estoy trabajando –contestó Emmanuel–. Comprobé que, en general, suele contratar una secretaria cada tres meses.

–La mayoría de mis secretarias acaban quemadas a los tres meses.

–Yo no soy como la mayoría. Ha estado haciendo algunos trabajos temporales en ese intervalo. Quería tener la ocasión de explicarle en persona por qué llegué tarde la última vez.

–Por tu perro.

Sev ya tenía bastantes complicaciones para relacionarse con las personas como para hacerlo con animales domésticos, pero tampoco esperaba que ese hombre pasase por encima de su perro moribundo para llegar a una entrevista con él.

–¿Cuántos idiomas...? –Sev miró el currículum mientras Emmanuel contestaba.

–Cuatro.

Sev, al acordarse de cómo contestó Naomi a esa pregunta, pensó que debería haber dicho *quatre*. Era el único fallo, y diminuto, que podía encontrar.

Sev se pasó el resto del día malhumorado en el despacho y a las cinco, cuando salió, ella estaba poniéndose el abrigo y suponiendo que él le diría que ya no necesitaba sus servicios.

Emmanuel había levantado los pulgares cuando salió del despacho y además, cuando ella lo entrevistó, él le dijo que podía empezar a trabajar inmediatamente. Solo quedaba que Sev se lo dijese en ese momento.

–¿Qué te ha parecido Emmanuel?

–No sirve. Hay un motivo para que lo rechazara dos veces... –él miró la expresión de perplejidad de Naomi–. ¿Tienes ya otro empleo?

–Tengo un par de cosas en la recámara.

–¿Tienes algún sitio donde vivir?

Ella tragó saliva y él lo vio.

–¿Por qué no te quedas hasta que tengas otro empleo o yo tenga un sustituto adecuado?

–No, gracias –contestó Naomi.

–Naomi, no has encontrado un apartamento. Te oí decirlo esta mañana por teléfono...

–No pasa nada –le interrumpió ella–. No voy a acabar en la calle, al fin y al cabo, tengo una familia.

Entonces, comprendió que estaba apretando las tuercas a su padre para que fuese él quien tomara la decisión. ¡Eso era lo que hacía! Por

fin estaba entendiéndola. Sabía que ella había intentado que la despidiera cuando la llamó desde el avión y estuvo respondona. Naomi quería eludir el enfrentamiento de tener que dimitir y también estaba forzando a su padre para que fuese él quien le dijera que no quería que formase parte de su vida.

La observó mientras iba a la pequeña cocina y volvía con la tarta.

–¿Quieres que te acompañe a ver a tu padre?

Vio que ella parpadeaba y él también parpadeó, estaba tan asombrado como ella por la oferta.

–¿Por... por qué?

–No lo sé –Sev se encogió de hombros–. No me importaría salir un poco.

–No, gracias.

Era la última vez que estaba en esa oficina, estaba dejando un empleo de ensueño y a un jefe que no era una pesadilla precisamente, pero que sí la despertaba en medio de la noche.

–¿Volverás para recoger tus cosas?

–Me las llevé ayer. Sev, te lo comuniqué con antelación y he hecho todo lo posible para encontrar un sustituto...

–Sí.

Él no quería que se marchara.

–Nos veremos mañana por la mañana –comentó Sev mientras veía que a ella se le hundían un poco los hombros–. Te necesito en Dubái y aceptaste quedarte para eso, tengo que sacar mucho trabajo adelante en cuatro días.

–Claro –Naomi asintió con la cabeza–. ¿Has redactado mis referencias?

–Lo haré.

Había dicho lo mismo durante toda la semana. Había trabajado poco tiempo para él, pero el nombre de Sev en su currículum le abriría puertas en el futuro. Aunque, en ese momento, no soportaba la idea. No quería marcharse, pero tampoco soportaba ni un segundo más trabajar con él y organizarle su vida amorosa.

–Buena suerte con tu padre esta noche, pero no te hagas ilusiones –siguió Sev.

Él volvió a su mesa sin más. Ella esperó un segundo, ya se había hecho ilusiones. Quería algo de él, algo que pudiera conservar, algo que le demostrara que le importaba un poco.

Él las aplastó. No apareció un ramo de flores ni rebuscó un regalo en el cajón. Sev estaba mirando el ordenador otra vez y ni siquiera dejó de mirarlo cuando ella salió del despacho.

Fue un trayecto largo y complicado entre el tráfico de la hora

punta. No esperaba gran cosa de su padre, aunque sí esperaba un poco de café y tarta, podían quedarse el champán, solo quería vislumbrar por encima lo que era la vida familiar.

Pronto sería el Día de Acción de Gracias y Judy no había hecho ni un amago de invitarla. Luego llegaba la Navidad y tampoco la habían mencionado siquiera. Ella ya había comprado regalos para todos. Los tenía escondidos en el armario, aunque no sabía por qué se había molestado en esconderlos cuando su padre no había ido a su casa ni una vez.

Estaba cansada.

Después del café y la tarta, volvería a su casa y haría el equipaje para Dubái y Londres. Aunque no la apetecía ir a Londres. Le había escrito un mensaje a su madre con las fechas y los horarios y ella no había contestado siquiera.

En cuanto a Andrew... No habían estado enamorados. Ella ya sabía que había estado enamorada de la idea de estar enamorada, o, mejor dicho, de que alguien la amara. Andrew no la había amado, la había controlado.

En cuanto a Sev... Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó para contenerlas.

Cuando llegó cerca de la casa de su padre, vio coches aparcados por todos lados y tuvo que aparcar un poco lejos, como otra pareja que se bajó del coche con un regalo y se dirigió hacia la playa.

–Anderson ha tenido mucha suerte con el tiempo...

Se quedó parada, pero, en vez de darse la vuelta y marcharse, como habría sido más sensato, siguió a las personas que se dirigían a la playa. Allí, en medio de una noche fría y despejada, había estufas de gas y música, estaba celebrándose una fiesta. Una fiesta a la que no la habían invitado.

Las gaviotas se darían un festín porque tiró la tarta al suelo, se dio media vuelta y salió corriendo. Corrió hasta el coche y se largó. ¡Celebraba una fiesta y ni siquiera había invitado a su hija! Estaba demasiado dolida para llorar. ¿Podía saberse qué estaba haciendo en Nueva York?

Capítulo 7

CÓMO habrían ido las cosas entre Naomi y su padre? Eso fue lo primero que pensó Sev mientras apagaba el despertador. Se dijo a sí mismo que estaba preocupado por ella porque él sabía, mejor que nadie, lo que podía estar sufriendo.

Se quedó tumbado un rato mientras pensaba en el día que le esperaba. No le apetecía especialmente ir a Dubái, pero tenía que zanjar eso por una temporada. Allem no paraba de invitarlo, y no solo por trabajo, sino para que pasara unas vacaciones. Su primera gran oportunidad la había tenido allí y no lo había sabido en su momento.

Se acordó de que al ver el itinerario comprobó que hacía escala en Londres. Daniil vivía cerca de Londres. Le escribió y le propuso que se encontraran delante del palacio de Buckingham el día del aniversario de Nikolai.

A Daniil lo había adoptado una familia rica y en aquel momento usaba el nombre de Daniel Thomas. Él había supuesto que no se presentaría, y había acertado. ¿Por qué seguía yendo a Londres todos los años? ¿Por qué seguía esperando que Daniil podría aparecer cuando la lógica decía lo contrario?

El año anterior había cancelado el vuelo, pero cambió de opinión en el último momento. Literalmente, en el último minuto. Fue al palacio de Buckingham justo a mediodía y, naturalmente, su viejo amigo no estaba allí.

Pensó en otro viaje que había hecho cuando había empezado a tener dinero. Había vuelto a Rusia con una esperanza desbordante ante la idea de conocer a su madre. Era algo que rememoraba muy pocas veces y de lo que no hablaba con nadie.

Decidió que por eso se había despertado pensando en Naomi, se levantó de la cama y fue a ducharse. Sabía perfectamente lo que podía pasar.

Aparte del ligero embrollo con las fechas entre Dubái y Londres, Naomi lo había organizado bien. Solo tenía que ducharse y vestirse. Eligió unos vaqueros y una camiseta negros, pero no se molestaría en afeitarse.

Era una de esas mañana frías que daban una idea del crudo invierno que se avecinaba y se sentó en el asiento trasero del coche

con los ojos cerrados mientras esperaba a que se montase Naomi. Normalmente, se encontraban en el vestíbulo, pero ella no estaba allí esa mañana.

–¿Dónde está Naomi? –le preguntó al chófer cuando se montó.

–Hemos metido algunas cosas en el maletero y están bajando el resto.

No le dio más importancia al principio porque estaba acostumbrado a que las mujeres llevasen demasiado equipaje. Sin embargo, le pareció impropio de ella cuando lo pensó mejor. Naomi, como él, viajaba con poco equipaje.

Entonces, oyó su voz, miró por la ventanilla y vio que estaba hablando con el conserje y que estaban metiendo muchas más bolsas y maletas en el maletero. No solo eso, también vio un carro con unos paquetes muy grandes con envoltorios de Navidad que, a juzgar por lo que él podía deducir, iba a dejar al conserje. Entonces, ella le dio las llaves y un fajo de billetes.

Él no dijo nada cuando ella se montó en el coche. Iba vestida con un elegante traje negro, botas negras y un abrigo. Además, llevaba una maleta pequeña, que, seguramente, tendría la ropa para Dubái. Incluso, se había pintado los labios, pero estaba muy pálida, tenía ojeras y estaba a punto de llorar. Comprendió que su padre le había hecho daño, y mucho. ¡Malnacido! Tuvo ganas de decirle al chófer que los llevara a Long Island, donde estaría encantado de sacar de la cama a Anderson Anderson, pero también sabía que no serviría de nada.

–¿Qué tal anoche? –le preguntó él en cambio.

Naomi lo miró fijamente y sacudió la cabeza.

–¿Qué pasa, Naomi? ¿Qué son todas esas maletas?

–Puedes descontarme del sueldo el exceso de equipaje –contestó ella en tono cortante.

–Naomi...

–No voy a volver.

–¿Puede saberse qué pasó anoche?

–No quiero hablar de eso.

–¡Cabezota!

Sin embargo, Sev decidió que sería mejor no insistir por el momento. Naomi tenía un aspecto espantoso y estaba temblando a pesar de la calefacción del coche. Quiso sacar una manta y envolverla o abrir el mueble bar y servirle un coñac, pero podía imaginarse lo que diría ella si hacía algo así a esa hora de la mañana. También tenía la sensación de que si insistía en que hablase demasiado pronto, se bajaría en el siguiente semáforo y no lo acompañaría a Dubái.

Allí haría más calor… Fue otro pensamiento ilógico, pero, de repente, quería que ella tuviese calor y estuviese tumbada al sol. Decidió que hablarían en el avión. Allí no podría evitarlo.

Una de las muchas ventajas de tener un avión privado era que no había que hacer filas ni trámites interminables. Los llevaron directamente a la pista donde los esperaban Jason, el capitán, con Shannon y otra azafata. Subieron a bordo y el capitán informó a Sev sobre el plan de vuelo. Sev asintió con la cabeza, se quitó el abrigo y se lo entregó a Shannon. Naomi hizo lo mismo, pero al contrario que Sev, quien fue directamente a su asiento, ella todavía tenía que aclarar algunas cosas con la tripulación.

–Ven y siéntate –le dijo Sev.

–Ahora voy.

–He dicho que vengas y te sientes.

Se sentaron en los amplios asientos de cuero uno enfrente del otro. Los motores ya estaban encendidos y la tripulación estaba preparando el despegue. Sev había rechazado un café, ya se lo tomaría cuando hubiesen despegado. Miró a Naomi, quien estaba mirando por la ventanilla. No tenía sentido intentar hablar con ella en ese momento y sacó su libro. Sin embargo, no podía concentrarse y volvió a mirarla.

Naomi podía sentir sus ojos clavados en ella mientras miraba el cielo oscuro. Empezaron a avanzar por la pista y el avión se elevó. Le dio igual que él pudiera ver las lágrimas que le empañaron los ojos cuando miró el perfil de Manhattan y se acordó de la primera vez que llegó allí con dieciocho años y el corazón rebosante de esperanza… para que la defraudaran. La misma esperanza que había tenido la segunda vez. Había sido una necia.

–Volverás –comentó Sev.

–¿Para qué?

Lo que menos le apetecía del mundo era que volvieran a rechazarla.

Sirvieron los cafés, con leche y azúcar para Naomi y largo y solo para Sev, sin azúcar esa vez. También había pastas y Sev estaba comiéndose la segunda mientras ella seguía mordisqueando el borde de la primera. Ya no pudo aguantar más.

–¿Qué pasó anoche?

–Ya te le he dicho –contestó Naomi–. No quiero hablar de eso.

–Bueno, pues siento tener que imponer mi autoridad, pero dado que estás dejando el piso sin aviso previo, creo que tengo derecho a saberlo y más aún…

–Te he avisado con antelación –le interrumpió ella–. Lo único que ha cambiado es que no voy a volver a Nueva York después de Londres.

Además, si te preocupa el piso, ya me he ocupado de todo. Me he traído todo lo que he podido y el resto me lo mandarán a Londres. Lo he dejado lo más ordenado que he podido y he dado dinero para que lo limpien.

Los dos sabían que a él le importaba un rábano todo eso.

–¿Y los regalos de Navidad?

Naomi cerró los ojos.

–Todavía no es diciembre siquiera –añadió Sev.

Él no podía entender que los hubiese comprado y envuelto.

–Me gusta ser previsora.

–No hacía falta que me hicieras tantos.

Él le dio una patadita en el pie y ella esbozó una sonrisa muy leve. Sev sabía que eran para sus hermanas por parte de padre.

–¿Quieres que me encargue de que los entreguen?

–Te lo agradecería –contestó Naomi–. Si mi padre o Judy no pasan a recogerlos.

Sev estaba seguro de que no pasarían.

–Bueno, tu madre se alegrará de verte.

Vio que ella apretaba los labios y que no era para sonreír. Los apretó para contener las lágrimas. No estaba siendo un malnacido, estaba intentando entenderla.

–¿Qué pasó anoche? –le preguntó Sev otra vez.

Ella tampoco le contestó. Rebuscó en el bolso, sacó dos pastillas contra el dolor de cabeza y se las tragó. Él vio que le temblaba la mano mientras levantaba el vaso de agua.

–¿Has dormido algo? –siguió Sev.

–No, pero no te preocupes. Echaré una cabezada mientras tú duermes y estaré bien cuando lleguemos a Dubái.

–Acuéstate –le dijo Sev.

–No hace falta.

Solo había un dormitorio en el avión y ella no estaba de humor para compartirlo.

–Acuéstate –repitió él–. No vamos a parar en cuanto lleguemos a Dubái y, en este momento, parece como si estuvieses muriéndote. Te recuerdo que me representas.

Era la única manera que tenía de conseguir que quizá lo obedeciera.

Shannon fue a preguntarles qué querían desayunar, pero ella ya tenía el estómago revuelto por la cuarta parte de la pasta que se había comido. La verdad era que estaba completamente agotada. Se había pasado la noche anterior haciendo el equipaje y ordenando la casa y la noche anterior a esa tampoco había dormido casi por los nervios, no

solo porque iba a presentarse en casa de su padre, sino porque iba a ser su último día en la oficina.

–¿Qué haces? –preguntó Sev con enojo cuando ella sacó la tableta con la evidente intención de ponerse a trabajar.

–Solo voy a repasar los correos electrónicos que te mandaron anoche.

Sev contestó las preguntas que hacían los correos con un lacónico «sí» o «no», pero ella acabó dejando de fingir que estaba bien.

–Es posible que me tumbe, si no te importa.

–Hazlo, por favor –le pidió Sev–. Estás tan pálida que estoy empezando a creer en los fantasmas.

Ella sonrió con la misma levedad que antes mientras se levantaba.

–Te pido perdón por todo esto.

–Dudo mucho que tenga que perdonarte algo relativo a anoche –replicó Sev–. Creo que me conoces lo bastante como...

–¡Conocerte! –le interrumpió ella con rabia–. No sé nada de ti.

Ella sabía que no estaba enfadada con Sev, pero él también era humano, era alguien cercano y, quizá involuntariamente, también le había hecho daño y así había vislumbrado todo lo que se guardaba dentro.

–¿Puede saberse qué quieres decir? Has estado organizando toda mi vida durante los últimos tres meses.

–Sí, es posible que me conozca tu agenda y que sepa las almohadas que prefieres en los hoteles, pero no sé nada de ti, Sev. No me dices absolutamente nada, así que no pretendas que vuelque mi corazón. No tienes ni idea de lo que estoy pasando.

–Eso tú no lo sabes.

–¿Qué sabes de la familia? Ni siquiera mandas flores a tu madre el Día de la Madre...

–¡Alto! ¡Alto! –exclamó Sev.

–Es verdad, he intentado comprobarlo en tu agenda. No te preocupas por nadie, Sev, así que no vayas dando consejos.

Ella no pudo seguir y, además, ya había hablado demasiado. Se dio media vuelta y se fue al dormitorio. Ya se disculparía más tarde, en ese momento, estaba demasiado machacada como para sentirse avergonzada o con ganas de disculparse... otra vez.

Miró alrededor. El dormitorio era increíble. Los acabados eran de ébano, como los del dormitorio de su casa, y había una ducha y todo. Podría estar en un hotel de cinco estrellas y no volando a muchos pies de altitud. Se desvistió y fue a darse una ducha, sobre todo, para ver si podía entrar en calor, pero no lo consiguió. Temblorosa, se preguntó qué podía ponerse para acostarse, pero estaba demasiado cansada, se

metió desnuda entre las lujosas sábanas y se quedó oyendo el zumbido de los motores con la esperanza de quedarse dormida.

Le encantaría llorar con la cara en la almohada, pero Sev estaba al otro lado de la pared y tendría que esperar hasta que estuviera sola en el hotel. Por el momento, se quedó con la mirada fija, viendo los trozos de su corazón flotando en el aire y preguntándose cómo podría volver a juntarlos, cómo podría volver a empezar sabiendo que su padre no quería saber nada de ella. Y eso no era todo. ¿Cómo podría seguir adelante cuando sabía que no volvería a ver a Sev después de Dubái?

Sev miró el apetecible desayuno que le había servido Shannon, pero apartó el plato y pidió una copa de coñac. Era del color de esos ojos tristes. Debería dejar que durmiera y descansara, pero no podía. Estaba seguro de que estaba llorando al otro lado de la puerta.

Inclinó hacia atrás el respaldo de la butaca de cuero, pero no podía dejarla sola.

Naomi oyó que llamaban a la puerta, pero él no esperó a que contestara. Se dio la vuelta y vio el contorno de su cuerpo en la puerta.

–Creía que el trato era que durmiese...

–Solo quería comprobar que estabas bien.

–Estaba medio dormida –mintió Naomi.

–¿Podemos hablar? –preguntó Sev.

–No –contestó ella, aunque vaciló–. Te pido perdón por lo que dije sobre el Día de la Madre.

–Te equivocaste. Sí le mando flores, pero el Día de la Madre es a finales de noviembre en Rusia y me ocupo yo mismo de mandárselas.

Ella se quedó callada.

–¿Te has sonrojado? –preguntó él.

–Ya no me sonrojo.

–Vamos, Naomi. ¿Qué pasó anoche?

Ella miró su figura a contraluz y decidió que era más fácil reconocer lo que había pasado cuando no podía ver su reacción.

–Quise averiguar lo que sentía por mí y si había algo que sirviera de base para empezar...

–¿Y?

–Ya lo sé.

Esas tres palabras le dijeron bastante y fue a sentarse en el borde de la cama. Naomi sintió que se hundía el colchón y estuvo a punto de decirle que, si no se marchaba él, se marcharía ella, pero, entonces, él

le tomó la mano.

–Sé cómo te sientes.

–Créeme, no lo sabes.

–Avergonzada, rechazada, como si fueses un error...

Él había dado en el clavo y ella empezó a llorar. Además, se sintió muy abochornada. No por Sev ni por haberse desmoronado. Se sentía abochornada por su rostro rollizo sonriendo con ilusión a su padre, por los secretos de ellos para mantenerla al margen. Se sentía avergonzada por las miradas entre su padre y Judy mientras buscaban la manera de alejarla de sus vidas.

–Creí que cuando él llegara a conocerme...

–Lo sé.

–Que cuando me viera...

–Lo sé.

Durante la entrevista, ella le había recordado a sí mismo, pensó Sev mientras la abrazaba.

–¿Por qué lo sabes? –preguntó Naomi.

–Porque me ha pasado a mí.

Capítulo 8

SEV no se lo había contado a nadie. Era una de esas penas que había preferido soportar solo. Sin embargo, no quería que Naomi tuviera que soportarla sola y buscó la manera de contarle lo que le había pasado.

–Tienes razón, no dejo que los demás sepan gran cosa de mí... bueno, de mis asuntos privados...

–Siento discrepar... He pedido preservativos para ti, he rechazado a dos mujeres de tu parte...

Ella estaba tensa por el tono sentimental, intentaba darle un tono desenfadado para que no se desbordara porque, si bien se había pasado tres meses queriendo saber más cosas, de repente, sentía a Sev demasiado cerca. Despedirse ya iba a ser bastante doloroso. ¿Qué sentiría si llegaba a saber más cosas de él y luego se separaban?

–No hace falta que me lo cuentes.

–Sin embargo, te lo contaré.

Él miró sus tristes ojos marrones, que siempre lo habían derretido, y supo el motivo. Se había pasado toda su vida adulta eludiendo los sentimientos, pero, últimamente, se sentía como si hubieran llevado al punto de ebullición a sus sentimientos y quería que ella se sintiera mejor, o no tan sola. Se tumbó de espaldas al lado de ella. Estaba desnuda entre las sábanas, pero daba igual. Esa conversación era mucho más íntima que el sexo y era lo más cerca que había estado de alguien en toda su vida.

–¿Te acuerdas de lo que te conté de un ordenador en un despacho? –le preguntó él mirándola.

–¿El de tu colegio?

–Sí. Tenías razón –contestó Sev–. Había un despacho donde yo vivía. Me crie en un orfanato.

Ella se limitó a mirarlo también.

–No sabía si tenía padres –no podía contarle un poco sin contarle todo–. Éramos cuatro que nos criamos juntos. Éramos como hermanos y hablábamos de todo menos de eso.

–¿De qué?

–De ese sueño, de la esperanza de formar parte de una familia.

Él vio que ella movía la boca como si fuese a llorar otra vez.

–Lo entiendo –siguió Sev–. Daniil y Roman eran gemelos y aunque todos estábamos muy unidos, ellos eran hermanos de verdad. Luego estábamos Nikolai y yo. Él me parecía mi gemelo, éramos la otra persona en el mundo del otro y nos buscábamos el uno al otro. Los cuatro decíamos que nos daba igual quiénes fuesen nuestros padres y que nos daba igual si no nos adoptaban. Yo lo repetía una y otra vez, pero ahora sé que estaba mintiendo y supongo que ellos también mentían. Un día, adoptaron a Daniil. Él dijo que no quería marcharse, pero estoy seguro de que lo dijo porque eso significaba que tenía que abandonar a Roman.

–¿Separaron a los gemelos? –preguntó Naomi.

Sev asintió con la cabeza, pero intentó no centrarse en eso y contarle a Naomi solo lo que era pertinente.

–Antes de eso, sin embargo, yo leía bien y les leía cuentos por la noche. Nos reíamos de esos cuentos, pero para mí, mi madre era una princesa y era más seguro que estuviésemos separados. Bueno, lo creí hasta que tuve siete años. Entonces, decidí que mis padres eran tan pobres que no podían darme de comer, pero que lloraban por la noche pensando en mí, o, al menos, el día de mi cumpleaños. Intentaba convencerme de que estaban esperando a que pudieran permitirse ir a recogerme. Me inventé muchos motivos para que estuviésemos separados.

–Yo hice lo mismo –reconoció Naomi mientras se ponía de lado para mirarlo de frente–. Creía que era la distancia o la presión del trabajo. Además, él también me daba excusas; que era culpa de mi madre, que su esposa se interponía en el camino...

Ella miró los preciosos ojos grises de Sev.

–Encontré a mi madre hace unos años. Había trabajado de prostituta y estaba en un albergue de personas mayores. También averigüé que tenía una hermana por parte de madre que se llamaba Renata y que era algo mayor que yo. No supe qué hacer.

–¿No sabías si ponerte en contacto?

Él captó la perplejidad de su mirada y supo que tenía que explicarlo mejor, pero eso significaba tener que retroceder en el tiempo y era algo que detestaba.

–Sev...

–No pasa nada –contestó él en un tono algo tajante.

Sin embargo, estaba teniendo que desenterrarlo y quedar como un necio. Entonces, se acordó de los lagrimones que había derramado ella y siguió.

–¿Crees que soy grosero y antisocial?

–No diría exactamente eso.

Él podía ser hasta demasiado sociable algunas veces, pero, aun así, ella asintió con la cabeza porque también podía olvidarse de la cortesía muchas veces.

–Si me hubieses conocido hace unos años, no dudarías al contestar esa pregunta. Viví en un orfanato hasta los quince años y luego en un internado, que era un infierno si eras un becario. Por eso, siempre estaba entre libros y ordenadores. Más tarde fui a la universidad y mi cuarto era la cuarta parte de este. Estudié matemáticas y mis compañeros de estudios eran como yo. Conseguí entrar para hacer unas prácticas, pero alquilé una habitación en una casa con otros cinco jóvenes tan locos por la informática como yo.

Naomi frunció el ceño porque no sabía a dónde quería llegar.

–No hablábamos mucho ni comíamos juntos. Los fines de semana iba a un bar y me acostaba con alguien, era el mejor rato de la semana. El lunes todo empezaba otra vez. Hasta que un día me ofrecieron que fuese a Dubái para hablar de un diseño.

–¿Allem? –preguntó Naomi.

–Sí. Yo no me había montado nunca en un avión y Allem me llevó en primera.

–¡Caray!

–No –la corrigió Sev–. Fue insoportable para mí. Nunca había comido con una familia ni había recibido un regalo, pero Allem y yo nos llevamos bien y me enseñó muchas cosas. Por eso, cuando averigüé que tenía una familia, acudí a Allem para pedirle consejo. Me dijo que no fuese demasiado efusivo, que llevase un regalo y unas flores, que entendiese que mi madre podría sentirse abochornada y molesta al principio. Hice todo lo que pude para que nuestro encuentro fuese como la seda. Pedí a los empleados del albergue que la avisasen de que iba a ir para que no fuese una conmoción y me presenté a la hora fijada.

–¿Qué pasó?

–Estaba nervioso –él le tomó la mano y se la llevó al pecho–. Pum, pum, pum –dijo Sev a un ritmo mucho más rápido que los latidos de su corazón–. Entré y me quedé sorprendido. Era muy delgada y, por primera vez, vi a alguien que se parecía a mí. La reconocí.

–¿Qué tiempo tenías cuando fuiste al orfanato?

–Dos semanas. Aun así, me pareció reconocerla y nunca había sentido algo así en mi vida. Me olvidé de tomármelo con calma y fui a abrazarla, pero ella se apartó –él pensó un rato en ese momento y siguió–. Me miró y me dijo: «No te quise entonces y no te quiero ahora» –Sev miró a Naomi y se lo dijo en ruso para que pudiera hacerse una idea–. Entonces, debió de ver el traje, las flores y el regalo

que llevaba y me preguntó si tenía dinero. Ahora está en un albergue mejor y bebe mejor vodka, pero no me quiso entonces y sigue sin quererme ahora.

–Es posible que ella…

–No –ya no volvería a inventarse excusas o cuentos de hadas–. ¿Sabes qué? Agradezco que me lo dijera. Supe con toda precisión cuál era mi sitio, y me parece que tú también lo sabes ahora.

Naomi asintió con la cabeza.

–Es mejor saberlo que soñar.

–No sé si estoy de acuerdo.

–¿Qué pasó anoche? –preguntó Sev por enésima vez, aunque, esa vez, ella estaba preparada para contárselo.

–Cuando llegué, vi que había gente que se dirigía hacia la playa, que estaban celebrando una fiesta por su cincuenta cumpleaños. Tiré la tarta y salí corriendo.

–¿Te vieron?

–No –Naomi sacudió la cabeza por el desconcierto–. No lo sé, quizá fuera una fiesta sorpresa y…

–No –él no estaba dispuesto a que siguiera teniendo esperanzas–. Si hubiese sido una sorpresa, ¿por qué no te pidió su esposa que fueras?

–Basta.

–Tienes que ser dura. A partir de ahora, solo tienes que preocuparte de ti misma.

–¿Es lo que tú haces?

–Desde luego –Sev asintió con la cabeza–. No quiero a nadie, no quiero querer a nadie y no quiero que nadie dependa de mí.

–¿No quieres a tus amigos? –ella no se lo creía–. ¿Qué me dices de Allem?

–Allem dice que quiere que seamos amigos, que vaya de vacaciones, que nos llevará al mar… –Sev sacudió la cabeza–. Quiere que le llame más para hablar de cosas que no sean el trabajo.

–¿Y no lo haces?

–La verdad es que no. Ya está casado y las cosas son distintas. Pregunto por Jamal y salimos a cenar… –le dio un codazo a Naomi– incluso al teatro, pero sé que las cosas volverán a cambiar. Tendrán un hijo en marzo. Apártate de la gente, Naomi.

–Yo no soy así.

–Entonces, hazte así. Yo me esfuerzo. Algunas veces, me dejo arrastrar, pero, en general, no lo hago –la miró–. Toma solo lo que necesites de los demás y no des más de lo que estés dispuesta a perder.

–Parece egoísta.

–No lo es. No me importa la familia o la amistad profunda. No

quiero amor y el sexo sigue siendo el mejor rato del día o de la semana.

–Las personas quedan dolidas –comentó Naomi pensando en algunas de las mujeres con las que había tenido que lidiar, pero, sobre todo, pensando en sí misma–. Fue lo que me preocupó cuando te rechacé.

–¿Qué? ¿Que me convirtiese en un monstruo furibundo?

–Dolidas emocionalmente –contestó Naomi con un suspiro.

Sev ni siquiera era un marciano, era de otra galaxia.

–Dejé muy claro desde el principio que solo quería sexo. Como he dicho, apuesta solo lo que estés dispuesta a perder. Puedes elegir no exponer el corazón. No esperes nada de nadie... –él le sonrió– y exige un servicio excelente.

–No lo entiendo.

–Tu padre, por ejemplo. Dile que, si quiere tener alguna relación contigo, tendrá que ser él quien haga un esfuerzo constante.

–No lo hará.

–Entonces, no te engañarás.

–Tampoco veré a mis hermanas.

–¿Y...?

–No quiero ser así.

–Duele menos –replicó Sev–. Llámalo y dile que te has marchado y el motivo. A ver qué pasa. Hazlo ahora, yo estaré a tu lado. Échale pelotas y, si crees que no puedes, toma prestadas las mías...

Él, sin pensárselo, le tomó una mano y se la llevó allí. Estaban juntos en una cama. Él farfulló algo y fue a apartarle la mano, pero ella la mantuvo allí.

–No había venido para eso –dijo Sev.

–Lo sé.

–Solo quería... ilustrarlo...

–Lo entiendo.

Ella, sin embargo, no apartó la mano y notó la erección incipiente. También estaba excitada y no por lo que había hecho él con su mano, sino por lo que había dicho de que no expusiera el corazón. Se había quedado escuchando, pero también le había dado vueltas a la cabeza. Deseaba a Sev, deseaba sentir sus labios otra vez y dejarse llevar por el deseo que no la había abandonado desde el día que se conocieron. ¿Podría no exponer su corazón, como había propuesto Sev?

Mientras ella le tocaba el abultamiento, Sev se reconoció a sí mismo que, si bien no había ido allí por eso, se había excitado y por eso se había llevado su mano allí. Aunque había sido inconscientemente, como algo natural dado lo que sentían entre ellos.

–Naomi, no voy a dejar que... se baje por tercera vez –le advirtió Sev mientras ella seguía tocándolo.

–¿Tercera? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Estabas desnuda y ardiente la mañana que te llamé desde Roma. ¿Quieres que te recuerde la segunda?

–No.

–No voy a volver a hacer nada –comentó Sev mientras ella notaba que se endurecía más por su contacto–. Si lo quieres, Naomi, tómalo.

Era la persona más arrogante que había conocido. Él le apartó la mano, pero solo para sentarse, quitarse la camiseta y volver a tumbarse. Había visto muchas veces su torso desnudo, sobre todo, cuando tenía la cara llena de crema de afeitar, pero, en ese momento, estaba sin afeitar, tumbado de espaldas y mirando al techo. Ella tenía todo ese cuerpo a su disposición si lo quería. Ni un beso ni mirarla siquiera. No iba a ponérselo fácil.

–Lo digo en serio –siguió él–. Puedes hacer lo que quieras.

–¿Vas a quedarte ahí tumbado?

–Sí. He intentado ser simpático y mira lo que he conseguido. Te toca seducirme –él se estiró y cerró los ojos–. Si no, me quedaré dormido.

Naomi se quedó de lado, lo miró y se reconoció que, probablemente, había perdido muchas ocasiones con Sev. Se acercó a su boca y lo besó, pero él no le devolvió el beso. Era sorprendentemente excitante ocuparse de su boca relajada, que sabía a coñac a las siete de la mañana. Siguió esperando que él reaccionara, pero se limitó a dejarle que hiciera lo que quisiera. Era increíblemente excitante y lo besó más sensualmente, empleó la lengua para intentar que reaccionara, pero la única reacción fue que respiró más profundamente. Se sentó en los talones para pensar qué haría después y comprobó que había otra reacción, que podía ver el abultamiento debajo de los pantalones. Esa vez, fue a por el cinturón.

Él lo reducía a sexo y era increíblemente liberador. Además, a él le sorprendía que esa persona que había sido tan dada a pedir disculpas se relajara de esa manera. Cuando abrió los ojos, pudo ver su contorno femenino en la penumbra. Además, había sentido sus senos sobre el pecho y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no acariciarla. Le encantaba que fuese desinhibida con él.

Naomi le desabrochó el cinturón, la bajó la cremallera, introdujo la mano y sintió la turgencia expectante. Tuvo que tragar saliva al acariciar el sedoso vello púbico y tiró de sus vaqueros.

–Esa noche iba a hacértelo deprisa y corriendo –comentó Sev mientras levantaba las caderas para que pudiera quitarle la ropa.

Él solo le daba su voz profunda, pero era más que suficiente para excitarla, sobre todo, cuando estaba completamente desnudo y erecto. Le hablaba de una forma que ella no había oído jamás. La había regañado y algunas veces habían discutido, pero esa vez acababa en la cama.

–Iba a hacértelo deprisa y corriendo y a compensarte después por la falta de prolegómenos… pero dijiste que no, que tenía que marcharme.

–De acuerdo…

No necesitaba que se lo recordara, aunque quizá sí lo necesitara porque estaba balanceándose sobre los talones mientras lo tomaba con la mano.

–Además –Sev siguió con esa sensual regañina–, crees que aquella vez en el teléfono yo solo quería un clímax rápido, pero nunca te he dicho obscenidades. No sabes bien lo que te perdiste aquella mañana…

Él dijo algo en ruso y tuvo que ser una obscenidad porque le agarró el miembro con más fuerza y sintió la tensión por dentro. Seguramente, estaba siguiendo órdenes porque se puso encima de él y se sentó en sus muslos.

–Preservativos –dijo Sev–. Luego quiero que sigas y…

Él volvió a hablar en ruso y ella, algo alterada, rebuscó en la mesilla, ¡pero no se ocupaba de las cosas de aseo del avión!

–¿Dónde?

–Junto a la ducha.

–Eres un malnacido, Sev.

–Sí, pero vas a ir a buscarlos y enciende la luz cuando vuelvas.

Sev conseguía que fuese evidente que lo deseaba porque, una vez en el cuarto de baño, se miró al espejo y vio una cara que se había olvidado de las lágrimas. Nunca se había visto cuando estaba así de excitada. Encontró lo que buscaba y volvió al cabo de unos segundos con la respiración acelerada.

–Las luces –le recordó Sev cuando ya se acercaba a la cama, lo que significaba que tenía que volver–. Camina despacio.

Ella encendió las luces y caminó despacio para deleite de él. Podía ver lo excitada que estaba. Tenía el rostro sonrojado y los pezones erectos. Además, lo miró a los ojos con un brillo inconfundible.

Le dominaba una tensión tal por lo que se avecinaba que, cuando le tocó el miembro, Naomi creyó que podría sentir una descarga eléctrica, pero estaba cálido y húmedo, aunque no con la humedad que quería él.

–Humedécelo primero.

–Creía que iba a hacer lo que yo quisiera –replicó ella.

–Haz lo que se te dice.

Ella se rio de sí misma, de la idea de que Sev hubiese ido allí a hacerle el amor, y ayudaba que no se tratara de eso. Bajó la cabeza y sabía que iba a ser una auténtica felicidad sexual. Él volvió a tomar las riendas y la colocó a gatas y de tal forma que se quedó con la cara entre los muslos de ella. No la tocó ni la paladeó, pero sí estimuló su anhelo. Gemía mientras lo lamía y por la necesidad de ese contacto íntimo que él se negaba a concederle. Entonces, cuando se lo introdujo en la boca, él le levantó las caderas y la detuvo otra vez.

–Date la vuelta.

Ella se sintió mareada por él más que por el movimiento. Se sentó en sus muslos con una sensación de vértigo, más excitada de lo que había podido llegar a imaginarse que estaría alguna vez. Sev rasgó el envoltorio y se lo entregó a ella.

–Pónmelo.

–¿Vas a decirme que no en el último momento? –le preguntó Naomi.

–¿Por qué iba a hacer algo así? –preguntó Sev mientras observaba cómo desenrollaba el preservativo a lo largo de toda la extensión de su miembro–. Ahora, móntate.

Naomi fue a hacerlo, pero él le levantó las caderas y, de repente, le dio la vuelta y la tumbó de espaldas. Sev estaba encima, justo como cuando ella le dijo que no, con la diferencia de que estaban desnudos y él estaba protegido. Ella se arqueaba y, como aquella noche, estaba a punto de llegar al clímax.

–No, ni se te ocurra llegar al clímax sin mí –le advirtió Sev.

Entró en ella a la vez que sentía el orgasmo. Nunca había sentido nada parecido, nunca la habían tomado con esa potencia mientras llegaba al clímax. Ni siquiera podía gritar porque tenía toda la energía concentrada alrededor de él y la única parte del cerebro que le funcionaba estaba suplicando que él también explotara, pero en vano. Sev acometía con tanta intensidad que, aunque el orgasmo remitía, no se extinguía. Le pareció como si toda su vida hubiese sido insustancial hasta ese momento. Los pulmones le recordaron que debería respirar y ella tomó algo de aire y se encontró con la boca al lado de su oreja.

–Sev...

Casi necesitaba que parara. Las acometidas eran rápidas, profundas y devastadoras, pero, entonces, se apoyó en los codos y bajó el ritmo, pero no la intensidad. Eran unos movimientos lentos y premeditados que la mantenían con una sensación de espera cargada de tensión, pero, entonces, cuando ya parecía que no aguantaba más, él aceleró el ritmo y volvió a hacerla bullir a su voluntad.

–Toma –dijo Sev mientras llegaba al orgasmo–. *Krasavitsa* –añadió cuando alcanzó el clímax y ella dejó escapar un grito de placer.

Pareció como si se le apagaran las luces en la cabeza mientras la arrastraba a un sitio donde no había estado nunca. Sin embargo, él la acompañaba.

–Creo que me has arrebatado la virginidad –comentó Naomi mientras él se desmoronaba encima de ella y se quedaban sin aliento.

Él se rio y entendió que, probablemente, ella no había tenido una relación sexual parecida.

–Creo que tú me has arrebatado la mía –replicó él.

Capítulo 9

QUÉ ha sido de los otros? –preguntó Naomi.

Habían dormido un poco, habían hablado otro poco y habían pasado el tiempo juntos. En ese momento, cuando faltaban un par de horas para llegar a Dubái, tenía las cosas más claras que durante los tres meses previos, pero, aun así, seguía sintiendo curiosidad.

–Ni idea –contestó Sev encogiéndose de hombros.

–¿No los has buscado?

–¿Para qué? –preguntó él en tono amargo–. ¿Para hablar de los tiempos felices? Daniil es un empresario muy próspero. Le escribí una carta hace tiempo, pero nunca me contestó.

–¿Y Roman?

–No lo sé. Siempre se metía en problemas, sobre todo, desde que Daniil se marchó a Inglaterra. Yo solo me centraba en sacar buenas notas para que me dieran una beca y largarme de allí.

–¿Nikolai?

–Muerto –contestó Sev–. Se tiró a un río cuando tenía catorce años.

No dio más explicaciones, lo dijo sin emoción, solo dijo lo que había pasado.

–¿Por qué? –preguntó Naomi.

Sev no quería hablar de eso y, justo entonces, Shannon llamó por el interfono para preguntar si querían desayunar. Para bochorno de Naomi, Sev contestó que sí y, poco después, Shannon entró para llevar el desayuno. El champán y el zumo de naranja estaban muy bien, pero lo que le emocionó a Naomi fue una tarta con su nombre.

–Yo no le he dicho que voy a marcharme.

–La llamé yo ayer.

Entonces, él había hecho ese esfuerzo...

–Es tu fiesta de despedida –añadió Sev–. Aunque no había pensado que fuésemos a comerla en la cama, me alegro mucho de que vayamos a hacerlo.

–Podríamos haberlo hecho de camino a Londres.

Sev negó con la cabeza. Él no estaría de humor cuando fuesen a Londres, estuviesen en la cama o no, porque sería el doce de noviembre. Miró a Naomi. Además, habría otro motivo para detestar esa fecha.

–¿Tienes un empleo en Londres?

–Mi antiguo jefe me mandó un correo hace un par de semanas para decirme que su secretaria no le gusta. Descarté la idea en su momento... –ella miró a Sev–. Lo que dijiste de que trabajara para ti todavía...

–Naomi –Sev iba a ser muy claro–. Sería una necedad que volvieras a Nueva York por lo que ha pasado hoy.

–Lo sé.

Le parecía raro ser tan sincera y hablar con alguien tan directo. Sin embargo, una vez más, lo que podría ser ofensivo dicho por otro, no lo era si lo decía Sev. Ella sabía cuál era su situación.

–Creo que deberías llamar a Emmanuel cuando lleguemos a Dubái –comentó Sev.

–Creía que no servía.

–Servirá –replicó Sev.

Desde luego, no iba a decirle a Naomi que había dicho aquello con la esperanza de que ella se quedara. No quería que se marchara, pero también sabía que sería una crueldad que volviera solo por él.

–¿Sabes lo que necesitas? –le preguntó Sev.

–¿Qué?

–Unas vacaciones.

–Si quiero volver a mi antiguo empleo, seguramente tenga que empezar inmediatamente. Aunque intentaré conseguir algunos días.

–No, me refiero a unas vacaciones de verdad. ¿Qué te parece que nos tomemos unas vacaciones antes de que vuelvas a Londres?

–Vamos a estar ocupados.

–No, no vamos a estarlo.

–Le dijiste a Allem que tendrías que hacer el trabajo de dos semanas en cuatro noches.

–Lo dije solo para poder hacerle una buena factura.

–Aun así, hay que hacer el trabajo –insistió Naomi con el ceño fruncido.

–La mayoría ya está hecho –Sev la miró y sonrió–. ¿Puedes guardar un secreto?

–Sí.

–Me llevará un par de días. Antes de que me digas que estoy estafándolo, te diré que no es verdad. Me paga por mis conocimientos, no por las horas de trabajo. Además, acabaría con demasiados clientes si no me lo tomo con un poco de calma. ¿Qué me dices?

–¿De unas vacaciones?

–Unas vacaciones como Dios manda. No he tenido unas en toda mi vida.

Había recorrido el mundo varias veces, pero no se había tomado un descanso.

–No sé…

–Piénsatelo –replicó Sev antes de levantarse de la cama e ir a la ducha.

Ella no lo pensó. Le había dado miedo enamorarse más si se acostaba con él y, naturalmente, era lo que había pasado… aunque no tenía miedo en ese momento. Estaba segura de lo que sentía por él. Sería muy necia si esperaba algo más de él. Aunque eso no impedía que quisiera más. Además, algunos pensarían que ya era una necia por haber dado un vuelco a su vida solo para que su padre y ella tuviesen una oportunidad, pero se alegraba de haberlo hecho aunque hubiese salido mal.

–¿Qué me dices? –preguntó él mientras se quitaba la toalla de la cintura para secarse la espalda mirándola.

–¿Qué te digo de qué? –preguntó ella con una sonrisa.

–De las vacaciones.

Sev también sonrió. Ella no se parecía nada a lo que había pensado que sería, ¡y lo había pensado muchísimo!

–¡Ah!

Naomi se quedó tumbada mirándolo, pero ya había tomado la decisión. No, no expondría el corazón y se contendría, pero sí lo abriría lo suficiente como para que pudiera hacerle daño. No declararía sus sentimientos ni pediría a Sev más de lo que estaba dispuesto a darle. Además, se retiraría con la cabeza muy alta. Al menos, se habrían dado una oportunidad.

–Sí, por favor –contestó ella mirando su incipiente erección.

Naomi se rio mientras él tiraba la toalla y volvía a la cama.

–¡No me refería a eso!

Capítulo 10

DUBÁI era húmedo y caluroso, como estaba previsto, pero los llevaron directamente del avión a un complejo hotelero fresco y muy elegante. Allem se lo enseñó con orgullo. Había piscinas y playas privadas y ella podía imaginarse cómo serían las habitaciones.

–Recibimos a muchos dignatarios extranjeros y a miembros de la realeza –les explicó Allem–. No quiero que su seguridad o su intimidad se vean comprometidas como ha pasado en otros hoteles. El mes pasado piratearon el sistema contable de uno de nuestros principales competidores. Se reveló información muy personal y por eso he presionado a Sev para que venga a actualizar nuestros sistemas. Si bien contrato a los mejores informáticos, preferiría....

–De acuerdo –le interrumpió Sev–. Me reuniré con ellos, pero lo comprobaré personalmente.

Estaba claro que Allem solo confiaba en Sev para que tuviera pleno acceso a todo.

–Volveré cuando me marche de Londres y si hay algún problema me ocuparé entonces.

–Volveremos a vernos –comentó Allem con una sonrisa, pero Sev sacudió la cabeza.

–Solo a mí. Naomi ha dimitido. Tendré otro secretario, pero él no empezará hasta dentro de un par de semanas. Si surge cualquier problema, ponte en contacto conmigo directamente, Allem –Sev miró a Naomi–. Voy a reunirme con los informáticos. Volveré a las dos o así. Tómate el día libre y relájate.

–Espero que disfrutéis de la estancia y que estéis cómodos –dijo Allem–. Si necesitáis cualquier cosa, decidlo.

–Gracias.

Él se quedó mientras Naomi se alejaba.

–¿Por qué ha dimitido? –le preguntó Allem.

–No tengo ni idea –reconoció Sev.

Seguía sin saberlo. El sexo podía acabar complicando las cosas, pero no eran complicadas en ese momento, ni mucho menos.

–¿Vas a terminar a las dos? –le preguntó Allem.

–He decidido tomarme unas pequeñas vacaciones. Si hay algo que queda pendiente, volveré después de Londres. También me dará unos

días para afinar las cosas.

–Tenéis que dejar que Jamal y yo os enseñemos los alrededores. Podemos salir al mar…

–No, no –le interrumpió Sev sin disculparse por rechazar su invitación–. Solo queremos relajarnos. Es posible que Naomi empiece enseguida en otro empleo.

–Entonces, ¿os habéis dado un descanso? He visto que Naomi ya no lleva el anillo –comentó Allem.

–No.

–Os he puesto en suites contiguas.

Allem se había acordado de lo que le pidió Sev la última vez que estuvo allí. A Sev le gustaba la compañía, pero no todo el tiempo. Sin embargo, las cosas habían cambiado.

–No hace falta que sean suites contiguas. Traslada a Naomi a la mía –le pidió Sev.

Cuando Naomi llegó a la recepción, Allem ya había llamado y, sin que ella lo supiera, ya se había hecho el cambio. Le dieron una habitación más suntuosa que cualquiera en la que hubiese estado, o que hubiese podido imaginarse. La decoración era impresionante y había desde alfombras persas a floreros con flores exóticas. El Golfo Pérsico se extendía delante de ella y había una zona al aire libre con una piscina y un hidromasaje. Entonces, entendió el motivo. Llevaron las maletas que había hecho para Sev y las deshicieron y se dio cuenta de que esa no era la suite de la secretaria de Sev. Le pareció que él iba a estar un poco más cerca de lo que había esperado que estuviese durante los próximos días.

Habían viajado mucho juntos, pero le resultaba un poco raro que no hubiese una puerta entre los dos. Tuvo dudas por primera vez desde que había tomado la decisión. Eso iba a dolerle. Hizo lo posible para olvidarse de su inminente separación.

Trabajó un poco durante una hora o así, pero miró uno de los folletos que había en la suite, decidió que esa noche no cenarían en un restaurante e hizo algunas reservas. ¡También eran sus vacaciones!

Pasó la mañana en el hidromasaje y estaba tumbada en la cama inmensa con vistas al Golfo Pérsico cuando, alrededor de las tres, se abrió la puerta y Sev entró.

–He tardado un poco más de lo que había pensado, pero trabajarán toda la noche y yo volveré con ellos mañana. Podemos relajarnos por el momento.

–Creí que tendríamos habitaciones separadas.

–¿Por qué?

–Por nada –contestó Naomi–. Venga, tienes que cambiarte.

–¿Por qué?

–Tenemos una cita con el desierto. Montaremos en camello, cenaremos, veremos la danza del vientre y miraremos las estrellas hasta medianoche –Naomi sonrió–. Es mi capricho.

–¿Estás tomándome el pelo?

–No –Naomi sacudió la cabeza–. En absoluto.

–Yo no hago esas cosas.

–Bueno, yo quiero hacerlas.

–Allem organizará una visita privada...

–Ya te lo he dicho –le interrumpió Naomi–. Es mi capricho. Si no quieres ir, me parece muy bien. Creo que nos dejan de vuelta a la una. Quería reservar un recorrido de toda la noche, pero no sabía a qué hora tendrías que trabajar mañana.

Resultó ser lo más bonito y disparatado que habían hecho los dos. El desierto era impresionante, sobre todo, visto desde un camello. El grupo en el que estaban formaba una lenta procesión mientras el sol se ocultaba por el horizonte y era como si estuviesen bañados por oro líquido.

La magia no terminó allí. Llegaron hambrientos al campamento y los recibió el olor ahumado de la cena. Se sentaron en alfombras y comieron, y el grupo era increíble. Había unos mochileros, una pareja de luna de miel y otra pareja que celebraba el aniversario de boda. Pasaron el narguile, le pintaron los pies a Naomi con *henna* y comió los mejores dátiles que había probado en su vida. Luego, vieron la danza del vientre y, como había sabido ella, fue maravillosa. A Sev le pareció lo mismo.

Normalmente, las vistas que tenía él eran las de un despacho, las de la ventana de un hotel o las de la ventanilla de su avión. En ese momento, respiraba el aire cálido de la noche, estaban tumbados en alfombras entre desconocidos y miraban las estrellas mientras un guía les señalaba las constelaciones.

–Ha sido impresionante –reconoció Sev más tarde, mientras seguían mirando las estrellas–. Emmanuel no será ni la mitad de divertido.

–Es posible que lo sea cuando haya dimitido –replicó Naomi mirándolo con una sonrisa.

–¿Lo has llamado?

–Sí –contestó Naomi–. Está apasionado. Se ofreció a venir a Dubái para tomar el relevo...

–Espero que te hayas negado. Ya sé que la cama del hotel es grande, pero no voy a compartirla también con él...

–Le dije que no hacía falta que viniera aquí todavía, aunque a lo

mejor le necesitas después de Londres.

–No.

Él no quería pensar ni en Londres ni en el viaje que haría allí después.

–En cualquier caso, también le dije que le comentaría las fechas dentro de poco.

Él volvió a mirar las estrellas. Ya estaba seguro de que ella se marcharía. Naomi no cambiaría de opinión y volvería a trabajar para él, sencillamente, no le haría eso a Emmanuel.

–¿Y a tu padre? –le preguntó Sev–. ¿Lo has llamado?

–No.

Todo acabó demasiado pronto y Sev deseó que ella hubiese reservado el recorrido de toda la noche. Volvieron al hotel y fue como si unas hadas hubiesen pasado por su habitación mientras estaban fuera. Una bañera inmensa estaba llena y había pétalos de flores flotando en la superficie. La luz era tenue y también había champán en un cubo con hielo. Hasta Sev parpadeó.

–Creo que nos han dado la suite nupcial.

Efectivamente, les habían dado esa suite y, efectivamente, era como una luna de miel. Salvo que, cuando acabara, ellos tomarían caminos separados.

Durante los días siguientes, Sev trabajó como no había trabajado nunca para que tuvieran tiempo de hacer cosas que Naomi quería hacer, como volar en paracaídas arrastrados por una lancha, almorzar sin prisa, cenar en la playa y dar largos y lentos paseos después.

–Llamé a mi padre –le comentó Naomi–. Quería dejarlo zanjado de una vez.

–¿Y?

–No le dije que sabía lo de la fiesta. Le dije que no había encontrado otro empleo ni un sitio donde vivir y que me parecía mejor que me quedara en Londres en vez de volver.

–¿Qué dijo él?

–Que lamentaba que no hubiésemos tenido la ocasión de despedirnos. La verdad es que no sé si lo dijo sinceramente.

Ella miró a Sev y se preguntó cómo sería su despedida.

–Sin embargo, voy a estar en contacto con mis hermanas –añadió Naomi.

–¿Por qué?

Miró al hombre que no quería a nadie y se preguntó cuándo captaría el mensaje su corazón; ¡nunca querría a nadie!

–¿Te pusiste en contacto con tu hermana alguna vez? –le preguntó ella.

–Sí –contestó Sev–. Se llama Renata, es diez años mayor que yo y madre soltera de una hija...

–¿Tu sobrina?

–Supongo –contestó él encogiéndose de hombros.

–¿No las quieres?

–No –él vio el brillo de perplejidad de los ojos de ella, pero no pensaba decirle el motivo–. Naomi, tu felicidad depende demasiado de los demás. Entregas el corazón y luego no entiendes por qué te lo devuelven roto. Te contaré lo que pasó. Busqué a mi hermana, me recibieron en su casa y conocí a mi sobrina, Mariya. Luego, volví a Nueva York y hablamos casi todas las semanas durante un par de meses. Entonces, un día, recibí una llamada de Renata y me contó que Mariya estaba muy enferma, que tenía un tipo de cáncer muy raro.

–Sev...

A Naomi se le empañaron los ojos. Ella no conocía bien a sus hermanas, pero podía entender el dolor de él solo de pensar que una de ellas pudiera estar tan enferma y tan lejos.

–Me quedé destrozado. Acababa de encontrar una familia y le pregunté si podía hacer algo. Renata me habló de un tratamiento que podía encontrarse en Estados Unidos. Era la única oportunidad para Mariya...

Naomi pudo ver la preocupación en sus ojos.

–Solo tenía unas semanas de vida y estaba demasiado débil para ponerse al teléfono. Me ofrecí a pagar al tratamiento, a llevarla a Estados Unidos. Iba a mandar mi avión con un equipo médico para recogerla, pero...

Él miró esos ojos de cachorrillo que confiarían siempre en los demás, independientemente del daño que le pudiesen hacer y, cuando él titubeó, ella sacó la conclusión lógica.

–¿Era demasiado tarde?

La conclusión lógica si tenías un corazón cálido. El suyo había llegado a ser gélido por muchos motivos.

–Te daré un consejo, Naomi, nunca, bajo ningún concepto, contestes a un correo electrónico que te pide los datos de tu cuenta bancaria.

–No sé qué quieres decir.

–Le pedí a Renata el nombre de la clínica para mandar el dinero.

Aun así, Naomi frunció el ceño y eso lo sacó de quicio. Le daba miedo que ella fuese tan confiada y lo fácilmente que se le podía hacer daño... que le habían hecho daño y que podrían hacérselo.

–Renata quiso que le mandase el dinero directamente a ella.

Naomi tragó saliva.

–Mariya no estaba enferma –le explicó Sev–. Nunca tuvo cáncer. Ahora sabes por qué me sale mentir sobre la salud de un familiar, debe de ser hereditario.

–¿Estás seguro de que fue un engaño?

–Completamente seguro. Ya no tengo nada que ver con Renata, pero le he mandado regalos a Mariya, aunque acaban en casas de subastas. No busques que te hagan daño, Naomi, es el mejor consejo que puedo darte.

–No puedes aplicar eso en general, Sev.

–No me refiero a las mujeres –le aclaró Sev al creer que ella hablaba de su madre y su hermana.

Sin embargo, Naomi iba un paso por delante de él.

–Ya lo sé –replicó ella–. Has descartado a toda la humanidad.

Capítulo 11

SEV tenía que trabajar todavía, pero Allem se fijó en que parecía más relajado que nunca.

–¿Qué tienes pensado hacer en Londres? –le preguntó Allem mientras Sev le ponía al tanto de los cambios que estaba haciendo en el sistema.

–Nada...

Sev se encogió de hombros. No le había contado a nadie que iba allí con la esperanza de encontrarse con Daniil.

–¿Vas a conocer a la familia de Naomi?

–No. Allem, Naomi y yo no estamos juntos.

–¿Por qué? Está claro que tenéis sentimientos profundos el uno por el otro. Fue evidente en la cena, pero es un hecho ahora.

–¿No podemos concentrarnos en el trabajo? –preguntó Sev en tono tajante, aunque, por una vez, era él quien estaba pensando en otra cosa.

Sev quería hechos y Allem tenía razón. El paseo por la playa y lo que había dicho Naomi sobre su desconfianza en la humanidad lo habían alterado. Él sabía que tenía muchos motivos para no confiar en los demás, pero ninguno podía aplicarse a Naomi. El día siguiente sería el último que pasarían entero en Dubái. Habían pasado la mañana en la cama y en la piscina y él, que siempre estaba deseando empezar a trabajar, no había querido dejarla. Dentro de dos días, estarían montándose en su avión y Naomi desaparecería después. Por una parte, se sentía aliviado; restablecería la configuración de su corazón y seguiría tan contento con su vida.

–Jamal y yo supimos que estaríamos juntos a la semana de conocernos. A nuestras familias no les hizo gracia en su momento, pero yo sabía que ella era la mujer con la que me casaría.

–Allem, no todos queremos una esposa.

–Sevastyan....

–Déjalo.

–No quiero dejarlo. ¿Por qué no peleas por ella?

Sev pensó que por eso no quería amigos. Él tenía límites y Allem estaba sobrepasándolos, y eso era algo que lo desquiciaba.

–Sevastyan –repitió Allem–, ¿cuánto tiempo hace que os conocéis?

–El suficiente –contestó Sev con los dientes apretados.

Allem, sin embargo, no se ofendió. Se había ofendido muchas veces cuando se conocieron. La mayoría de la gente se sentía relajada y complacida cuando se bajaba de un vuelo en primera clase, pero Sevastyan había llegado a Dubái con un aspecto espantoso. No había tenido la más elemental cortesía, había pasado como había podido una comida opípara que les habían preparado y después, al retirarse, había abandonado en el pasillo, sin abrir, el regalo que le había dejado en la suite. Efectivamente, se había ofendido y había llamado a la puerta para saber si el regalo no le había gustado a ese invitado tan complicado.

–¿Te acuerdas de cuando llamé a la puerta de tu suite y te pregunté por qué habías dejado el regalo en el pasillo?

Sev dejó escapar una risa en voz baja al acordarse.

–Creíste que lo habían dejado en la habitación equivocada.

–Porque nunca había recibido un regalo.

–Entonces, me preguntaste si podíamos salir –le recordó Allem–. Salimos a dar un paseo en coche y a un bar.

Sev dejó de sonreír cuando recordó aquella noche. No había salido nunca de Rusia. El viaje había sido espantoso, la atención constante de las azafatas lo había alterado. Luego, lo llevaron a casa de Allem y nunca había sido el invitado en casa de alguien, y menos en una tan palaciega, y se había quedado completamente abrumado. Habían acabado en un bar, en uno mucho más bonito que los que solía frecuentar él.

–Aquella noche me contaste de dónde habías salido.

–Allem, he recorrido un camino muy largo desde entonces.

–Es verdad. Gracias a que has trabajado muchísimo.

Y a la ayuda de un amigo. Efectivamente, Sev reconoció entonces que Allem lo era.

–¿Allem?

Sev renunció a intentar trabajar. Tenía una pregunta, varias, en realidad.

Capítulo 12

NAOMI decidió que Dubái era impresionante. ¿O era porque estaba de vacaciones? Había visto muchos sitios bonitos gracias a su trabajo, pero esos dos días habían sido muy relajantes, estimulantes y maravillosos. ¿O era la compañía? No intentó averiguarlo.

Se había despertado a media mañana y había visto una nota de Sev que le decía que estaría trabajando con Allem hasta tarde para tener libre el día siguiente. El último día.

No quería pensar en eso y había desayunado en la cama mientras ojeaba folletos e intentaba decidir qué hacía ese día. Acababa de decidir que iría de compras cuando Jamal la llamó y le dijo que le tocaba a ella sacarla.

Se encontró riéndose mientras se arreglaba y se acordaba del día que conoció a Jamal, cuando había estado acicalándose para presentar la dimisión. Habían cambiado muchas cosas en muy poco tiempo y más iban a cambiar enseguida.

–Allem acaba de llamar –comentó Jamal mientras Naomi se montaba en el coche–. Se quedarán trabajando hasta tarde y eso nos da mucho tiempo.

Jamal sí que sabía ir de compras y su chófer llevaba las cosas al coche. Pasaron por varias *boutiques*, pero Jamal se apartaba de los nombres que ella conocía.

–Me visto de forma más tradicional –le explicó Jamal–, y me inclino por los diseñadores locales.

Naomi pudo entender el motivo. Las telas eran impresionantes y los cortes muy refinados y se probó vestidos que no se habría probado jamás.

–Pruébate este –le propuso Jamal.

Era un vestido largo de un gris plateado y, normalmente, le habría parecido excesivo, pero con las delicadas flores de *henna* de los pies y el pelo suelto le quedaba bien.

–No estoy segura...

Le encantaba, pero no se parecía a lo que usaba normalmente.

–Te queda perfecto, te lo regalaré –comentó Jamal.

–Jamal –Naomi sacudió la cabeza–, me siento incómoda...

–Bobadas.

–Solo quiero que me guste lo que me gusta.

Jamal sonrió y asintió con la cabeza.

–Sin embargo, es precioso.

Lo era y una vez llegado el límite, Naomi había comprado una cosa por diez de Jamal.

–No sé cuándo voy a ponérmelo.

–Mañana –contestó Jamal–. Allem y yo queremos que vengáis a cenar. Puedes ponértelo entonces.

–¿Para cenar?

Naomi se rio porque ese vestido le parecía excesivo para ir a cenar con unos amigos, pero se dio cuenta de que Jamal estaba diciéndolo completamente en serio.

–Queremos despedirnos como es debido; nos encanta que Sevastyan haya venido. Queremos que vengáis a casa, así que arréglate, Naomi, yo voy a arreglarme.

Fueron a la peluquería y fue un día maravilloso rematado con un té con panecillos con sabor a dátiles y mermelada de agua de rosa. Eran las vacaciones que no había tenido jamás. No era solo que estuviese con Sev, era la ciudad increíble, la compañía maravillosa y tener tiempo para hacer cosas divertidas. Incluso, compró chocolatinas con forma de camello para sus hermanas y se las mandó directamente desde allí. Entendía lo que le había dicho Sev y por qué se había distanciado de su familia, pero ella no iba a distanciarse de Kennedy y sus otras hermanitas. Se imaginaba la emoción de las dos niñas mayores cuando abrieran los paquetes y decidió que permanecer cerca de ellas era la decisión acertada.

También, dada la noticia que les habían dado Jamal y Allem, visitaron varias tiendas de ropa de niños y fue divertido ver a Jamal tan emocionada.

–Lo intentamos durante dos años –le explicó Jamal–. Yo estaba empezando a preocuparme de verdad, pero Allem fue muy bueno conmigo y decía que solo me quería a mí.

–Es un hombre estupendo.

–Es muy amable y romántico. ¿Sev también lo es?

–Eso no –contestó ella entre risas.

Cuando creía que ya habían terminado, todavía les quedaba una cosa más que hacer.

–Quiero ver alfombras –comentó Jamal–. Esperaremos hasta que sepamos lo que vamos a tener, pero me encantaría saber lo que piensas.

–Siempre he querido tener una alfombra persa… –reconoció Naomi mirando alrededor.

–Estas, no. Miraremos solo las hechas a mano.

¡Ese bebé iba a tener de todo! Naomi pensó que eran exquisitas y muy caras, pero que no iba a volver a tener una ocasión como esa. Estaba en Dubái y con una experta, porque Jamal sabía mucho de alfombras.

–Esa es preciosa –comentó Jamal cuando vio a Naomi pasando la mano por una.

Tenía unos colores increíbles, verde pistacho, negro y crema. Jamal dio la vuelta a la alfombra para comprobar que estaba hecha a mano, pero tenía tantos nudos y tan intrincados que no había ninguna duda. Era demasiado cara, pero también era increíblemente bonita y Jamal se dio cuenta de que no se decidía.

–¿Quieres que regatee? –se ofreció su amiga–. Te saldrá por la mitad de ese precio.

–No –Naomi sacudió la cabeza. Era absurdo, pero notó las lágrimas en los ojos y se dio la vuelta para que Jamal no las viera–. No, gracias. Vámonos...

Fue un instante mínimo en todo un día maravilloso, pero le duró hasta mucho después de que hubiese pasado.

Volvió al hotel, comió algo ligero y se tumbó en la cama intentando saber cómo se sentía.

–Ha sido eterno –comentó Sev cuando entró.

–¿Has terminado?

–Tengo que volver a la hora del almuerzo para hablar con el director de los informáticos. Allem ha hecho bien en traerme. ¿Qué tal tu día con Jamal?

–Fantástico.

Ella fue a levantarse de la cama, pero Sev se lo impidió.

–Quédate en la cama, mañana tenemos que levantarnos temprano, vamos a dar un paseo en globo –le explicó Sev mientras empezaba a desvestirse–. Tenemos que estar a las cinco, así que tendremos que levantarnos a las cuatro.

–¿Un paseo en globo?

–Dicen que es increíble, que vuelas sobre el desierto, que puedes ver gacelas y...

Sev se encogió de hombros. En ese momento, le interesaba más devorar su cuerpo.

Habría sido un delito no corresponder. Sev era tan bello como la primera vez y esa noche gozaron como siempre. Sin embargo, se había aferrado a una parte de sí misma. Lo había hecho desde la primera vez que estuvo en su cama. Quizá tuviera el corazón expuesto, pero nunca se lo diría a él.

Además, después, ella deseó que tuvieran habitaciones separadas. Le daba vueltas a la cabeza y no podía quedarse dormida. Se quedó mirando la oscuridad mientras Sev dormía y se imaginó la alfombra enrollada en casa de su madre mientras ella buscaba un sitio donde vivir. ¿Cómo iba a comprar una alfombra cuando no sabía dónde iba a vivir? Entonces, volvió a imaginarse la alfombra en el suelo, junto a la chimenea del piso que acababa de dejar en Nueva York, y habría quedado preciosa. Entonces, hizo lo más ridículo de todo y se la imaginó en el suelo del dormitorio de Sev. Entonaba con las cortinas... ¿Hasta cuándo podría fingir que no estaba enamorada del hombre que tenía al lado?

Sofocó un arrebato de añoranza tan fuerte que habría hecho las maletas en ese instante; sentía la necesidad de volver a casa, pero no sabía dónde estaba.

Capítulo 13

SEV se despertó al oír el despertador e intentó no pensar en la cita. Se quedó tumbado en la oscuridad e intentó motivarse para levantarse.

–Naomi...

Ella se despertó al oír su nombre y fue tan maravilloso como la primera vez que lo oyó. Él estaba acariciándole un pecho y acurrucado a su espalda.

–Tenemos que levantarnos.

Se levantaron. Maldito Allem y sus ideas, pensó Sev. Ese día no quería subir a un globo y ser feliz. Ni ese día ni al día siguiente. Eran los días que más temía del año, era el último día de Nikolai y no quería pensar en eso.

–Sev... –empezó a decir ella hasta que Sev la interrumpió.

–Tenemos que irnos si queremos llegar a tiempo.

–¿Puedo decirte una cosa?

Él estaba pegado a su espalda y nunca se había sentido mejor, cálido y excitado. Al día siguiente, al alba, estarían a punto de montarse en un avión con destino a Londres y quería quedarse allí, alargar esa mañana.

–Dímela.

Naomi, sin embargo, se había olvidado porque Sev le había levantado el pelo y le besaba el cuelo como quiso hacer la noche que le subió y bajó la cremallera. Bajó la mano de su pecho al abdomen.

–¿Te acuerdas de cuando creí que estabas embarazada?

–Sí –contestó ella con una sonrisa.

Sev la había desconcertado completamente, había rechazado a Emmanuel porque no hablaba mandarín y a Dianne por una sonrisa nerviosa, pero le había ofrecido a ella cuidados para el bebé y reducir los viajes. Estaba excitado y ella deseaba que no dejara de acariciarle el abdomen, incluso, que bajara más la mano. Notaba su erección y no quería que se apartara para ponerse el preservativo, contoneó el trasero.

–Tomo la píldora, Sev.

–Gracias a Dios.

Entró y dejó escapar un suspiro mientras la húmeda calidez lo recibía. No hicieron caso del zumbido del despertador.

–Sev…

Los dos estaban al límite, al límite del orgasmo, al límite de sobrepasar el límite.

–Vamos, cariño.

Él se movía más deprisa y más profundamente, la arrastraba a esas alturas adonde la llevaba tan fácilmente. Entonces, le dijo algo que había intentado decirle desde la noche anterior, una verdad muy sencilla. No la sencilla verdad, se había prometido no hacer declaraciones, pero sí otra verdad.

–No quiero dar ese paseo en globo.

Naomi estaba llegando al clímax y las contracciones del orgasmo alrededor de él le impedían pensar. El cielo, antes del amanecer, tenía un color azul marino y ya no se conformaba con algo rápido, él no quería bajar a la realidad, afrontar el día que tanto temía o subir al cielo en un globo. Prefería que los dos se dejasen arrastrar.

Naomi esperaba que ese placer intenso culminara, y culminó, pero no como ella había esperado. Él salió y ella se quedó atónita. Entonces, él le dio la vuelta.

–Sev…

El despertador sonó otra vez y él lo apagó. Naomi intentó tomar aire mientras lo miraba.

–No vamos a montar en globo.

Se quedaron en la placentera tierra. Él la besó como quizá no debería haberla besado si ella quería conservar la cabeza. Estaban de costado y mantuvieron los ojos abiertos lo bastante como para saber que estaban quebrantando sus reglas.

Tenían las piernas entrelazadas, con su miembro sobre el abdomen, pero ya tenían tiempo. Naomi lo besó como quizá no debería haberlo besado. En el avión terminaron tres meses de contención, pero esa mañana terminó otra contención distinta. Ella nunca se había besado así. Las lenguas se buscaban y las bocas se deleitaban. Ella le tomó el labio inferior para sentirlo entre los de ella, se acariciaban las bocas, se acariciaban las lenguas. Efectivamente, nunca se había besado así y, seguramente, nunca volvería a hacerlo. Paladeó el amor y lo devolvió. Lo besó lenta y profundamente, le besó la cara, la oreja y el cuello, aspiró su olor y conoció su sabor con la lengua y los labios mientras él pasaba las manos por todo su cuerpo.

Le acarició los pechos y se los lamió, tenía la erección sobre sus muslos y se balanceaban. Introdujo las manos entre su pelo y él le tomó un pezón con la boca. Fue casi excesivo, pero insuficiente y entonces, él, con un solo movimiento, levantó la cabeza, la besó en la boca y sus cuerpos se unieron plenamente. Otra vez de costado, otra

vez con los ojos abiertos, ella lo miró mientras la tomaba lenta y profundamente. Si era posible sentirse bien con la piel ardiendo, ella se sentía así. No se movían casi, tenían las extremidades entrelazadas, se buscaban las bocas, pero preferían mirarse a los ojos. Se movían como si fuesen un solo cuerpo, cambiaban el ritmo sin pensarlo y se alegraron de que saliera el sol porque podían ver la cara del otro.

Se besaron hasta que las acometidas de Sev se impusieron a todo, se extendieron por todo su cuerpo y acabaron concentrándose en su punto más íntimo. Él vio que ella entreabría los labios, pero no para llorar. La sentía, pero no solo alrededor del miembro, era como si todo el cuerpo de ella se tensara y no dijeron nada, no se atrevieron. Él se liberó y ella lo captó, como captó otra cosa.

–*Krasavitsa*...

Ella no quería saber qué quería decir, pero él se lo dijo.

–Mujer hermosa.

Ella no podía saber si se lo habría dicho a alguien más.

Capítulo 14

HABRÍA sido más seguro estar a cuatro mil pies de altitud. Era casi mediodía cuando se despertaron al oír el teléfono de Sev y Ahmed, el informático, le preguntó dónde estaba. Naomi se dio cuenta de que Sev no podía ni mirarla. No le importó, ella tampoco podía mirarlo.

–No sé cuánto tardaré –comentó él.

–No pasa nada –replicó ella.

Podía tomarse todo el tiempo del mundo. No había habido declaraciones y, cuando él ya se había marchado, ella se quedó intentando convencerse de que lo que había pasado esa mañana no había sido distinto a otras veces.

Era una mentirosa. Además, ella no había sido la única en quebrantar las reglas. Esa mañana, Sev le había hecho el amor y ella sabía, por la tensión que había entre ellos, que los dos se arrepentían. Por algún motivo, él no quería apegarse demasiado. Ella sí quería y lo peor de todo era que él le había dejado entrever cómo sería.

Sev repasó todos los cambios con el director de informática, pero se pasó el día mirando la hora y pensando.

Recordaba cuando terminaban el colegio y tomaba el autobús con Nikolai para ir al orfanato. Era callado, pero a él le parecía bien porque le gustaba hacer los deberes en el autobús y leer o estudiar por la noche. Luego, llegaba la cena.

Hacía dieciséis años habrían formado una fila con los platos en las manos. En ese momento, era la última noche que iban a pasar en Dubái e iban a pasarla cenando con Allem.

–Habría preferido que cenáramos solos –reconoció Sev mientras se ponía el traje.

–Y yo –admitió ella.

Sin embargo, cambió de opinión. Si cenaran ellos dos solos, ella podría sacar una conversación más profunda y pedir respuestas sobre ellos. Quizá fuese más seguro no hacerlo.

–Le llamaré y se lo diré.

–¡Sev! No lo hagas.

–Acabas de decir que preferías que cenáramos solos.

–Lo que decimos y lo que hacemos son cosas distintas. Allem se ha desvivido para que disfrutáramos, no puedes cancelarlo.

Pero era lo que él quería hacer y por más motivos de los que Naomi sabía.

Ella se puso el impresionante vestido plateado y unas sandalias planas, pero esa vez, cuando Sev la ayudó con la cremallera, no jugó con ella.

–Entonces, vamos –dijo Sev.

No le dijo que estaba guapa o que le encantaba ese vestido y notó que la rabia empezaba a adueñarse de ella. Tuvo ganas de escribir un correo electrónico a Emmanuel para que encargara un par de docenas de rosas blancas. Sabía que había llegado el final con Sev. Había llegado ese momento en el que todo perdía el lustre y él perdía el interés. Lo conocía poco, pero conocía muy bien sus hábitos.

–¡Naomi!

Jamal la saludó con cariño, como Allem, pero a pesar del efusivo recibimiento y de que la cena fue espléndida, había una tensión en el aire que ella no podía interpretar. Sev no estaba muy sociable, pero ella ya sabía que Jamal y Allem lo aceptaban. Estaba segura de que pasaba algo que ella desconocía.

–Sev, le he pedido al chef que haga tu postre favorito –comentó Jamal.

Era *sahlab*, unas natillas cremosas con sabor a naranja y agua de rosas y recubiertas de pistachos. Era ligero y delicioso, y Sev lo comentó.

–Está muy bueno.

Sin embargo, miró el teléfono y, si la mesa hubiese sido lo bastante alta, ella le habría dado una patada.

Luego, sirvieron el café y llevaron el narguile.

–Naomi, ¿te gustaría ver el cuarto del niño? –le preguntó Jamal.

Naomi sonrió y asintió con la cabeza. Mientras las dos se excusaban, ella pensó en la noche que estuvieron en el desierto y en lo fácil que le había parecido la vida en aquel momento. Todo era muy distinto en ese momento. Hasta Jamal parecía un poco tensa, aunque no hizo ningún comentario ni le contó lo que estaba pensando.

Allem sí lo hizo con Sev. Se dirigió a su amigo en cuanto las mujeres se marcharon.

–¿Te ha rechazado? –le preguntó Allem.

–No se lo he pedido –reconoció Sev–. Tiene un hombre en Inglaterra y es posible que cuando lo vea…

–No digas bobadas, Sev.

–Creo que él podría ser una elección más segura.

–Estás siendo ridículo.

–No.

Esa mañana lo había alterado, no estaba seguro de que quisiera volver a sentirse tan unido a una persona.

–¿No habéis montado en el globo? –le preguntó Allem con el ceño fruncido.

–No –él intentó no pensar en lo que había pasado y cambió de conversación–. He hablado con Ahmed y le he dicho que volveré a finales de la semana que viene. Parece que ha entendido bien los cambios...

–Sev, esta noche no quiero hablar de trabajo. Ayer...

–Ayer fue ayer –le interrumpió Sev–. He estado pensándolo y, si bien ha sido un descanso fantástico y lo hemos pasado muy bien...

Dejaron de hablar cuando oyeron que Jamal y Naomi bajaban las escaleras.

–Estoy segura de que Sev puede instalarte un sistema –estaba diciendo Naomi.

–¿De qué hablabais? –preguntó Sev.

–A Jamal le preocupa que el cuarto del niño y la zona de la niñera están demasiado lejos de donde duermen ellos.

–Por favor... –intervino Allem–. Tenemos el mejor sistema de seguridad, tenemos cámaras y monitores y, además, claro que oiríamos al bebé si llora.

Sev pensó que fue a esa hora más o menos. Hacía dieciséis años, a las once de la noche más o menos, la persona más importante de su vida había llorado y él lo había oído... y se había dado la vuelta y se había quedado dormido otra vez. Pensó en Nikolai.

No. Independientemente de lo que hubiese sentido el día anterior, había pasado hacía mucho tiempo. No confiaba en sí mismo para ocuparse de otro corazón.

Capítulo 15

NAOMI, mientras el despertador de Sev y el suyo se apagaban, pensó que se habían quedado un día y una noche de más. Tres días y tres noches habrían sido suficientes y habrían acabado bien.

Habría podido alejarse habiéndose dado una oportunidad, pero con la dignidad intacta. En ese momento, estaba haciendo todo lo posible para no llorar. Sev tenía razón. Si ella no hubiese embrollado los horarios, ya estarían en Londres y se habrían separado. En cambio, estaban en la cama sin tocarse ni hablarse casi.

Sev estaba pensando. Había hecho caso a Allem, pero sabía que no podía pedirle que volviese a Nueva York solo porque él quería. Había comprado un anillo, pero no sabía cómo dárselo.

Rebuscó en la cabeza una sola relación medio aceptable que hubiese superado la prueba del tiempo. Ninguna. Allem quizá, pero era una relación sobre todo de trabajo.

En cualquier caso, ese día su cabeza no tenía sitio para el amor y las conjeturas. Recordó el día que era.

Se despertó a las cinco, una hora antes de lo habitual, pero Nikolai y él habían estado de servicio en la cocina. Había visto que la cama contigua a la suya estaba vacía y había tenido miedo en ese instante. Todas las mañanas sin excepción lo primero que hacían eran las camas, pero la cama de Nikolai estaba deshecha.

–Tenemos que irnos –comentó Sev, aunque él no tenía que hacerlo.

Naomi ya estaba levantándose de la cama y el día anterior había hecho el equipaje de los dos.

Por mucho que se hubiese engañado a sí misma diciéndose que eran unas vacaciones, seguía en nómina de él... al menos, unas horas más. Fueron al aeropuerto y se dio cuenta de que había llegado el momento. Montaron en el avión y se sentaron en silencio. Ninguno de los dos propuso ir a la cama. Separarse ya iba a ser bastante doloroso.

–¿Dónde está tu libro? –preguntó ella por decir algo y porque él siempre leía durante el despegue.

Él no contestó y ella decidió que había llegado el momento de ser pragmática.

–Si escribo unas referencias, ¿las firmarás? –le preguntó ella.

–Ya las escribiré yo –contestó él tomando su ordenador–. ¿Cuánto tiempo has trabajado para mí?

–Tres meses –contestó Naomi con un suspiro.

Él ni siquiera sabía eso.

–Quería decir que cuánto tiempo quieres que ponga.

–Pon la verdad –replicó ella en tono cortante.

Sev sonrió. Ella era la única persona que conocía que gruñía a la vez que le pedía que le escribiera unas referencias.

–¿Estás picajosa? –le preguntó Sev.

–Estoy cansada.

Sev tecleó un rato y le mandó el resultado al ordenador de ella.

–Si quieres que cambie algo, dímelo.

Ella abrió el archivo y lo leyó.

A quien corresponda

Naomi Johnson ha trabajado tres largos meses como mi secretaria. Al principio, cuando la entrevisté, decidí que no era la persona idónea porque pedía perdón muchas veces y eso me irritaba, pero luego decidí darle una oportunidad.

Me he arrepentido de vez en cuando.

Naomi Johnson tenía un humor cambiante, no le gustaba encargar flores y, tengo que decirlo, podía llegar a ser un incordio. No obstante, ahora entiendo que su actitud beligerante se debía a que quería acostarse conmigo… y yo quería acostarme con ella.

Ojalá no hubiésemos esperado tanto, pero también me alegro de que lo hayamos hecho.

En resumen, Naomi Johnson es la mejor secretaria que he tenido, la mejor persona que he conocido y aunque me cuesta mucho escribir esto, porque no quiero que se marche, creo sinceramente que lo hace porque es lo mejor para ella.

Sevastyan Derzhavin

P.D. Ahora escribiré unas de verdad.

Naomi lo leyó sin decir nada y aunque le había gustado, hizo que se enfadara. A pesar de todo, dejaría que se marchara, aunque lo conociera más, lo entendía menos.

Fue un viaje largo y solitario. Sev le escribió unas referencias de verdad, unas tan buenas que ella se planteó si debería volver a su antiguo trabajo. Esas referencias podrían abrirle otras puertas. Sin embargo, le gustaría estar entrando por esa.

Lo que más le costaba en su vida, mucho más que dejar a su padre

sin mirar atrás, era bajar del avión para montarse en su coche. Se había prometido a sí misma que no se desmoronaría delante de él y cada vez le costaba más mantener esa promesa.

–Creo que es posible que mi madre haya venido a recogerme –dijo ella–. ¿Podría dejarme tu coche en la terminal de llegadas?

–Deja tu equipaje –contestó Sev–. Busca a tu madre y os llevaremos a las dos.

–No hace falta. Podemos volver juntas a casa.

–No, mi chófer...

–Mi madre tiene coche –le interrumpió ella–. No vamos a viajar en coches distintos.

Se quedaron tiritando por el frío húmedo de la mañana mientras cargaban un carro con sus cosas y, si bien Sev sabía que estaba haciendo lo mejor para ella, que estaría mucho mejor sin él, le costó despedirse de otra persona como no le había costado jamás en su vida. Normalmente, sus secretarias se marchaban y no volvía a pensar en el asunto siempre que tuviera otra de repuesto. Le pasaba lo mismo con las amantes. Siempre había otra.

La familia... No quería entrar en eso. Los amigos... Observó mientras cargaban la última bolsa en el carro. Estaba en Londres por los amigos y, con toda certeza, para sentarse a esperar y a sentirse defraudado una vez más.

Ella se dio la vuelta para mirarlo. Era el hombre más bello del mundo y le había hecho el amor como si la adorara. Un hombre que se había quedado con su corazón y se lo había metido en el bolsillo como si fuese una moneda suelta.

–Gracias por todo, Sev –pudo mirarlo a los ojos–. Si Emmanuel necesita alguna información...

–Te llamaré si hay algún problema –la interrumpió él.

–No lo hagas, por favor –ella no quería que esa voz volviera a hechizarla–. Emmanuel puede escribirme un correo. Además.... –ella sacó el teléfono del bolsillo– es tuyo.

–Quédatelo.

Era mucho más que un teléfono de trabajo, era una red de seguridad por si él cambiaba de opinión, una línea de comunicación que ella quería cortar.

–No lo necesito –replicó ella.

No lo necesitaba. Lo que menos necesitaba en el mundo para dar el paso siguiente en su vida era que sonara el teléfono o recibiera un mensaje. El corazón se le dispararía si él le preguntaba dónde estaba un archivo o si había contestado a fulanito o... Lo miró a los ojos y supo con toda certeza que podría ser tan despiadado como para

llamarla en plena noche para jugar con su corazón porque estaba aburrido.

–Toma.

Él no lo tomó y ella se lo metió en el bolsillo superior del traje.

–Tengo tu número privado –le avisó él.

–Voy a cambiarlo.

Iba a ser lo primero que haría y, además, solo abriría los correos que le llegaran de Emmanuel. Quiso gritar que se fastidiara por dejar que se marchara, pero no lo hizo.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó Sev.

–¿Qué voy a hacer? –Naomi frunció el ceño–. Volveré al mundo real.

A un mundo sin castillos en el aire, a un mundo en el que no le hicieran el amor al amanecer y, acto seguido, la despidieran con frialdad.

Él sacó un paquete alargado del bolsillo del abrigo y se lo dio.

–Tu regalo de despedida.

No dejaba de hacerle daño. No quería un regalo de despedida, lo quería a él.

–Voy a echarte de menos –añadió él.

–No será para tanto –replicó ella.

Al fin y al cabo, estaba dejando que se marchara.

El carro era de esos que se movían hacia la izquierda y ella lo dirigió mal. La puerta automática tardó un poco en abrirse y se quedó unos segundos de más. Unos segundos espantosos porque se dio la vuelta justo cuando su coche empezaba a alejarse sin que él la mirara. Sev se había montado en su coche para seguir adelante con su vida. Había llegado el momento de que ella hiciese lo mismo.

Capítulo 16

LA echaría muchísimo de menos. Tanto que, aunque ese día nunca sería un día fácil, sí podría ser menos insoportable.

–Aparca aquí –le dijo Sev a su chófer.

Estaba intentando convencerse a sí mismo de que lo mejor que podía hacer era dejar que volviese a su vida en vez de acosarla con su primer intento de tener una relación adulta. Su teléfono vibró y lo miró en vez de bajarse del coche. Entonces, su corazón recobró la esperanza. Era Mariya, su sobrina, que sonreía con los pendientes rosas que le había regalado por su dieciocho cumpleaños y le mandaba un mensaje.

Le he dicho a mamá que los pendientes me los ha regalado Zena, mi amiga del colegio. Ella cree que son baratos y puedo quedármelos.

Gracias, tío Sevastyan.

Me encantan.

Te quiero.

Mariya

También le mandaba dos corazones rosas. A pesar de todo lo que iba mal en el mundo, algo iba bien.

Le había mandado un regalo todos los años. Ese año le había mandado dos; uno a su casa y el otro, los pendientes, al colegio. No le habría importado que se hubiesen perdido, le importaba mucho más que los hubiesen encontrado.

Si además pudiese pasar ese día... Si pudiese explicarle a Naomi la decepción que era que Daniil no se presentase y los recuerdos sombríos de ese día... Dudaba mucho que pudiera hacerlo, pero había algo dentro de sí mismo que dudaba que a ella le importara. ¿Era eso el amor? ¿Consistía en esperar con paciencia, en aguantar hasta que la otra persona estuviese preparada? Quizá fuese el momento de averiguarlo.

La terminal de llegadas del aeropuerto de Heathrow era un infierno. Estaba llena de familias, de parejas felices y de reuniones

efusivas. Si hubiese tenido el teléfono, le habría mandado un mensaje a su madre para saber si estaba allí y para que se vieran fuera. Sin embargo, su teléfono antiguo estaba en la maleta.

Se quedó mirando la multitud y decidió que su madre no había recibido el mensaje o que, si lo había recibido, había decidido no ir a recogerla.

Efectivamente, era una mañana solitaria y, cuando se dio media vuelta para marcharse con lágrimas en los ojos, se topó con un muro pétreo, un muro que su corazón reconoció porque derramó las lágrimas que había estado conteniendo cuando la tomó entre sus brazos.

–Demasiado –dijo Sev–. Te habría echado de menos demasiado si hubiese dejado que te marchases en este momento.

La besó y ella se odió a sí misma porque le devolvió el beso. Era un beso ardiente, apasionado, un beso que la sacó de la multitud y se encontró arrinconada contra una pared. Él no le ofreció nada, una prórroga quizá, y volvió a odiarse por aceptar sus migajas, pero las aceptaría. Siguió odiándose cuando esa mañana gélida la abrazó dentro de su abrigo y estaba cálido y erecto por ella. A pesar de todas las despedidas que llegarían, seguía deseándolo.

Él la deseaba lejos de la multitud, deseaba sexo y, quizá, hablar después. Además, ella lo deseaba, reconocía ese cambio en su cuerpo cuando se entregaba a él.

–¿El hotel del aeropuerto? –le preguntó Sev.

–¡Eres un pedazo de malnacido!

Ella se rio, ella gritó, ella estaba a punto de aceptar.

–¿Puede saberse...?

Sev no terminó la frase porque lo arrancaron literalmente de sus brazos y le dieron la vuelta.

Naomi solo vio un destello rojo, un puño y que Sev volaba contra la pared donde estaba apoyada ella, pero rebotó como si hubiese chocado contra las cuerdas de un cuadrilátero.

–¿Nadie más? –gritó un hombre.

Ella seguía aturdida por el beso y la brusca interrupción, pero, de repente, vio quién era.

–Andrew...

Naomi levantó la cabeza, vio unos globos rojos con forma de corazón que subían al techo y comprendió que debía de haber ido a recogerla... Sev también lo comprendió. Había luchado para salir adelante y, dada la vida que había llevado, tumbaría a ese tipo con facilidad, pero oyó quién era y encajó el siguiente puñetazo en el abdomen.

Sin embargo, cuando Naomi intentó separarlos gritándole a Andrew que no tenía derecho, este le respondió con palabras que ella no se merecía y Sev lo vio todo rojo, pero no eran globos con forma de corazón. Fue a tumbarlo, pero cuatro poderosos brazos lo agarraron. El servicio de seguridad había llegado y él, mirando a los viajeros atónitos, intentó serenarse y se dijo que un aeropuerto no era un sitio para pelearse. También se dijo que, si él hubiese sido el prometido de Naomi, se habría puesto tan furioso como ese tipo.

–Estoy bien –les dijo a los guardas de seguridad.

–¿Está seguro? –le preguntó uno.

–Sí.

–Porque...

Esa vez, fue el guarda de seguridad quien no terminó la frase porque Andrew, que seguía furioso y no lo sujetaba nadie, aprovechó cobardemente la ocasión.

Naomi dejó escapar un grito cuando Sev recibió un violento puñetazo en la cabeza, que se golpeó contra la pared. Los guardas de seguridad agarraron inmediatamente a Andrew y dejaron que Sev cayera al suelo. Su apacible vuelta a casa desapareció entre una nube de policías y paramédicos.

–No hace falta... –farfulló Sev cuando quisieron llevarlo a un hospital.

–Sí hace falta, Sev –intervino Naomi–. Te han noqueado.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó uno de los paramédicos.

–Tres minutos –contestó Naomi.

Habían sido los tres minutos más largos de su vida. No había levantado la cabeza, no le había importado que estuviesen deteniendo a Andrew, solo había podido pensar en Sev... y no había sido la primera vez porque solo había podido pensar en él durante los últimos cuatro meses.

¿A quién quería engañar?, se preguntó mientras se montaba en la ambulancia donde habían metido a Sev. Como si una despedida digna pudiese cambiar algo. Su corazón le pertenecía a él.

Si bien estaba aterrada y muy preocupada, a los diez segundos de su llegada resultó evidente que Sev, aunque era vital para ella, ocupaba un lugar muy bajo en su lista de prioridades.

La enfermera encargada de determinar la gravedad de su estado lo examinó y Naomi deseó tener esa misma capacidad en el corazón... y la tenía. El día que se conocieron le había advertido que ese hombre era un problema, que, si lo dejaba entrar, por poco que fuera, lo

lamentaría… pero no lo lamentaba.

–¿Puede saberse dónde estoy? –preguntó Sev una hora más tarde.

Le habían puesto una bata y estaba mejor, pero seguía aturdido y cada vez estaba más irritado, algo que, según la enfermera, no era una buena señal. Naomi quiso aclararle que llevaba varios días irritado.

–¿Por qué no has hecho que me llevaran a un sitio privado? –le preguntó él.

–A los paramédicos les da igual que seas multimillonario –contestó ella–. Te llevaron al hospital más cercano.

–Y ahora nos pasaremos dos semanas aquí hasta que me vean, no necesito un hospital.

–Tienen que darte unos puntos.

Tenía una herida profunda encima del ojo izquierdo y lo tenía cerrado. Se quedaba dormido y preguntaba la hora cada vez que se despertaba.

–Son las once de la mañana –contestó la enfermera–. Está esperando a que le hagan una resonancia magnética.

–No necesito una resonancia magnética.

–Está desorientado.

–Eso es porque no he dormido desde…

Sev miró el techo desconchado y lo reconoció, mejor dicho, reconoció ese tipo de techo y se acordó de Nikolai y de que tenía que encontrarse con Daniil.

–¿Dónde está mi teléfono?

–Aquí –contestó Naomi.

Ella lo había recogido cuando se le cayó durante la pelea, pero se encendió cuando fue a dárselo y se quedó boquiabierta. Vio los pendientes que él había comprado en Tiffany, pero la chica que los llevaba iba vestida con un uniforme de colegio.

–¡Sev, cuando dijiste que era joven…!

–Es mi sobrina, Mariya –le aclaró él–. Se los regalé cuando cumplió dieciocho años.

–Ah…

Naomi volvió a sentarse en el asiento de plástico mientras Sev, tumbado, miraba el teléfono de soslayo.

–El año pasado le regalé un collar, pero Renata lo vendió en Internet. Ni siquiera sé si Mariya llegó a verlo y por eso le mandé los pendientes al colegio.

Naomi se quedó pensando. El uniforme de Mariya era muy bonito, era el uniforme de un colegio privado. Efectivamente, ella podría vivir cien años y no llegaría a conocerlo.

–Mandaste ese dinero, ¿verdad?

–¿Perdón…?
–El dinero para el tratamiento de Mariya.
–Claro que lo mandé.
–¿Por qué? –preguntó ella–. ¿Por qué lo mandaste cuando sabías que estaban estafándote?
–Como le dije a Renata, habría recibido el dinero en cualquier caso. Siempre he querido que mi sobrina reciba una buena educación y que mi hermana tenga cosas bonitas. Mi hermana por parte de madre –se corrigió él–. Ella tiene el dinero, pero ya no nos hablamos.
Su cuerpo, el cuerpo de Sev, le exigía que volviera a dormirse, pero tenía que ir a un sitio.
–Naomi, tengo que ir al palacio de Buckingham…
–Mañana seguirá en el mismo sitio –intervino la enfermera mientras le tomaba la presión sanguínea.
–Pero tengo que estar allí hoy a mediodía.
Naomi empezó a preocuparse de verdad por la lesión de la cabeza, Sev nunca tenía que estar en ningún sitio. Podía llegar ocho horas tarde a una reunión con un jeque sin disculparse siquiera. Nunca se alteraba y en ese momento lo estaba.
–Sev, tienes que hacerte la resonancia.
–Lo único que tengo que hacer es estar allí.
–¿Qué es tan importante que no puede esperar?
–Eso da igual.
Sev se quedó tumbado, pero decidió que desaparecería en cuanto Naomi y la enfermera se hubiesen marchado.
–¿Puedes traerme algo de beber? –le preguntó a Naomi.
–Por el momento, no puede ingerir nada –intervino la alegre enfermera antes de alejarse.
–Perdona…
Él apretó los dientes cuando ella fue a disculparse por su exprometido.
–No empieces a disculparte –la interrumpió Sev–. Creía que había conseguido eso por lo menos. Tú no tienes la culpa si tu prometido…
–Mi ex.
–¿Cómo?
–Lo dejé.
–Eh… ¿cuándo?
–La noche antes de que dimitiera.
–¿Y no se te ocurrió decírmelo? He dejado que me pegara…
–Lo sé.
Él volvió a meter a Andrew en el archivo que le había asignado al principio; irrelevante.

–Tengo que estar en un sitio, Naomi.
–No puedes marcharte todavía.
Claro que podía. Sev se sentó y a Naomi le pareció que no había nada más triste que ver a alguien tan fuerte y resuelto en ese estado de incapacidad.
Él miró de reojo el gotero, pero su brillante cerebro estaba aletargado mientras intentaba encontrar la manera de bajarlo. Entonces, miró la cortina que los separaba del resto del mundo.
–¿Dónde está mi cartera?
–En la caja de seguridad –la risueña enfermera había vuelto–. Le sugiero que vuelva a tumbarse.
Naomi nunca había visto una expresión de derrota como esa en el rostro de nadie. Hasta que vio que encontraba una solución y la miraba con esos maravillosos ojos grises.
–¿Puedes ir en mi lugar?
–¿Al palacio de Buckingham? –Naomi frunció el ceño–. Sev, me parece que estás un poco desorientado.
–Nunca he estado menos desorientado –replicó Sev–. Voy allí todos los años y no puedo dejar de ir.
–¿Por qué?
–Por si se presenta Daniil. Le escribí hace años y le pedí que se reuniera conmigo el doce de noviembre a mediodía, pero no se ha presentado nunca.
–¿Crees que puede presentarse hoy?
–No –reconoció Sev–, pero tampoco quiero faltar por si aparece por casualidad.
–De acuerdo –concedió Naomi–. ¿Cómo es?
–No he vuelto a verlo desde que tenía doce años. Alto, moreno... –eso no era gran cosa–. Es ruso –añadió Sev.
–Eso ya me lo había imaginado.
Notaba que estaba arrastrándola otra vez a la vorágine y se recordó a sí misma que hacía un par de horas había querido llevarla al hotel del aeropuerto. Ella se merecía algo más.
–Lo haré, Sev, pero luego volveré, te contaré lo que ha pasado y me marcharé a casa.

Se sentó bajo la lluvia, junto a la fuente, y observó cómo discurría el mundo. Estaba muy enfadada con Andrew, pero también estaba muy enfadada con Sev por alargar la agonía. Ya deberían haber dejado zanjado todo ese asunto, debería estar deshaciendo la maleta en vez de estar sentada en el poyete de una estatua de piedra helada.

Era inútil. Había algunos turistas resguardados con paraguas y algunas personas que iban de un lado a otro. ¿Cómo iba a distinguir a un hombre moreno cuando había un centenar de hombres morenos? Vio a una mujer rubia que sonreía de oreja a oreja y daba palmadas. Además, tenía una expresión decidida, como si no le importara la lluvia y estuviese dispuesta a quedarse allí hasta el final. Como ella.

Sin embargo, tiró la toalla pasada la una. No había nadie, nadie en absoluto.

Sonrió levemente a la mujer rubia, quien también miraba alrededor, y vio que se dirigía hacia un hombre. Un hombre con aire resignado que se encogió de hombros y empezó a alejarse, pero la mujer discutió con él y le agarró del abrigo. Además, era alto y moreno y ella se acercó.

–¿Daniil...? –ella sabía que podía estar haciendo el mayor ridículo de su vida–. ¿Daniil...?

–¡Te lo dije! –exclamó la mujer rubia–. ¿Sevastyan?

–Vaya, si lo eres, tienes un aspecto mucho mejor –comentó Daniil.

Naomi empezó a reírse mientras todos se miraban atónitos sin saber qué hacer.

–Soy la secretaria de Sev. Él quería venir...

–He venido.

Naomi se dio la vuelta y vio a Sev, blanco como la leche pero con puntos, que le daba la mano al otro hombre. No era una reunión cariñosa, era posible que Sev no fuese por eso. Hablaron en ruso en tono reservado y ella miró a la otra mujer.

–Soy Libby –se presentó la rubia mientras se frotaba las manos por el frío.

–¿Eres la esposa de Daniil? –le preguntó Naomi al ver sus anillos.

–¡Sí! Me parece raro decirlo. Nos casamos ayer.

–Enhorabuena.

Naomi volvió a mirar a los dos hombres y comprendió que nunca entendería a Sev, porque dio por terminada la conversación y se acercó a ellas.

–Me alegro de conocerte, Libby. Enhorabuena por tu matrimonio.

–Gracias.

–También me alegro de volver a estar en contacto con Daniil, pero tenéis que seguir con vuestra luna de miel y yo tengo que ir al hotel –Sev miró a Naomi–. Vamos, tenemos que marcharnos.

Él volvió a estrechar la mano de Daniil.

–¿Ya está? –le preguntó Naomi mientras Daniil y Libby se alejaban.

Tantos años juntos y tantos años separados y habían charlado diez minutos... Sin embargo, Naomi se dio cuenta de que Sev era así, frío y desdeñoso. Ella era la que tenía que negarse a aceptarlo.

–Tienes que observarme –dijo Sev mientras le entregaba el informe de la lesión de la cabeza–. Querían que me quedara y solo me dejaron marcharme con la condición de que comprobaran mi estado cada hora hasta mañana por la mañana.

–Entonces, búscate una enfermera.

–No, no quiero que una desconocida me observe mientras duermo. Si lo quisiera, me habría quedado en el hospital.

–Muy bien, pero ya no trabajo para ti.

–De acuerdo.

Sev paró un taxi y se montó. Ella sabía perfectamente que se marcharía y dormiría solo.

–Una noche –dijo Naomi mientras se montaba en el taxi.

Al menos sabía que, a juzgar por el color grisáceo de su piel, Sev no le pedía que fuese para seducirla.

Naomi se ocupó de registrarlos y Sev ni siquiera se desvistió del todo cuando llegaron a la suite, se limitó a quitarse los zapatos y los calcetines y fue a depositar la bolsa del hospital con su cartera y sus cosas en la caja de seguridad.

–¿Cuál es mi código? –le preguntó él.

–Yo lo haré.

–Puedo hacerlo –replicó Sev.

Tecleó los números, guardó la bolsa y se tumbó en la cama. Naomi cerró las cortinas y se sentó.

–¿Qué tal estaba tu amigo? –le preguntó ella.

–Me preguntó qué había sido de Roman –contestó Sev encogiéndose de hombros–. Le contesté que no sé nada, que me dieron una beca a los quince años y me marché.

–¿Y sobre el otro, sobre Nikolai? –le preguntó Naomi–. ¿Lo sabe?

–¿Qué? ¿Que murió? –a Sev no le costó decir lo que no había podido decir ella–. Daniil ya lo había averiguado. Al parecer, abusaban de él –comentó Sev sin emoción, solo con el agotamiento de una vida despiadada–. Yo no lo sabía.

–Lo siento.

–Yo lo defraudé –reconoció Sev–. Estaba llorando una noche y no supe si quería que yo dijera algo. El dormitorio no era un sitio muy privado la mayoría de las veces. No hice nada, fingí que no lo había oído. Él volvió a llorar y le pregunté qué le pasaba, pero me contestó que lo dejara y lo dejé. Se escapó al día siguiente. Lo encontraron una semana después, la bolsa con el barco que había hecho estaba junto al

río.

–¿El que tienes en el escritorio de tu casa?

–Sí. No es gran cosa para toda una vida.

Sev se quedó dormido por el agotamiento. Ella lo despertó cada hora para cerciorarse de que estaba bien, pero a las siete de la tarde ella también se encontraba agotada y lo observó mientras se despertaba.

Sev intentó adivinar la hora, el mes y el año. Luego, trató de saber dónde estaba.

–Estás en Londres –le dijo ella–. Y yo también.

Él volvió a acordarse de que antes de esa interrupción tan violenta iban a ir al hotel del aeropuerto...

–Ven a la cama.

–No, gracias –replicó ella–. Tengo que observarte hasta mañana por la mañana, según el informe, y luego voy a marcharme.

–¿Adónde?

–A casa. Bueno, iré a casa de mi madre durante un par de semanas y luego buscaré algún sitio...

«Algún sitio». Podía ser una expresión espantosa. Algún sitio donde olvidarse de él.

–Me duele la...

–Puedes tomar pastillas para el dolor de cabeza.

–No me duele la cabeza precisamente.

Ella no quería reírse, pero ese era el inconveniente, que él podía conseguir que sonriera aunque tuviese el corazón hecho añicos.

–Ven a la cama –repitió Sev–. Necesito un revolcón después del día que he pasado.

–Bueno, ya que lo dices con tanta delicadeza...

Él tuvo el descaro de no hacer caso de su sarcasmo y se destapó.

–Es inútil –ella lo miró y vio ese corazón perezoso que había dejado que ella se marchara–. Si Andrew no te hubiese pegado, esto ya estaría zanjado.

–Rebobina –comento Sev como si ella fuese un maldito ordenador–. Propuse que fuésemos al hotel del aeropuerto.

–Eres muy romántico.

–No, no lo soy.

–Voy a pedir la cena –comentó ella–. ¿Quieres algo?

Él no quería nada y ella fue al bolso para tener la propina preparada. Entonces, vio su regalo de despedida, pero esperaría a que él estuviese dormido para abrirlo.

Llamaron a la puerta y entraron con su cena.

–Perfecto –dijo Sev mientras se sentaba–. Estoy muriéndome de

hambre –ella resopló con rabia y le acercó el carrito–. Era una broma. Disfruta de la cena, aunque tomaré una copa de champán...

–No puedes beber con una lesión en la cabeza... según el informe.

–Eso no es muy amable de tu parte.

–Nunca dije que fuese una enfermera amable.

Ella se comió la chuleta más deliciosa de su vida, con mantequilla de trufa, y bebió champán mientras observaba la sonrisa torcida de él.

–Eres una provocadora despiadada.

–Lo sé.

–Daniil me dio la copia de una foto, búscala en mi chaqueta.

Ella sacó la foto de la chaqueta, se sentó a mirarla y vio a cuatro jóvenes de hacía muchísimo tiempo.

–Daniil es un gemelo idéntico.

–Sí.

Naomi pensó que era una crueldad, que ya le había parecido bastante espantoso que hubiesen separado a dos gemelos, pero que además fuesen idénticos hacía que le pareciera peor todavía.

–No puede encontrar a Roman. Según lo que ha podido averiguar Daniil, parece ser que cohabitó con Anya un tiempo después de dejar el orfanato y que luego se marchó...

–¿Anya?

–La hija de la cocinera. Daniil me dijo que ahora es una bailarina famosa.

Ella volvió a mirar la foto y a Nikolai. Tenía que ser Nikolai porque Sev era el otro.

–Eras un empollón.

–Lo era –reconoció Sev–. Lo soy.

Sin embargo, era el empollón más sexy del mundo.

Capítulo 17

SEV se quedó dormido por fin y ella sacó la bandeja al pasillo. Como no se despertó, sacó el regalo y lo abrió silenciosamente. Era su libro. ¿Por qué? Era viejo, estaba maltrecho y era el que leía en los despegues.

Una vez, ella había bromeado por lo despacio que leía. Había sido en Mali, cuando él había dejado el libro y había... sugerido que lo que ella podía necesitar era tumbarse un rato debajo de él.

–O encima –Sev había sonreído–. Soy así de generoso.

Había sido la proposición más directa que había recibido en su vida y se había sentido tentada, pero lo había rechazado y Sev había vuelto a leer su libro.

Lo abrió y frunció el ceño. Estaba escrito en ruso, pero vio algunas ilustraciones a medida que pasaba las páginas, eran ilustraciones en blanco y negro, pero no tardó en darse cuenta de que era un libro de cuentos. Él le había contado que se los había leído a sus amigos. Vio la ilustración de un lobo con una mujer encima y miró a ese hombre bello y complejo, a ese hombre irreflexivo y desdeñoso que, aun así, leía cuentos antiguos en los despegues. Un hombre que decía que no quería tener relaciones, pero que había acudido durante cinco años a la puerta de un palacio con la esperanza de encontrar a un amigo. Entonces, vio el dolor. No era el dolor por la lesión de la cabeza, lo que estaba grabado en su rostro era el dolor por tantas pérdidas.

También entendió un poco mejor lo difícil que había tenido que ser ese día para él. No podían saludarse efusivamente después de tanto dolor. Supo que habían mantenido cierta distancia para poder mantenerse de pie. ¿Quién podía reprocharle que «necesitara un revolcón», como había dicho él con tanta delicadeza? ¿Quién podía reprocharle a ella que lo deseara a él?

Dejó el libro, se desvistió y se metió en la cama. Sev pensó que era como una almohada, pero mejor, y se acurrucó junto a ella.

–Qué sorpresa tan agradable –la acarició y comprobó que estaba desnuda–. Esta es una sorpresa más agradable todavía. Ahora me duelen la cabeza y la...

Ella no había esperado un ejercicio gimnástico mientras se daban un beso largo y lento, pero tampoco podía soportar otra sesión de sexo

cara a cara en la que se miraban y los ojos hacían promesas que no podían cumplir a la luz del día.

Fue bajando la cabeza, pero por el camino le lamió esos pezones color vino y el abdomen plano que siempre le había tentado. Hasta que llegó a su parte favorita y se lo tomó con calma porque podía ser la última vez. Él la acarició con cierta indolencia, como si fuese una gata, y la excitó con la misma facilidad que siempre. No se oía nada, solo los sonidos que hacían ellos y el gemido que dejó escapar él y que indicaba el final. Introdujo los dedos en ella mientras explotaba. Fue increíble alcanzar el orgasmo en su mano, se lo tragó y él la levantó para tumbarla a su lado.

–Mañana te devolveré el favor –comentó Sev.

«¿El favor?». Algunas veces la enfadaba tanto que no podía dormirse. Un favor. Eso era para él. Mientras él dormitaba, ella tomó el libro y, como estaba escrito en ruso, empezó a pasar las páginas.

–¿Te acuerdas de que en la entrevista dijiste que leías en la cama? –le preguntó él en tono somnoliento.

–Ja, ja...

–¿Qué estás leyendo?

–Mi regalo –contestó ella–. Sev, ¿por qué me has regalado esto?

–Porque todavía crees en los cuentos de hadas.

–¿Tú no?

–En las partes sombrías. Hoy no sé en qué creo, es un mal día.

–¿Cómo puede ser un mal día cuando has encontrado a tu amigo? –le preguntó Naomi.

–Porque hoy es el aniversario de Nikolai, o, mejor dicho, es el día en el que descubrimos que había desaparecido. Sí, he visto a Daniil y algún día, es posible que mañana, nos alegraremos mucho de habernos encontrado, pero hoy... Sé que él echa de menos a su gemelo y que desearía que pudiese ser yo...

–No.

–Sí –insistió Sev–, lo sé porque yo he deseado estar hablando con Nikolai para disculparme, para retroceder...

–¿Adónde?

–Él lloró aquella noche. No recuerdo que hubiese llorado ni una sola vez antes. No recuerdo que ninguno de nosotros llorara. Cuando lo oí, no supe qué decir, no sabía si se abochornaría. Pensé que podríamos hablar al día siguiente, durante el servicio de cocina, hasta que no pude pasarlo por alto y le pregunté qué le pasaba. Él me contestó que lo dejara y lo dejé. A la mañana siguiente, había desaparecido. Naomi, me di la vuelta, yo era lo único que él tenía y, aun así, me di la vuelta y me quedé dormido.

–¿Así? –preguntó ella cerrando los ojos.

–No bromees –le advirtió él.

–No estoy bromeando. Acabas de decir que te quedaste pensando que podía abochornarse porque le habías oído llorar, que no recuerdas que ninguno de vosotros llorara… ¿Estabas pensando todo eso cuando… lo dejaste o te diste la vuelta para intentar saber qué podías hacer?

–Iba a hablar con él durante el servicio de cocina. Debería haberlo resuelto de otra manera.

–Eso no se sabe –replicó Naomi–. A lo mejor él solo quería llorar y que no se despertara todo el dormitorio. ¿Estaban Daniil y Roman allí?

–No. Ya habían adoptado a Daniil y habían trasladado a Roman a otra área –contestó Sev–. Soy un inútil para las emociones.

–La verdad es que no. Cuando estaba fastidiada en el avión fuiste encantador conmigo. Me contaste cosas que no querías contar –ella pensó un instante–. La noche de la fiesta de mi padre, cuando también estaba fastidiada, fuiste a ver qué me pasaba.

–Y empeoré las cosas entre nosotros.

–Creo que pude ser yo –replicó Naomi con una sonrisa.

Se quedaron tumbados y esa vez fue Naomi la que se dio la vuelta porque nunca se había sentido tan cansada.

–Duérmete.

–Debería comprobar cómo estás cada hora.

–Duérmete –repitió Sev–. Pondré el despertador.

Él, sin embargo, sabía que no hacía falta porque, si pasaba algo, ella estaba allí, medio despierta y medio dormida, como había estado él aquella noche.

Naomi tenía razón.

Él se había quedado despierto durante horas intentando pensar cómo podía plantearle las cosas a Nikolai al día siguiente. Además, aunque todo hubiese salido mal, por lo menos había aprendido algo. No la dejaría a ella sola y llorando. En realidad, no lo había hecho.

Capítulo 18

QUÉ hora es? –preguntó Sev.

Naomi abrió los ojos al oír esa pregunta tan habitual y miró el reloj de la mesilla.

–Las seis –contestó ella–. Las seis de la mañana –añadió por si acaso.

Sin embargo, ya no la pagaban para que fuera su reloj parlante. Se levantó y fue a ducharse.

No lo quería. Lo amaba, estaba loca por él, pero no lo quería y esa era la mayor revelación de su vida. Ya no quería a alguien que, evidentemente, no la quería, o que, si la quería, solo era un poco. No estaba dispuesta a recibir sus migajas, no quería que se acostara con ella cuando a él le apetecía y que hablara con ella cuando a él le iba bien.

No estaba despidiéndose de Sev solo, estaba despidiéndose de toda una vida esperando a que llegara la caballería para salvarla. Ya había llegado y era ella misma.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Sev mientras ella se vestía.

–Te he vigilado esta noche –contestó ella–. Eso fue lo que acordamos.

–Hiciste algo más que vigilarme –replicó Sev–. ¿Te acuestas con todos tus pacientes, enfermera?

Ella se rio, siempre conseguiría que se riera, aunque tuviese el corazón roto.

–Me marcho.

–¿Por qué ibas a marcharte cuando las cosas empiezan a ponerse interesantes?

–Para mí, se pusieron interesantes hace unos meses, Sev. No voy a quedarme esperando a que decidas qué significo para ti o si podrías conservarme un rato más. No voy a ir de puntillas esperando a que cambies de opinión… o no.

Él nunca había estado tan orgulloso de otra persona, jamás. Además, había estado pensando toda la noche y sabía que ya podía hacer eso. Noviembre siempre había sido el mes que más odiaba. Si ella se marchaba, sería un infierno eterno.

–¿Podrías sacarme una cosa de la caja de seguridad? –preguntó

Sev.

–Sácala tú mismo.

–Estoy herido –Sev se palpó el ojo cerrado y lo que su exprometido le había hecho en la cara–. ¿Crees que cicatrizará?

Naomi tomó su maleta, pero él había tocado su fibra sensible y se paró junto a la caja de seguridad.

–No sabes muy bien el alfabeto, ¿verdad? –comentó él.

Ella no estaba de humor para juegos.

–La ene es la decimocuarta letra –siguió Sev mientras ella tecleaba el uno y el cuatro.

Ella también sabía que la a era la primera y tecleó el uno.

–Tú eres mi código secreto –añadió Sev–. Eres la clave que abre la puerta.

–¿Qué estás haciendo, Sev?

Él había cambiado el código hacía unas semanas...

–En Helsinki –contestó él a los pensamientos de ella–. Estoy loco por ti desde entonces.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Lo intenté –contestó Sev–. Te dije que estaba curado de las rubias.

–En vista de lo cual, ¡te fuiste a Italia!

Había estado muy celosa de aquella romana, pero también era verdad que había creído que los pendientes eran para ella. Tuvo que sonreír.

–Mali –le recordó Sev–. Entonces fue cuando te deseé.

–Tus frases para ligar no son las mejores.

–Suelen dar buenos resultados.

Efectivamente, se reconoció ella, daban buen resultado cuando solo quería sexo. Ella quería algo más.

–¿Qué hay en la caja de seguridad, Naomi?

Había una bolsa de terciopelo negro y abrirla le ponía nerviosa porque no podría soportar que le pisotearan la esperanza otra vez. Sin embargo, abrió la bolsa y le cayó en la mano la joya más exquisita que había visto, pero miró a otro lado.

–Te lo compré en Dubái. Iba a decirte que mandaras a paseo a ese majadero, pero decidí no hacerlo.

–Te arrepentiste de haberlo comprado...

–Vamos a ocuparnos un poco de tu confianza en ti misma –le advirtió él–. No, me pareció que no podía pasar página en mi vida cuando el aniversario de la muerte de mi amigo estaba tan cerca. Tampoco estaba seguro de que pudiera hacerte feliz, pero ahora estoy seguro de que sí puedo.

Siempre había podido. Sev, a pesar del sufrimiento por amarlo,

siempre había conseguido que sonriera.

–Cásate conmigo.

–¡Sev!

¡No hacía falta que llegara tan lejos!

–Naomi Derzhavin.

–Sev, por favor, no bromees.

–Nunca he dicho nada tan en serio en mi vida. Ven.

Ella, con el abrigo puesto, fue y se sentó en el borde de la cama.

–Quiero que tú seas mi familia –siguió él–. Quiero que nos hagamos felices el uno al otro. Quiero que mi libro esté en nuestra mesilla… –ella miró el anillo–. Sé que tengo que abrirme y lo intentaré.

Naomi miró a los ojos del hombre que no tenía que cambiar. Bueno, solo un poco. Podía ser todo lo licencioso que quisiera siempre que fuese con ella.

–Es un diamante negro muy singular –añadió Sev mientras ella miraba el complicado engaste que también tenía diamantes blancos–. El metal es platino con una capa de rodio. Elegí el rodio porque es raro y resistente, pero es poco maleable…

Naomi tuvo que sofocar una sonrisa; de pronto le había dado un repaso a la tabla periódica…

Sev miró el anillo. Su belleza era indudable, como la de la receptora.

–¿Sabes por qué lo elegí negro? –le preguntó él.

Claro que lo sabía.

–Porque es mi color favorito.

–Eso al principio, pero había varios para elegir y, entonces, averigüé el nombre de esta piedra, Estrella Invisible. Es posible que seas una estrella invisible, que pases inadvertida para algunos, pero no para mí.

–¡Eres romántico!

–Intentaré serlo, pero también soy un malnacido. Creo que estaremos de acuerdo en que este anillo le da cien vueltas al de Andrew.

–Desde luego –concedió Naomi con una sonrisa.

Él se lo puso y, sinceramente, era impresionante. A ella nunca le habían importado gran cosa las joyas, pero ese anillo le encantaría a cualquier mujer. Sobre todo, si se lo daba él.

–Se suponía que entonaba muy bien con ese vestido plateado que llevabas la otra noche.

Entonces, ella se acordó de que Jamal había insistido en que era perfecto cuando ella no estaba segura.

–¿Jamal y Allem lo sabían? –ella frunció el ceño–. ¿Hasta lo del anillo?

–Naomi, le pedí consejo a Allem…

Efectivamente, la amaba. Estuvo segura en ese momento.

–Escuché a Allem, pero él no era yo. Tenía que hacerlo por mi cuenta y tenía que pasar ciertas fechas antes de que fuese feliz.

Se dieron un beso cariñoso. Sev estaba desnudo y ella llevaba puesto el abrigo, pero él ya estaba quitándoselo.

–No puedes rechazarme. Jamal y Allem ya tienen nuestro regalo de compromiso.

–¿Eso era lo que pasaba la otra noche? –ella ya lo entendía–. Creí que estaban un poco molestos.

–¡Deberías haber llevado el anillo puesto! Allem me había dicho que tenía que llevarte en globo y pedírtelo. ¿Puedes imaginarme haciendo algo así? ¡A mí!

–¡No! –no podía imaginárselo y, además, se alegraba–. Yo tampoco quería montar en globo.

–¿Quieres saber cuál es nuestro regalo? –le preguntó Sev–. Es una alfombra. Además, da la inmensa casualidad que, cuando Allem me mandó la foto, vi que entona con mis cortinas. ¿No es una suerte?

Ella estaba tan roja como la primera vez que la vio, pero, en ese momento, estaba riéndose.

–Otra cosa –siguió él antes de ponerle el anillo–. Si alguna vez coqueteas con otro hombre mientras llevas este anillo como coqueteaste conmigo…

–Sev… –le interrumpió ella–. Si repasamos los meses pasados, creo que mi comportamiento ha sido el más inocente. Además, eso era una farsa y esto no lo es. No coqueteé contigo –siempre había estado conteniéndose–. No me has visto coquetear.

–Todavía…

Estaba impaciente. Por fin, noviembre era mucho mejor, el mundo era mucho mejor para los dos.

Epílogo

ESTÁS preciosa, Naomi –comentó Anderson.

Tenía la aprobación de su padre, pero no la necesitaba en ese momento. Había disfrutado del amor de Sev durante seis meses y eso hacía que estuviera más fuerte y que el mundo estuviese un poco más claro.

Habían elegido Londres para casarse. Era la ciudad de ella y, aunque no estaba especialmente unida a su madre, a Naomi le había parecido que casarse en Nueva York sería un desaire.

Además, así podrían asistir Daniil y su esposa, Libby, que estaba muy embarazada.

Sev y Daniil se veían periódicamente y desenterraban el pasado poco a poco, lo cual, era doloroso algunas veces, pero los dos creían que tenían que hacerlo.

Durante los seis meses de compromiso, Anderson Anderson había agasajado a Sev, lo había llevado a su club de golf y lo había presentado con orgullo como su yerno, y Naomi sabía que él había transigido por ella. Sev hacía cosas por ella que nunca habría podido esperar que hiciera. La hacía feliz, como nunca se había imaginado que podría llegar a ser, y, por eso, ese día ella iba a hacer algo por él, algo que también era por ella.

Anderson había llevado a Judy y a las hermanitas de Naomi a Londres. Kennedy era su dama de honor, pero las otras estaban en la iglesia. En ese momento, Naomi estaba en la habitación de un hotel y sabía que su padre, quien jamás se había montado en un avión por ella, estaba allí solo por Sevastyan, por los contactos que podía facilitarle ese nombre.

Era el momento de un encuentro cara a cara entre padre e hija.

Kennedy estaba en un coche con la otra dama de honor, una amiga, que, al contrario que su padre, siempre había estado a su lado desde que se conocieron en el colegio.

–Lo celebraremos otra vez cuando volvamos a Nueva York –siguió Anderson–. La familia de Judy, nuestros amigos y colegas…

–No –le interrumpió Naomi–. No creo que vaya a haber otra celebración y, si la hay, será íntima –ella tomó aliento y lo miró a los ojos–. Además, no te lo diré. Me olvidaré de invitarte como tú te

olvidaste de invitarme a tu cincuenta cumpleaños.

Al menos, Anderson tuvo la delicadeza de parecer incómodo.

–Fue una fiesta sorpresa.

–No me lo creo –Naomi sacudió la cabeza–. Además, aunque lo hubiese sido, ¿por qué no me invitó Judy? No le faltaron ocasiones. Aquella semana estuve allí cuidando a tus hijas. Creía que era tu segunda esposa la que tenía algo contra mí, o esa era la excusa que me dabas.

–No hagamos esto el día de tu boda –propuso Anderson–. No quiero que te alteres.

–No estoy alterada. Lo estuve entonces. Fui a llevarte una tarta y tú estabas celebrando una fiesta con las personas que te importaban.

–Vamos, Naomi. Hoy, no.

–Hoy, sí –Naomi, vestida de novia, no era una novia radiante ni mucho menos–. Ya te desentendiste de mí hace mucho tiempo. No hace falta que hoy me lleves al altar.

–Parecería…

–Sí –le interrumpió ella otra vez–, parecerá un poco raro que vayas a la iglesia y te sientes con tu esposa y mis hermanas, pero es lo que vas a hacer. Eres un invitado a mi boda, eso es todo lo que eres para mí. Sin embargo, quiero a mis hermanas y seré cortés contigo para salvar las apariencias, pero ni se te ocurra fingir que me quieres…

–Te quiero –dijo Anderson sinceramente–. Ahora que he llegado a conocerte.

–Pues llegas tarde y vas a tardar mucho en convencerme. Por el momento, te veré en la iglesia.

Sevastyan estaba en la iglesia al lado de Daniil.

–¿Estás nervioso? –le preguntó Daniil.

–Tengo curiosidad por ver el vestido.

No creía que fuese negro, aunque era su color favorito, y apostaba por uno marrón, el color de las rosas secas y de sus ojos.

Se dio la vuelta y vio que Anderson Anderson avanzaba por el pasillo y se sentaba al lado de Judy.

–Adoro a esa mujer –comentó Sev al darse cuenta de que Naomi había despachado a su padre.

Miró a su lado de la iglesia y vio a Libby, muy embarazada, con su amiga Rachel. Anya había encontrado un hueco en el ballet que estaba bailando y le sonrió, él le devolvió la sonrisa. Mariya estaba con los pendientes que él le había regalado y Renata, su madre, también estaba allí. Sonrió a Mariya, pero no a su madre. Solo la saludó con la

cabeza. Todavía le dolía, pero cada vez menos.

También estaban Allem y Jamal, quienes habían volado con su hijo recién nacido para acompañarlos ese día y eso significaba mucho.

Estaba Emmanuel, pero Emmanuel había estado por todos lados para cerciorarse de que era una boda perfecta. Era la eficiencia personificada y debería haberlo contratado hacía muchos años, pero entonces no habría conocido a Naomi. Nunca se había imaginado que se casaría en una iglesia, y mucho menos con la gente que quería en el lado del novio.

No, no estaba nervioso. Al menos, no lo había estado hasta que oyó la exclamación del siempre sereno Daniil.

–*Bozhe moi!*

¡Dios mío!

Sev miró al fondo de la iglesia y vio una cara que reconocería toda su vida, independientemente de la edad que tuviera, y observó a un hombre que intentaba sentarse en el último banco.

–¡Nikolai!

Sev se olvidó del protocolo, dejó el altar y, con Daniil, fueron apresuradamente hacia el amigo que habían dado por muerto.

–Te ahogaste...

–No –replicó Nikolai sacudiendo la cabeza.

–No lo entiendo...

–No es el momento. Más tarde. Hoy es tu boda.

La música cambió y todo el mundo se levantó, pero Sev se quedó allí atónito.

–Creí...

Siempre había creído que había sido culpa suya, que, si aquella noche se hubiese dado la vuelta, su amigo habría podido cambiar de opinión. Era demasiado pronto para asimilar que Nikolai estaba allí en carne y hueso, pero por fin tenía la ocasión de pedirle perdón.

–Te pido perdón porque aquella noche no te hice caso. Debería haberte preguntado...

–*Nyet* –le interrumpió Nikolai–. No tienes que pedirme perdón por nada. Vete a casarte.

Naomi se quedó en la entrada de la iglesia y vio que los dos se habían convertido en tres por fin. Sev la miró y ella pensó que Daniil había encontrado a Roman.

Efectivamente, Sev sabía que debería volver a su sitio, pero quería contarle la noticia a Naomi y se dirigió hacia su inminente esposa mientras Daniil acompañaba a Nikolai para que se sentara con su esposa.

–Nikolai está aquí.

–¿Nikolai? –Naomi frunció el ceño–. Pero creía...

Miró al hombre que según algunas personas no tenía sentimientos y vio lágrimas de gratitud en sus ojos. Supo que podría dar una paliza a cualquiera que creyera que eso era verdad.

–Me alegro muchísimo por ti. ¿Cómo te sientes?

–Aliviado –reconoció Sev mientras miraba a Naomi como era debido.

La presencia de Nikolai era un regalo inesperado y, en ese momento, él confiaba más en sí mismo.

–Estás...

Él le tomó las manos y la miró. Tenía el pelo recogido, como el día que se conocieron, y el vestido era blanco. Le quedaba como un guante y resaltaba su busto. Además, llevaba un enorme ramo de rosas blancas. En ese momento, eso significaba algo. Esas flores quedarían secas entre las páginas de un libro y ella las disfrutaría siempre. Sev sonrió porque, efectivamente, el blanco era para las bodas y realzaba esas estrellas invisibles, el anillo y Naomi.

Entonces, ella sonrió y le demostró que podía coquetear porque esa sonrisa le indicó que esa noche iban a jugar a que eran vírgenes.

La besó. Fue un beso tan intenso y cargado de pasión que ella estuvo a punto de dejar caer el ramo.

–Queridos amigos... –dijo el celebrante antes de toser.

Dejaron de besarse y se acordaron de dónde estaban.

–Vamos y casémonos –dijo Sev.

Naomi no recorrió el pasillo sola, lo recorrió de la mano de Sev y los dos sonreían.

Los votos fueron preciosos y sinceros y Sev volvió a besar a la novia, pero en un momento más indicado.

De vuelta en el hotel, ya casados, su padre brindó por los novios. Naomi se alegró de haber tenido el temple de haberle dicho a Anderson lo que le había dicho cuando vio que su padre miraba el teléfono mientras Sev respondía y brindaba por las damas de honor.

Entonces, Daniil pronunció su discurso. Dio las gracias a todo el mundo, sobre todo a los que habían llegado desde lejos y a los que no estaban allí, y pasó a hablar de lo que le formó un nudo en la garganta a Naomi.

–Sev estaba atento a todos nosotros. Intentaba evitar las discusiones o nos decía cuándo teníamos que ceder. También nos leía. ¿Te acuerdas, Sev? Unas veces era un libro de cocina o de jardinería que había encontrado en algún sitio. Una vez, uno de los cuidadores se

olvidó un libro subido de tono…

Todo el mundo empezó a reírse mientras Daniil contaba que los muchachos no paraban de pedirle que lo leyera otra vez.

–También nos leyó cuentos de hadas –siguió Daniil–. Nosotros nos reíamos de ellos, pero creo que todos teníamos esperanza.

Naomi se acordó de lo que le había contado Sev en el vuelo cuando reconoció que le había mentido al decirle que no quería una familia. Le tomó la mano cuando Daniil reconoció que él había sentido lo mismo.

–¿Quién podría haberse imaginado que…? –empezó a decir Daniil.

Entonces, se detuvo, Naomi levantó la mirada y supo el motivo. Solo podía haber un motivo para que Libby estuviese marchándose durante el discurso de su marido en una boda. La familia de Daniil estaba a punto de aumentar. Ese día había muchos finales felices.

–Termínalo, Daniil –le propuso Sev porque su amigo tenía que estar en otro sitio.

–¡Naomi y Sevastyan!

Eso era todo lo que había que decir esa noche. Ella estaba bailando con Sev y rodeada de toda la gente que amaba y nunca se había imaginado que podría llegar a ser tan feliz. También había personas a las que quería, pero no amaba solo porque no la habían amado a ella.

Sev sí la amaba y se lo decía todas las mañanas cuando la despertaba, y todas las noches cuando se iban a la cama y ella le decía lo mismo. Les había costado toda una vida averiguar lo que era sentirse amado y ser la persona más importante en el mundo de otra persona.

–¿Estás contenta? –le preguntó Sev mientras bailaban.

–Mucho –contestó Naomi, aunque estaba empezando a sucumbir.

Quería contarle a Sev lo que había pasado entre su padre y ella y quería que Sev le contara más cosas sobre Nikolai.

–¿No podemos subir? –le susurró él al oído.

–¿Subir? –preguntó ella.

–A nuestra suite.

–No son ni las diez.

–Me da igual la hora que sea –replicó Sev–. No puedo más de tanta gente.

–No puedes desaparecer de tu propia boda a las diez.

–Sí puedo –insistió Sev–. Todo el mundo está pasándoselo bien. Jamal y Allem se han ido a acostar a su hijo. Daniil y Libby están en el hospital. Tu madre está bebida…

Él fue enumerándolo en ese tono desapasionado tan típico de él que hacía que ella sonriera… y tenía razón.

Había sido un día muy feliz y, efectivamente, no tenían que quedarse.

–La única persona con la que quiero hablar de verdad es Nikolai, pero eso puede esperar –siguió Sev–. Tengo la sensación de que puede ser una conversación un poco larga. Además, parece ocupado con...

–Rachel –Naomi le dijo el nombre–. Es la amiga de Libby.

–Pues Rachel está ocupándose muy bien de él mientras su amiga está teniendo un hijo.

¡Y era verdad!

–Una canción más –le pidió Naomi cuando se oyó una música lenta y sexy y Sev la abrazó con fuerza.

–Una canción más –concedió él antes de decirle algo que había averiguado ese día–. Has oído que Daniil ha dicho que les leía un libro erótico.

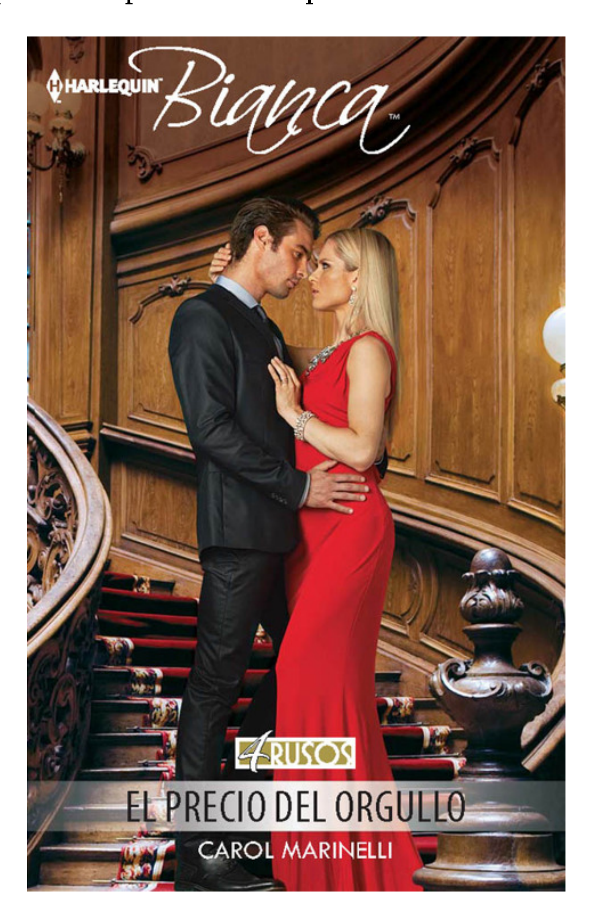
Ella asintió con la cabeza.

–Allí aprendí esa palabra; *krasavitsa*.

La verdad era que no estaba bien decirle allí, en medio de la pista de baile, la palabra que solía emplear cuando llegaba al orgasmo. Además, notó un nudo en las entrañas cuando añadió que solo se la había dicho a ella.

–Ahora, vamos a despedirnos –siguió Sev mientras ella asentía vehementemente con la cabeza–. Luego, nos montaremos en ese ascensor –entonces, como el presentador de un concurso de televisión, Sev puso en marcha el cronómetro–. La luna de miel empieza... ¡ahora!

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com